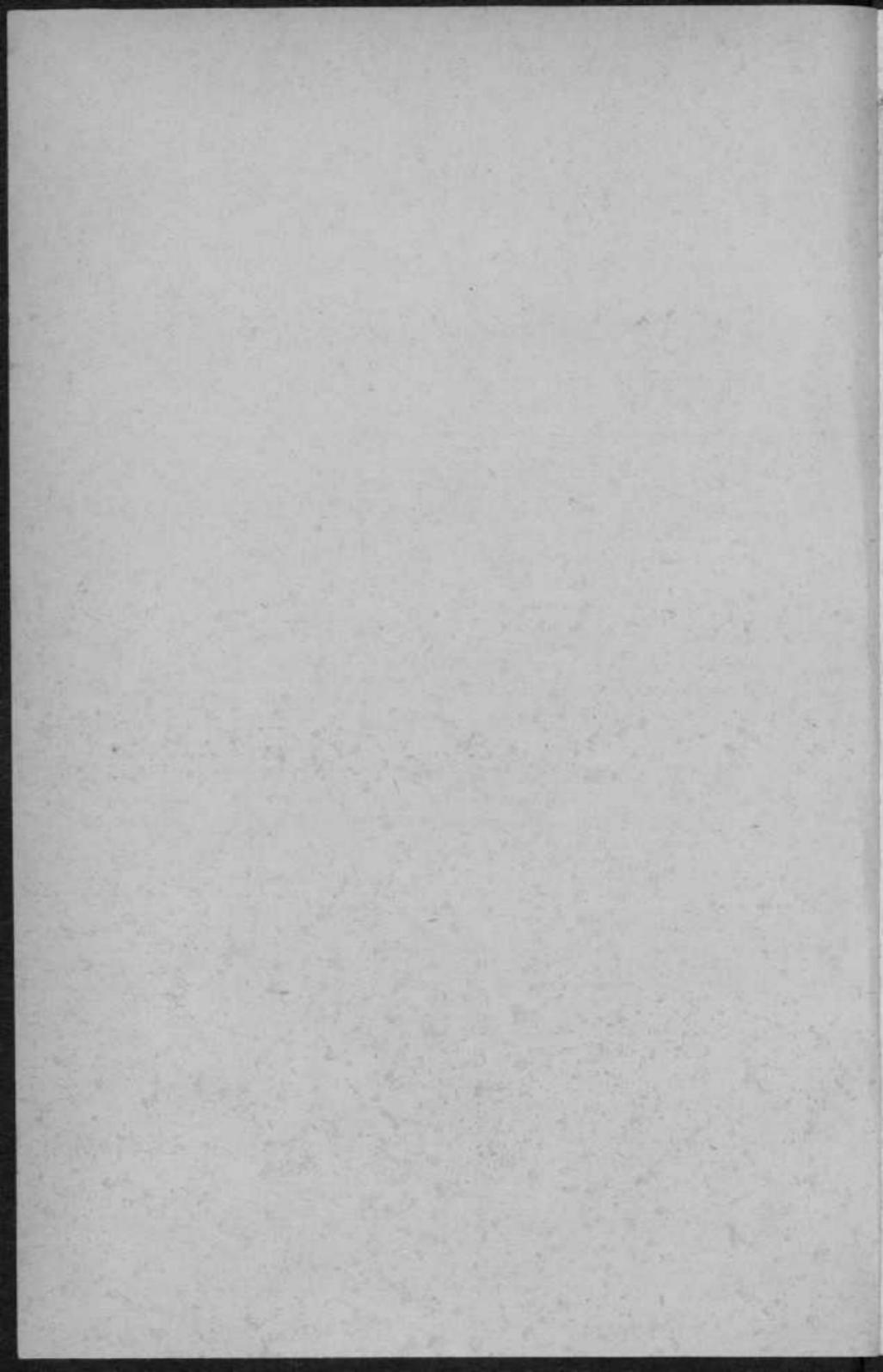


~~10571~~

17659

~~401~~
~~415~~
~~41~~



Concepción Gimeno de Flaquer.

VII

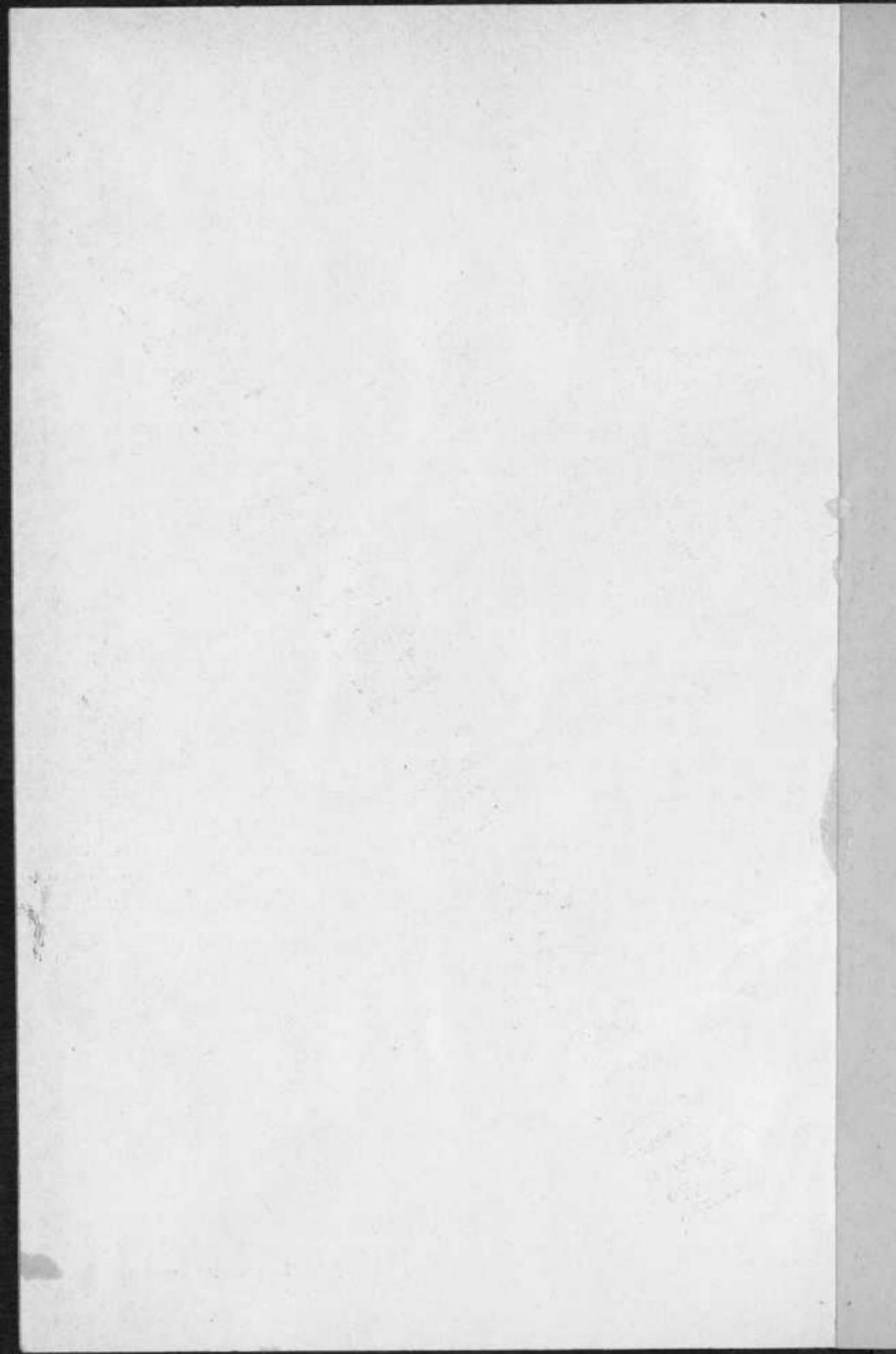
29



MUJERES DE REGIA ESTIRPE



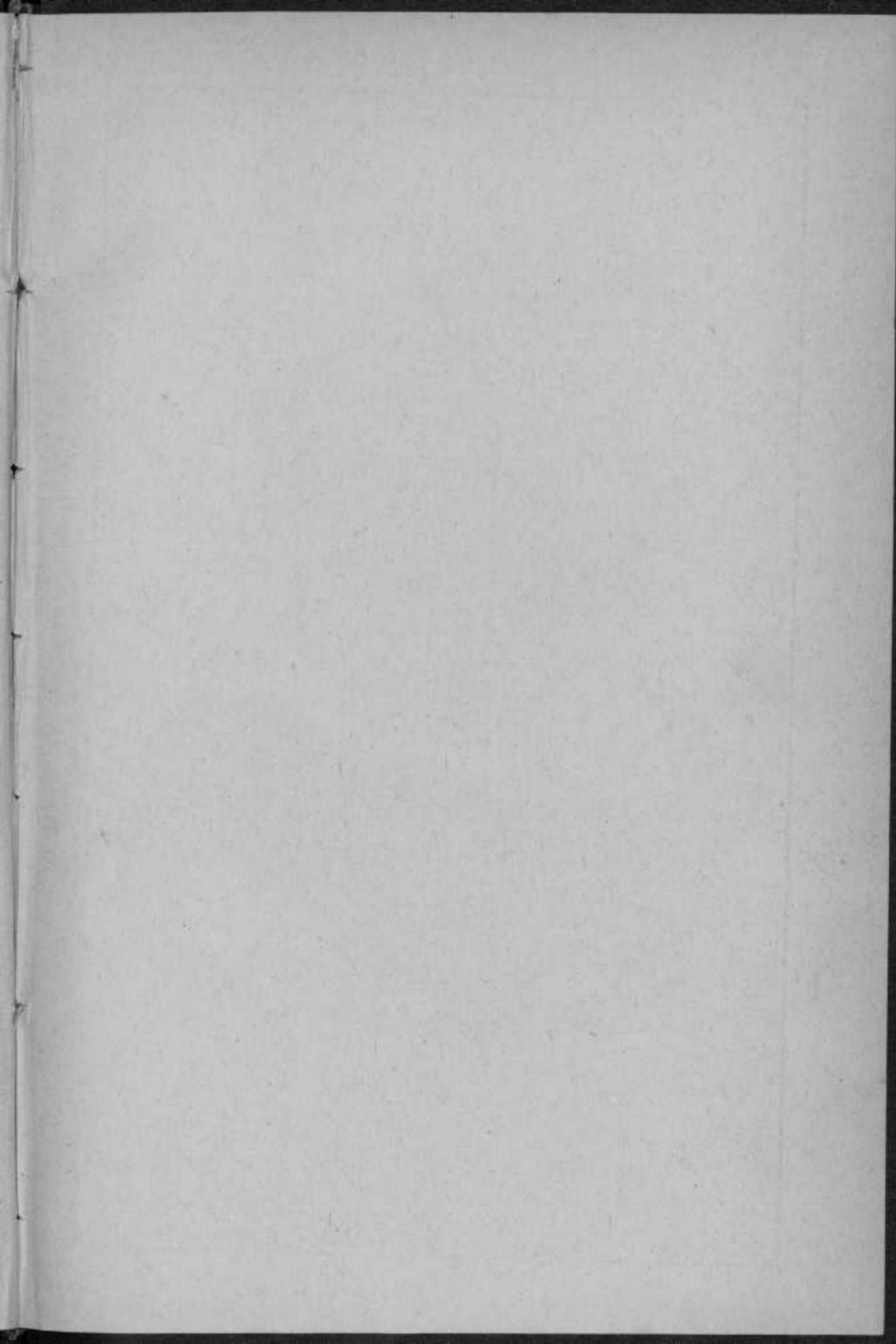
ADMINISTRACION
DE
El Album Ibero-Americano,
CAMPOMANES, 3, MADRID



VII
29

MUJERES DE REGIA ESTIRPE

ES PROPIEDAD: DERECHOS RESERVADOS





CONCEPCIÓN GIMENO DE FLÁQUER

7c

Concepción Gimeno de Flaquer

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 125545
C.B.
20430

MUJERES DE REGIA ESTIRPE



2.^a edición

TIP. ESPAÑOLA
Ramales, 6 y Amnistía, 12
MADRID

Date	Description



I

EL ETERNO FEMENINO

COMO si la mujer fuera de naturaleza enigmática, incomprensible, los pueblos antiguos vacilan entre su menosprecio y glorificación; entre el vilipendio y la apoteosis. No aciertan á explicarse si es sirena peligrosa ó genio del bien; rebájjanla hasta la vil condición de esclava, y la confieren la muy alta misión de profetisa; denominanla inferior, y la declaran musa inspiradora.

Flagelada en Arcadia, cazada en Cafre-
ría, tiranizada en Atenas y Roma, prisionera en Turquía, vendida en Japón y China, en Arabia es acicate de voluptuosidad; bestia de carga en Judea; víctima de su

marido hasta ultratumba en la India. Nulificada por las leyes y las costumbres, las religiones admítanla en sus olimpos, el arte la cincela plintos, erígela pedestal, elévala á los altares.

La eterna menor, la proscripta, es diacónisa en los pueblos orientales, pitonisa en Grecia, sibila en Roma, druida entre los galos. La India, que tanto la posterga, dice que *donde la mujer es considerada, sonríen los dioses satisfechos*. Compréndese que el rostro de Budha tenga eternamente tétrica expresión. En Judea júzgase nefasto el nacimiento de una hembra; Roma, que la somete á perpetua tutela, dipútala confidente de los destinos celestes al hacerla depositaria de los libros sibilinos. En Grecia, Aristóteles la iguala al niño y al esclavo, Platón considérala capaz de la sabiduría y el desempeño de algunos cargos de la República.

Menospreciada por las costumbres en la Hélade, tiene elevada representación en las tradiciones míticas. Espiritualízase su origen haciendo nacer á Minerva de un pensamiento de Zeus y á Venus de las espumas del mar. Confíanse á las sacerdotisas los misterios divinos, acátanse los fallos

de la pitonisa, Eufeme distribuye la gloria, Vesta impulsa á la virtud, Urania revela á los hombres secretos siderales, inspirales Caliope elocuencia, Minerva sabiduría.

No es ya la mujer en los pueblos cristianos medioevales la mitológica Pandora que al abrir su funesta caja esparce todos los males por la tierra; su venida al mundo no es saludada con anatemas y maldiciones; ya no es la impura, flecha del diablo, cosa con vida, ó cuerpo sin alma; pero aún la representan con el freno y la mordaza; aún dice la sentencia popular que la mujer sólo debe salir de casa tres veces: para su bautismo, para su casamiento y para su entierro. Todavía necesita la vasalla al escoger marido, la aprobación del padre, del señor feudal y del Rey; pero ya no es repudiada por ser madre de hembras; ya no tiene derecho de vida y muerte sobre ella el marido; ya hace algo más que llevar á la guerra las armas del guerrero; ya no está sometida al hijo; aunque todavía no ha dejado de ser reflejo del varón, débil eco suyo, sér relativo, artificial, todo lo más complementario. Todavía han de consistir sus virtudes en la timidez, la mansedumbre, la pasividad, la

ignorancia, la nulificación. Y no debe extrañar, teniendo en cuenta que en nuestra época se ha dicho que la mujer es propiedad del hombre, como el árbol frutal del hortelano; que sólo debe considerarse como máquina para dar soldados á la patria; que es un sér intermedio entre el niño y el varón, y éste el sólo tipo de la humanidad.

La situación de la mujer en la Edad Media no está definida claramente; la caballería hizo su apoteosis, el trovador declaróla musa de sus cantos, el señor feudal su esclava. Tan vasalla era para el Barón medioeval la villana nacida en sus dominios, como la esposa. La castellana de aquellos tiempos era una prisionera inconsciente, guardada con llave de oro; deslizábase su vida entre el reclinaterio de la capilla, la tapicería del bastidor y la contemplación de su amo, más bien su carcelero. La monótona existencia de las mujeres de aquellos días, tenía idéntico fin: el claustro; convento era el castillo. como lo era el monasterio. Compréndese que tuvieran afición á la vida monástica; les parecía más noble ser esclavas de Dios que del señor feudal.

Diferentes eran las ceremonias que se-

guían á la bendición nupcial, tomando la forma que les imprimían las costumbres de cada pueblo; pero todas esas ceremonias eran humillantes para la mujer. En unos países, la esposa descalzaba al marido en señal de sumisión; en otros, al apearse del caballo, le sujetaba el estribo; en los más, la rueca y el freno figuraban como primeros regalos del novio, aunque la desposada perteneciera á la nobleza.

Las cortes de amor hacen adquirir á la mujer personalidad; empieza á conceder galardones en los torneos de armas y en los torneos intelectuales; y al ser aclamada soberana de la fiesta, conquista el reinado de unas horas.

Presidiendo los torneos, aplaudiendo en ellos únicamente la justicia, la generosidad, la hidalguía, el sereno denuedo, contribuye á moralizar la sociedad, desarraigando de aquellos combates el feroz carácter que tuvieron entre los paganos; por su influencia, empieza á dar gigantescos pasos la civilización.

La caballería, protesta del espíritu contra la materia, culto rendido á la mujer medioeval, es clara muestra de que va desapareciendo la barbarie, de que se dulci-

fican las costumbres. El imperio que ejerce la mujer sobre el caballero es benéfico; impónеле las ideas del honor y del deber.

En la época de las Cruzadas empieza á adquirir relieve la personalidad femenina; al abandonar los combatientes sus dominios para marchar á batirse por la santa causa, hizose necesario fiar á las mujeres la administración de los intereses y los cargos que desempeñaban los maridos; llevaron entonces el peso del poder, presidian juicios, sentenciaban pleitos y declaraban reos.

Mas á pesar de las manifestaciones de intelectualismo que da la mujer en la Edad Media como las habían dado en la antigüedad las Hipátias, Aspacias, Safos y Corinas, el concepto público de la mentalidad femenina sigue siendo poco favorable. Por atavismo prehistórico; por seguir la tradición de la supuesta inferioridad femenina, tal vez por lucir sátiras efectistas, que halagan la vanidad de quien las pronuncia, los filósofos, antropólogos y escritores de todos los tiempos, hacen alarde de juzgarla á cual más severamente, incurriendo en las mayores contradicciones. Patentes son éstas: Lombroso asegura

que es la mujer inferior al hombre hasta en sensibilidad, y Varigny afirma que la excesiva sensibilidad femenina denota su inferioridad. Los proudhonianos creen que la mujer sólo puede ser casera ó cortesana; los sansimonianos supónenla apta para gozar de los derechos civiles y políticos.

Proudhon nos informa de que la mujer no ha inventado ni la rueca, mientras Plinio declaróla inventora de los tejidos. Descartes, profesor de Cristina de Suecia, considera muy elevada la inteligencia de la mujer; Shopenhauer la supone muy escasa; De Maistre burlase de las mujeres ilustradas; nuestro sabio Feijóo las enaltece; quéjase Spencer de la mala educación del sexo femenino y la restringe, retrogradando hasta los anticuados sistemas aristotélicos; Voltaire acusa á la mujer de no ser creadora y dice que Pedro el Grande de Rusia hizo soldados y marinos á los que Catalina II infundió el alma. ¿Acaso infundir almas no es crear?

Ibsen lleva al teatro á la mujer, que ha conquistado su independencia porque la merece, y fuera del teatro no la trata con la misma consideración; Nietzsche vana-

glóriase de un desprecio oriental á ella en algunos casos y de gran respeto en otros; Fourier, paladín de su emancipación, tiene páginas en que la rebaja; Augusto Comte, que la denomina elemento de influencia moral, condénala á la obediencia, á la pasividad; Moliere, que no escasea su ironía contra las sabias, opina que debe tener conocimientos generales de todo; Heine, que hace constantes apologías de su madre, dice que en cada mujer se esconde una larva de cortesana.

Las incoherencias de los filósofos, abstrusos sofismas é ilógicas antinomias, son sutilezas que nada resuelven, pues mientras los detractores apellidan á la hermosa Eva varón imperfecto, hueso supernumerario del hombre, los ginófilos la denominan alma de la humanidad.





II

REINAS MEDIOEVALES

Les femmes ont été souvent d'excellents conducteurs de peuples.

G. HANOTAUX

I

No ha carecido el sexo femenino de aptitudes para gobernar. En la Edad Media, los reinados de las mujeres cristianas eclipsaron la gloria de los más grandes reyes. La mujer medioeval coadyuvó á la Iglesia en la fundación de las monarquías, transformando los pueblos bárbaros establecidos sobre las ruinas del Imperio romano, cristianizando el poder. Francia fué la primer nación que adoptó el Cristianismo como base de la constitución política del Estado, por influencia de la bella princesa

Clotilde, que convirtió á Clodoveo con su elocuencia teológica, haciendo de él un monarca cuya fe religiosa fué lazo de unión política entre diferentes pueblos y base de la nacionalidad francesa.

Rigonta dió á España en Recaredo el primer Rey católico; á Radegunda, que abjuró del paganismo, débese el que su marido Clotario I demostrara sentimientos humanitarios con el pueblo. Los Padres del Concilio de Tours dirigiéronla una encomiástica carta en homenaje á sus virtudes. Vatilda, otra gran reina de Francia, que como Clotilde y Radegunda fué venerada en los altares, tuvo gran talento y prudencia, desterrando la simonía que mancillaba á la Iglesia y aboliendo las gabelas que empobrecían al pueblo. La madre de Felipe Augusto dirigió con gran talento los destinos de Francia cuando su hijo marchó á Tierra Santa; hábil fué la política de Doña Violante, esposa de Alfonso el Sabio; Berta, la admirable mujer que hizo de Etelberto un santo, fundó la monarquía católica de Inglaterra; Margarita irradió desde el trono de Escocia esplendores de piedad, como Matilde, la esposa de Pedro I de Alemania, gobernadora del Estado en

ausencia suya; Dombrowka y Eduvigis cristianizaron á Polonia. Feliz época en la que ocupaban el trono mujeres inteligentes y virtuosas.

Energullécese la Italia medioeval de Matilde de Toscana, cuyos estados comprendían la Italia Central y casi toda Lombardía; ha sido comparada á Débora, á la inmortal heroína de Israel. La defensora de Gregorio VII brilla por la caridad y por la ilustración; cedió parte de sus bienes á la Iglesia, destinando muchos de ellos á la creación de institutos docentes y asilos benéficos. Propagó con el mismo entusiasmo que la fe católica, el culto de las ciencias y las artes; multiplicó las escuelas, fundó la muy docta Universidad de Bolonia, foco de luz que irradió fúlgido resplandor en la época medioeval; Universidad que fué por largo tiempo la más notable del mundo. Allí acudieron estudiantes de todas las naciones á estudiar Derecho Romano; reunieronse los más eminentes hombres; dió lecciones de física el sabio Galvani; doctoráronse por primera vez las mujeres, desempeñando cátedras de Filosofía, Jurisprudencia, Medicina, Anatomía y Literatura, muchos siglos antes de las conquistas del

feminismo. Carlo Magno había concebido el pensamiento de la creación de esa Universidad; Matilde de Toscana lo realizó, despojándose de su fortuna para dotarla. Su cetro rigió con sabiduría; los impuestos nunca abrumaron; las leyes jamás pudieron calificarse de arbitrarias; imperó más la clemencia que la opresión; el reinado de la ilustrada Matilde de Toscana, fué el reinado del derecho y la justicia.

No es menos célebre que ella, Eleonora de Arborea, reina de Cerdeña, sabia legisladora, heroína de las armas y de la caridad.

II

CÚPOLE á España gran suerte con sus reinas en la época medioeval: Doña Berenguela *la Grande*, Reina de Castilla y de León, tuvo la gloria de haber educado á su hijo moral é intelectualmente. Fernando III *el Santo* es la perfecta obra de una madre modelo. Esta venerable Reina, pacificadora de todos sus Estados, virtuosa y discreta, que llevaba con tanto acierto

•

las riendas del poder, no descuidó por los deberes que impone un trono los cuidados que exigía la educación de su hijo. Parecía hallarse destinada á dejar una gloriosa sucesión de príncipes y princesas: la madre de San Fernando es abuela de Alfonso *el Sabio* y de la Infanta Doña Leonor, aquella interesante mujer conocida como dechado de esposas admirables.

Doña Berenguela tuvo una descendencia que imitó sus muchas virtudes. Modesta y humilde siempre, invertía las cantidades destinadas á solemnizar con brillantes fiestas los triunfos de su hijo, en aliviar á los menesterosos. El pueblo la denominó su bienhechora; los pobres su ángel bueno. Nunca empleó la severa arma de la justicia en contra de sus vasallos: prefería la piedad. Cedió á Fernando la corona tan pronto como le fué posible, para dirigir desde la vida privada, con el mayor tino, todos los actos de su hijo. Acostumbróle á que perdonara ofensas é ingraticudes, á despojarse de todo rencor; por su influencia consiguó Fernando III, el sosiego, la tranquilidad y el engrandecimiento de la Patria.

Todos los historiadores de su tiempo ha-

cen brillantes panegíricos de esta Reina, denominada gloria y honor de Castilla, modelo de princesas discretas, prototipo de buenas madres. Al hablar Alfonso *el Sabio* del dolor que su padre sintió por la muerte de Doña Berenguela, exclama: *Non era maravilla de haber gran pesar; ca nunca rey en su tiempo otra tal perdio de cuantas hayamos habido, nin tan comprida en todos sus fechos.*

Tenía Doña Berenguela valor de hombre en corazón de mujer. Esa gran madre dijo á su hijo: *Te amo con extremo, y, sin embargo, quisiera verte muerto antes que manchado con un pecado mortal.*

Fernando III, que adoraba á su madre, respetó mucho á las mujeres; la historia ha conservado esta frase suya: *Mas temo á la maldición de la más infima mujer, que á todos los ejércitos de los moros.* Fué digno hijo de Berenguela *la Grande*, de la famosa Reina castellana que ha inspirado tantas apologías.

Nadie escapa á la influencia materna; las madres infunden en sus hijos las virtudes y los defectos que poseen.

III

NINGUNA mujer ha podido aventajar á Blanca de Castilla en ternura maternal, y, sin embargo, se hallaba dotada de tanto carácter, que no tuvo débiles condescendencias para su hijo. Rodeóle de notables profesores, autorizándoles para que empuñasen la férula siempre que el Príncipe mereciera castigo. Ellos robustecieron la inteligencia del que fué San Luis; pero la educación del corazón la debe á su madre. Blanca de Castilla cultivó en el alma de su hijo los más hermosos sentimientos. Conociendo el prestigio que ejerce una madre cuando da á sus hijos la educación moral sin influencias extrañas, no quiso renunciar á este deber. Tienen tanta relación las inclinaciones nuestras con las de nuestra madre, que se atribuye el que madame Necker, madame Guizot, madame de Campan y madame de Rémusat se preocupasen tanto por el porvenir de su sexo, á que sus madres les hablaban siempre acerca de la necesidad de mejorar la educación de la mujer.

Blanca de Castilla fomentó la instruc-

ción pública é hizo que la protegiera su hijo Luis. Indudablemente había nacido Blanca para sembrar por todas partes la felicidad. Realizóse su matrimonio bajo muy buenos auspicios: fué prenda de paz entre Francia é Inglaterra, que habían vivido en colisiones todo un siglo.

La muerte de Felipe Augusto hizo que subiera al trono Luis VIII, y con él Blanca de Castilla. Suscitáronse nuevas guerras entre Francia é Inglaterra, que obligaron al Rey á salir de la corte. Quedó Blanca al frente de los negocios de Estado y empezaron á brillar sus buenas dotes para el gobierno. El testamento de Luis VIII la declaró Regente del Reino y tutora de su hijo primogénito.

No podían soportar los franceses el ser gobernados por una mujer, y por una española; hicieronla blanco de diferentes calumnias, tratando de eclipsar sus virtudes; pero esta gran Reina supo desdeñarlas con digna altivez. El conde de Champagne, el de Boloña, el Conde de Evreux, Hugo de Chatillón, Enrique de Bar, Lusiñan y Enguerrando de Cucí armaron intrigas, disputando la regencia á la Princesa castellana. Pronto demostró á los que querían

amendrentarla, que tenía alma varonil; la inteligente española reunió un numeroso ejército y se puso á la cabeza de él, en unión de su hijo, para hacer frente á los revoltosos y desleales varones que querían disputarle la tutoría.

Terrible era la situación de Blanca de Castilla, en una época en que el derecho, la razón y la justicia caían ante un golpe de fuerza que todo lo arrollaba. Era muy piadosa, pero jamás convirtió en fanatismo su piedad; supo sostener en el fiel la balanza del poder civil y eclesiástico.

Tan pronto como Luis fué mayor de edad, su madre le hizo subir al trono; al recibir el cetro la rogó que continuara favoreciéndole con sus consejos. Una grave enfermedad del joven Monarca puso en peligro su vida, y habiendo atribuido su curación al milagro que se realizó por un trozo de la Cruz del Salvador colocado sobre la cama del regio enfermo, cuando éste entró en convalecencia hizo solemne voto de combatir á los infieles.

Tres años empleó el Monarca en sus preparativos para el viaje á Tierra Santa; antes de salir de Francia declaró públicamente que dejaba á su madre al frente de

todos sus reinos, con amplias facultades para disponer según la conviniera.

Vigorosa, constante, enérgica y justiciera, Blanca de Castilla tuvo ocasión de manifestar más de una vez, en el nuevo período de su reinado, que nadie se la imponía; firme en sus severas decisiones, libró á su abatido pueblo del dominio que querían ejercer sobre él algunos tiranuelos.

Mientras la Reina regía con gran acierto los destinos de Francia, su hijo no disfrutaba en Palestina de los favores de la suerte. Diezmado su ejército por las enfermedades endémicas y la prolongación de la guerra, que había agotado los víveres, llegó á quedar en poder del enemigo. El espíritu de Doña Blanca no se abatió con tales calamidades; reunió nueva gente, á la que concedió la roja enseña del cruzado, vendió todas sus ricas joyas, y enviando á Palestina hombres y oro, rescató á su hijo. Los dolores que la causó la separación de él, y las duras cargas que imponía el poder en tan difíciles circunstancias, quebrantaron su salud, muriendo sin tener el placer de estrechar en sus brazos á su amado Luis.

El presentimiento de Blanca de Castilla

se cumplió: al marcharse Luis IX á Tierra Santa, díjole que no se volverían á ver. Este Rey amó mucho á su madre. Conducido por las sendas del honor, jamás se separó de ellas. Fué el tipo de la caballerosidad más refinada, de la mayor obediencia filial; guardó la fe conyugal y concedió á su pueblo una paternidad cariñosa. Sobrio, probo, caritativo y piadoso, la semilla de la virtud que la madre esparció en el corazón del niño germinó felizmente sin hacerse esperar mucho tiempo. Mereció estas apologéticas frases de Voltaire: *Prudente y firme en el consejo; intrépido en el combate, sin ser orgulloso; compasivo, como si siempre hubiera sido desgraciado; no es dado al hombre llegar á más alto grado de virtud.*

IV

TAMBIÉN es conocida con el sobrenombre de *la Grande*, cual Doña Berenguela, Doña María de Molina; seguramente nadie fué más acreedora á tan glorioso título que la augusta esposa de San-

cho *el Bravo*. Esta notable mujer destácase con gran relieve en el cuadro de nuestra historia, iluminado por los últimos reflejos vespertinos del siglo XIII, y por los albores del XIV. Nacida entre dos crepúsculos, entre un ocaso y una alborada, vino á rasgar las densas nieblas que empañaban el cielo de la monarquía castellana. Próxima á zozobrar hallábase la nave del Estado, y la inteligente Reina sacóla á flote, dirigiendo el timón con gran pericia, tomando los remos con mano hábil y vigorosa. Al morir Sancho *el Bravo* hizo justicia á los méritos y virtudes de su esposa, nombrándola tutora y gobernadora del Reino y del Príncipe Fernando.

Imposible es hallar en los anales de ninguna monarquía situación más difícil que la del trono en aquella época: el cetro de San Fernando tenía un peso agobiador. No podía ser más turbulento el estado del Reino; la altiva y ambiciosa nobleza castellana, no contenta con sus prerrogativas, se hallaba en pugna con los reyes; los insidiosos infantes, tíos del futuro heredero de la corona, luchaban entre sí y contra la Reina gobernadora para disputarle la tutoría del Reino; combates fra-

trícidas se libraban entre los hijos de León y de Castilla; guerras sangrientas, provocadas por los Reyes de Aragón, Francia y Portugal, assolaban los campos; y como si esto no fuera bastante, los moros andaluces contribuían á aumentar el conflicto y la desolación. Guerras intestinas en palacio, guerras civiles en Castilla, y guerras con el extranjero.

No contaba Doña María más que con la fidelidad de Guzmán *el Bueno*, y con la hidalguía de los Concejos; llena de energía, de valor, prudencia, talento y resolución, defendió á su hijo contra las asechanzas de los pérfidos infantes D. Juan y D. Enrique; se impuso á la nobleza; favoreció al pueblo, haciéndose amar de él; dictó leyes inspiradas en la más rigurosa justicia, consiguió tener á raya á los enemigos de la patria y de la fe católica. Dotada de mucha instrucción, de sagacidad política y de gran táctica militar, dirigió más de una batalla; de Doña María *la Grande* puede decirse, cual de Isabel la Católica, que manejó el cetro, la aguja y la lanza con la misma desenvoltura.

En medio de tantos sobresaltos, que hubieran acobardado á un espíritu menos

viril, se entregaba con plácida calma á la educación de sus hijos, especialmente á la del Príncipe, preparándole para que fuese un buen Rey.

Prolijo sería enumerar todos los grandes actos de tan excelente Reina. En días de gran penuria para el Erario, le fué propuesta por D. Enrique y sus secuaces la venta de Tarifa; Mas ella, secundada por Guzmán *el Bueno*, contestó denodadamente que jamás cometería tal infamia; que si eran necesarios fondos para la guerra, gustosa daría sus joyas, sus ricas vajillas, cuantos tesoros la perteneciesen. Verificólo, y sus platos de oro fueron sustituidos por platos de barro, demostrando su modestia, su generosidad y su amor á la patria.

Poseía tan gran valor, que en una ocasión, cuando todos se hallaban desalentados y la manifestaban que era inútil ir á defender el castillo de Lorca, ella contestó que se pondría al frente de los que quisieran seguirla para socorrer la plaza. Realizó su intento sin vacilar, ante los hielos de un cruel Enero. Grande fué también su arrojo para entrar en Segovia; los insurreccionados no la querían franquear las

puertas y tuvo que atravesar por en medio de 2.000 hombres armados, á los cuales dominó con su ardimiento.

En uno de los diferentes motines urdidos por los revoltosos Haros y Laras, lanzóse entre los amotinados y les venció con su palabra. Más pueblos conquistaron sus virtudes y su elocuencia, que las armas de los caudillos.

La muy noble Valladolid fué su mansión predilecta; en esta ciudad residió casi siempre, porque los valisoletanos la eran muy adictos y encontraba partidarios, tanto en los *ricos homes* como en los plebeyos. En la época de Doña María *la Grande* es cuando se halló más floreciente Valladolid, teniendo vida propia y verdadera importancia. A Doña María debió esta ciudad la exención de gravámenes onerosos y el haber obtenido diferentes privilegios. La muy leal é histórica Valladolid, la ciudad de los célebres Concilios y célebres Cortes, de las justas y torneos (1), guarda en sus anales recuerdos muy gloriosos. Es digna patria de Feli-

(1) Doña María de Molina premiaba con una banda azul al vencedor del torneo.

pe II, de Felipe IV y de Fray Jerónimo Gracián, el amigo de Santa Teresa de Jesús, considerado como uno de los clásicos del siglo XVI. En las márgenes del Pisuerga se celebraron las bodas de D. Pedro *el Cruel* con Doña Blanca de Borbón, se escribieron las partidas de Alfonso *el Sabio* y se verificó la coronación de San Fernando. Allí vivieron Santa Teresa y Cervantes; murió Colón, subió al cadalso don Alvaro de Luna y estuvo preso en las cárceles de la Inquisición Fray Luis de León, por el grave pecado de haber traducido en lengua vulgar el *Cantar de los Cantares*.

Doña María de Molina, que ejerció la doble regencia, pues muerto su hijo Fernando IV, regentó á su nieto Alfonso XI, continuó favoreciendo á su muy amada Valladolid, la cual engrandeció edificando templos y hospitales. Fundó las Huelgas y reedificó la iglesia de San Pablo, cuyo frontispicio es una perla del arte gótico y una de las joyas más preciadas de la castellana ciudad.

Mucho más admirable debe parecernos esta Reina, teniendo en cuenta la época á que pertenece. En la Edad Media la mujer carecía de iniciativa, y era tan eterna la

virginidad de su inteligencia como la infancia de su corazón.

Necesario le era un temple de alma muy extraordinario á la mujer medioeval para emanciparse moralmente, para sacudir tantos yugos y absurdas preocupaciones. Esto lo consiguió Doña María de Molina, astro refulgente que ilumina la prolongada y tenebrosa noche del sexo femenino en la Edad Media.

La madre de Fernando *el Emplazado* favoreció las letras, las artes y la industria; se impuso á sus enemigos con las dotes de su buen criterio y brilló por la ilustración en un siglo en que andaban escasos los elementos del saber, por no haberse descubierto todavía la imprenta.

La figura de esta Reina, que goza de celebridad europea, ha sido magistralmente retratada por Tirso. ¡Cuán enérgicos son los acentos que pone en boca de la protagonista del drama el gran poeta del siglo décimo séptimo!

«Si porque el Rey es un niño
y una mujer quien le ampara,
os atrevéis ambiciosos
contra la fe castellana,

tres almas viven en mí:
la de Sancho, que Dios haya,
la de mi hijo, que habita
en mis maternas entrañas,
y la mía, en quien se suman
esotras dos: ved si basta
á la defensa de un reino
una mujer con tres almas.»

No, no hay inferioridad en la mujer; los dos sexos están dotados de iguales aptitudes intelectuales, y si no dan el mismo resultado éstas, es porque se aplican á distintos fines. En los pueblos que existen escuelas mixtas admira la precocidad de las niñas.

Nadie lo pondrá en duda: los órganos que más se ejercitan son los que más se desarrollan; y la energía de las funciones del cerebro depende de su ejercicio. El hombre fortalece su inteligencia con el estudio, y el estudio la desenvuelve, la abrillanta y fertiliza, dilata las esferas del pensamiento. Sin el estudio la inteligencia quedaría atrofiada. Las mujeres que han recibido una educación superior, se han elevado á gran altura en todos los ramos del saber y en todas las situaciones.

Si existieron reyes que gobernarán pueblos con pericia, también hemos tenido reinas que han regido naciones con admirable acierto.

No solamente regentó dos veces el Reino la inteligente esposa de Sancho *el Bravo*, sino que ejerció la doble maternidad moral, educando á su hijo Fernando IV y á su nieto Alfonso XI.

Brillantes como sus talentos de Reina fueron sus virtudes de madre. Habiendo quedado viuda en la juventud, la fama de su belleza y de sus méritos atrajéronla multitud de adoradores entre príncipes y reyes poderosos; pero ella cerró su corazón á los encantos del amor, para consagrarse al sacerdocio de la maternidad. Jamás el más leve lunar manchó sus tocas de viuda. Su luto fué tan sincero como el de Isabel de Portugal por Don Juan II, como el de la hija de Carlos V por Maximiliano de Austria.

Doña María de Molina antepuso á todo su amor maternal; he aquí testimonio de ello. Armaba diferentes escaramuzas el Infante Don Enrique, hallándose descontento porque no podía conseguir la Regencia de Castilla ó la tutoría del Princi-

pe; la Reina, para apaciguarle y calmar una exaltación que perturbaba la tranquilidad de sus Estados, resolvió acceder á su petición, concediendo temporalmente á Don Enrique la regencia del Reino, mas nunca la tutoría del Príncipe.

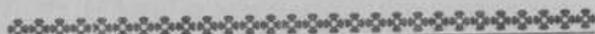
La mujer que abdicó de sus derechos de reina en pro de la tranquilidad pública, disputó enérgicamente á todo el mundo sus derechos de madre. Quiso ser la educadora de su hijo, mas éste no supo corresponder á tanto amor: extraviado por los consejos de Don Enrique y su partido, escuchó las calumnias lanzadas contra Doña María, y cuando subió al trono se atrevió á pedir al Canciller de la Reina cuentas de la administración de sus intereses. Obcecado el ingrato D. Fernando, llegó á cometer el incalificable desacato de militar contra Doña María, y esta señora, modelo de abnegación maternal, se retiró á llorar su desventura, haciendo jurar á sus partidarios que no se levantarían en armas contra su hijo.

Más tarde, Fernando *el Emplazado*, arrepentido de sus errores, conmovido por la noble conducta de su madre, la colmó de filiales solicitudes, volviendo á darla un

puesto en su corazón. Al recobrar Doña María la influencia sobre su hijo, empleóla en beneficio de su pueblo.

La dulce influencia de una mujer ilustrada y buena tiene más fuerza que una legión de combatientes.





III

Isabel la Católica

INCONMENSURABLE es el pedestal histórico sobre el que grandiosos sucesos sincrónicos colocaron á esta Reina, encarnación de nuestro glorioso pasado. Pertenece á esa época en que, cayendo desmoronado todo lo caduco, se abrió senda el progreso, desenvolviéndose el espíritu nacional en importantes conquistas científicas, políticas y navales, desplegando el vuelo las artes y las letras; á ese momento solemne en que triunfó el Decálogo del Korán, en que después de siete siglos de lucha encarnizada reuniéronse bajo el mismo cetro los reinos de Castilla, Aragón y Navarra.

Nacida Isabel I en el atardecer medioeval, es aurora de la Edad Moderna, primavera de nueva vida, arco iris que disipa la tormenta de una corte en disolución, de una anarquía social, de un caos político.

En el reinado de la gran conquistadora y descubridora recúperase el Rosellón y la Cerdeña, victoria diplomática tan ardua como el triunfo de armas granadino; vindícanse los derechos de todos, organizanse tribunales para administrar la justicia recatemente, extingúense luchas fratricidas, abátese el despótico poder feudal, compílanse ordenanzas militares, codificanse leyes.

Los tiempos de esta notable mujer que, en opinión de un sabio agustino de nuestros días, «descuella entre todas las reinas que no fueron santas por las virtudes de su santidad, y entre todas las santas que fueron reinas por las proezas de su reinado», son los tiempos de hazañas inenarrables, de aventuras épicas, de epopeyas sorprendentes. Isabel es una figura de tanto relieve, que basta al enaltecimiento de un pueblo: ella y Teresa de Jesús, prototipos de españolas, son nuestras más puras y grandes glorias femeninas, las más inmortales.

Nunca estuvieron tan conformes los críticos al juzgar á una reina como lo han estado al juzgar á Isabel la Católica. Cifra de la felicidad de las Españas, suma del honor nacional, bello compendio de todas

las virtudes, denominóla un prelado escritor. Montalembert dice que fué el sér más noble que reinó sobre los hombres; el Cardenal Cisneros añade que nunca en los orbes de nuestro sistema planetario alumbró el sol criatura que á Isabel se igualara.

¡Venturoso reinado el de esta mujer singular, espejo de la virtud, auxilio de los buenos, azote de los malvados! Las hazañas españolas considéranse maravillosas, los laureles de nuestras victorias inundan los campos de Nápoles, Flandes, Lombardía y Portugal; el Mediterráneo nos pertenece; alardeamos de nuestra hegemonía en Europa y al completar el planeta ensanchamos el mundo para aumentar nuestras glorias. En esta época brillan políticos como los cardenales Cisneros y Mendoza; héroes como el Gran Capitán y Ponce de León; literatos como Juan del Enzina, que levanta los cimientos del teatro español, el cual nace con briosos acentos entre la épica lucha de la Reconquista, á la par que brilla nuestro hermoso arte mudéjar, afortunado producto de dos opuestas civilizaciones.

«Era la cristiana Reina, según los historiadores, de mediana estatura, admirable-

mente proporcionada de facciones y miembros; tras la flexibilidad y esbeltez de su gracioso cuerpo, ocultábase la insólita fuerza de sus músculos, y la majestad de su porte bastara á revelar su regia stirpe, cuando no hubiese hasta en su andar medurado un aire de irresistible autoridad. Tenía áureos cabellos, era mate la blancura de su tez, arrebolaban en su rostro rojas y bellas tintas. Admirábase en sus ojos el raro matiz que del azul pasa al verde transparente y la lucidez de su mirar bañaba en nítida luz aquellas mejillas, cuyas rosas no pudieron extirpar ni las tareas de la Reina, ni la fecundidad de la madre. Castamente cerrados, ocultaban sus labios la belleza y perfección de una blanca dentadura; entr ambas sienes quedaban ocultas por el abundoso cabello que cubría los lineamientos de las orejas bien contorneadas; y, en suma, la serenidad de su alma respiraba en la púdica gracia de aquella figura. En ella el vigor de la expresión uníase á la belleza de la forma. Consistía la hermosura de Isabel en la pureza del conjunto armónicamente análogo á la tranquila expresión de los pensamientos que la animaban.»

La protectora de Colón puso en moda la virtud y el saber: su cultura permitiéndola comentar á Cicerón y discutir sermones de buenos teólogos. Los libertinos y las mujeres pervertidas ocultaban su procacidad ante ella, y á la ignorancia de que se ufanan los magnates medioevales, siguió gran afán de instrucción en la aristocracia y en la milicia, pudiéndose decir, con frase cervantesca, «que la lanza no embotó la pluma ni la pluma la lanza». Isabel hablaba correctamente italiano, francés y latín: las damas de su corte eran tan eruditas como Beatriz de Galindo, las infantas Juana y Catalina y la Marquesa de Monteagudo. Obtenían su afecto y distinciones por ilustradas, María Pacheco, Francisca de Nebrija, Lucía de Medrano y Cecilia Morella.

Introducíanse los libros sin pagar derechos y fundábanse Bibliotecas populares: Siendo instruída la Reina, querían serlo todas las damas linajudas y también los próceres, por no verseen ridículo ante ellas. Pensaban los magnates que la ciencia no debilitaba la mano del caballero para empuñar la espada.

Valiente y vigorosa era la Reina, mas

no hombruna: enérgica y tierna, fuerte y dulce. Sus arrestos de siempre demostráronse doblemente en el prolongado sitio de Baza. Los rigores atmosféricos, las enfermedades y la guerra habían diezclado el ejército, arrebatándole 20.000 soldados; los más esforzados capitanes y el Rey empezaban á desfallecer; Isabel impulsó á proseguir la lucha, triunfaron, y esa victoria preparó el aniquilamiento de los moriscos. *El mayor Rey* fué denominada la protectora de Colón, como si no fuera grande elogio ser la mayor Reina en la tierra de Berenguela de Aragón y Berenguela de Castilla, de Blanca, madre de San Luis, y de María de Molina. Isabel era muy mujer, aunque poseía una fuerza moral que la hizo superior á su sexo, en su tienda de campaña encontrábase el tríptico ante el cual oraba y labores femeninas. Poseía ciencia de gobierno, gran golpe de vista para los asuntos diplomáticos, genio organizador, alto criterio, actividad, perseverancia en sus propósitos, admirable ecuanimidad.

Siendo ella la Reina, supo sostener la dignidad de su marido, no sólo haciendo que le respetaran los castellanos, sino aprovechando cuantas ocasiones pudo para

manifestar que todas sus determinaciones estaban inspiradas en la voluntad de don Fernando. Tan grande en la vida pública como en la privada, supo soportar con resignación hondas pesadumbres. Varias veces sintió lacerado su corazón de madre, porque no sólo vió morir á dos de sus hijos, sino que tuvo la pena de presagiar que el débil cerebro de su hija Juana sería incurable.

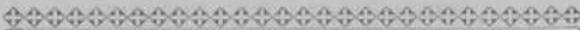
Asombrosa fué su clarividencia para proteger la empresa de Colón, que sabios españoles y reyes extranjeros tachaban de locura. El engrandecimiento del trono de Carlos V, en cuyos dominios no se ponía nunca el sol, debióse á Isabel I. Es acontecimiento tan magno el descubrimiento de América, que la Historia universal abre uno de sus cuatro períodos, la Edad Moderna, con la memorable fecha de 1492.

Está fuera de duda que la conquista de Granada influyó en el ánimo de la Reina para que prestara oídos á los proyectos del atrevido genovés. La Damasco de Occidente, como la denominaron los musulmanes, era el ideal más acariciado por la Soberana. Inefable fué su contento al hacer tremolar la bandera española en la ciudad

morisca que se reclina coquetamente en montañas de flores, sombreada por espesas bóvedas de mirtos y laureles, donde se encuentran galerías de limoneros y naranjos enlazados que aromatizan el ambiente. En esa oriental ciudad, donde tiene la Naturaleza espléndido teatro; donde crecen las más fragantes flores mecidas por céfiros jugueteros, cantan los más sonoros pájaros, brotan multitud de fuentes, despeñánse múltiples cascadas, ruedan abundosos arroyos cristalinos que con su frescura conservan rosas que Alejandría trocara por las suyas.

Nada más pintoresco que la ciudad de las mil torres, con sus arcos polilobulados, sus altos minaretes, sus árabes puertas y ojivales ventanas; nada más encantador que la artística ciudad, epopeya en mármoles escrita, según feliz expresión de un poeta. Compréndese que no pudiera Boabdil abandonar sin lágrimas esa edénica tierra, esa paradisiaca mansión, estrella del Mediodía, emporio de la sabiduría musulmíca.




IV

Margarita de Valois

REINA DE NAVARRA

ÉPOCA memorable en la vida del espíritu humano, es el Renacimiento: el despótico poder del feudalismo queda abatido, imperando la ley; la filosofía cartesiana impónese á la escolástica; realízanse inventos y descubrimientos con Copérnico y Galileo, que hacen conquistas en el cielo cual Colón en la tierra; Bacon establece las ideas de la ciencia moderna, basada en la observación; Maquiavelo crea la historia y la ciencia de la política; emancípase el pensamiento; resurge el eclipsado buen gusto literario y artístico, y despiértase con tanto brío el amor á lo bello, que la terminación de una obra maestra se celebra como acontecimiento nacional en Italia.

El Renacimiento, resurrección de la cul-

tura antigua y gestación de la moderna, colocó la ilustración entre los poderes que gobernaban el mundo. Hízose patricio el arte; tomó carta de nobleza el saber; fundóse una nueva aristocracia, la aristocracia intelectual.

Habiase perdido con la muerte de la Caballería el culto á la mujer; el Renacimiento restableció esa geneocracia ó soberanía femenina; las mujeres, agradecidas, quisieron ejercer importante acción mental.

Las angustas damas de las casas de Médicis, Ferrera y Este, impulsaron el Renacimiento. Al esparcir sus primeros rayos el sol del Renacimiento desde Italia, brotaron de aquella primavera del espíritu inmarcesibles flores artísticas, cuyos aromas recogió Francia en ánfora sagrada.

Gala de ese hermoso derperitar intelectual del espíritu humano, álzase sobre artístico plinto la interesante Reina, que se distinguió por la virtud en épocas de libertinaje, por la tolerancia en tiempos de intransigencia. Fué inspirada poetisa, amena disertante y erudita prosista: su *Heptameron*, libro que los críticos colocan á la altura del *Decamerón*, de Boccaccio, va inse-

parablemente unido al Renacimiento, marcando uno de sus períodos.

Al enaltecer á las tres Margaritas del siglo XVI, los novelistas han establecido gran confusión, atribuyendo á una las cualidades ó los defectos de otra. Las tres Margaritas fueron inteligentes y bellas; las tres se distinguieron por su amor á las letras; las tres las cultivaron; mas es preciso advertir que Margarita de Valois ó de Angulema brilló por la moralidad, cual Margarita de Francia, mientras que á Margarita, esposa de Enrique IV, conócese por sus costumbres licenciosas. La primera de las tres Margaritas del siglo XVI es Margarita de Valois, que nació en 1432 y murió en 1509, hija de Carlos de Orleans y Luisa de Saboya; la segunda, Margarita de Francia, Duquesa de Saboya, hija de Francisco I, la cual, á pesar de la corrupción de su época, conservó su reputación inmaculada; la tercera Margarita es la primera esposa de Enrique IV, autora de unas Memorias muy bien escritas, que considera incompletas la crítica porque no refieren los escandalosos episodios de su vida. Yo la celebro ese pudor de ultratumba, único que poseyó. Fué árbitra

de la moda; fascinaban tanto su hermosura y su elegancia, que llegóse á decir: ver la Corte sin ver á Margarita, es no haber visto ni Francia ni la Corte.

Margarita de Valois, Reina de Navarra, era universalmente denominada *gentil sprit*; revélase su elevación de ideas en la divisa que adoptó; consistía en un girasol con este lema: *Non inferiora secutus* (no seguir objetos vulgares). Recibió una educación tan completa como severa bajo la vigilancia de su madre. Poseía extensos conocimientos, dominando el hebreo, el griego, el latín, el italiano y el español. Era tan fecunda, que dictaba á dos secretarios simultáneamente. Hásele censurado el estilo de sus obras, un tanto desenvuelto; pero de esto nose debe culpar á Margarita, sino al gusto de su época; libre es el estilo de Cervantes, Lope y Quevedo. Uno de sus biógrafos refiere que cuando ella quería lucir una frase ingeniosa de doble sentido, la transmitía á sus oyentes en español ó en italiano, para quitarle la fuerza que pudiera tener en francés. Este rasgo denota su delicadeza.

Ha sido acusada de herética por su indulgencia con calvinistas y luteranos, pero

es injusta tal acusación. Margarita, dotada de un criterio elevadísimo, procuraba unir á católicos y protestantes, porque presentía las sangrientas luchas que habían de surgir entre ellos. Su espíritu conciliador, y el hallarse entre los reformistas tantos literatos, impulsóla á la benevolencia; mas este no es motivo para que se haya dudado de su ortodoxia. Caritativa, tierna y generosa, dulcificaba el rigor de Francisco I con los reformistas, alcanzando clemencia para ellos. Era sinceramente católica; mas aun no siéndolo por convicción, hubiera abrazado el catolicismo, por ser la religión del hermano á quien tanto amaba. Este lo dijo á varios católicos que osaron dudar de los sentimientos religiosos de ella:

Mi hermana no puede tener otra religión que la mía.

Algunos fanáticos llegaron á temer que Margarita hiciera apostatar al Rey, absurdo que sólo podían alimentar inteligencias exaltadas: si el Rey consultaba á su hermana los negocios del Estado, lo cual dió lugar á que dijese estaba dominado por ella, era porque tenía gran confianza en su afecto, lealtad y buen criterio.

La vida de esta ilustrada Princesa no la llenó más que una pasión: el amor á su hermano. Casada con el duque de Alençon, príncipe de corta talla intelectual, y más tarde con Enrique d'Albret, Rey de Navarra, que era un hombre vulgar, el corazón de Margarita necesitaba amar á un sér superior, con un amor elevado que no empañara su conciencia, y ese amor noble, legítimo y puro, consagróle á su hermano.

Luisa de Saboya y Margarita rendían el más respetuoso culto al Rey poeta; la correspondencia entre las dos hállase esmaltada con el nombre del adorado Francisco, al cual denominan apasionadamente, tanto la madre como la hija, *nuestro glorioso César, el encanto de nuestra vida*.

La hermana del vencedor de los helvecios fué á visitar al *Rey caballero* cuando se hallaba preso en Madrid, después del desastre de Pavía, y despertó con su elocuencia la más ferviente admiración en la fastuosa corte del Emperador Carlos V.

La gentil Reina ha publicado poesías religiosas, un poema titulado *Espejo del alma pecadora*, impresiones, noticias, cuentos y novelas.

En la correspondencia que sostuvo con Francisco I aparece tan tierna hermana como hábil diplomática, y en sus cartas dirigidas al Obispo de Meaux, se remonta á la altura del teólogo. El fondo de todos sus trabajos literarios era tan moral como su vida; para convencer á las mujeres de que no deben otorgar á los amantes la más leve concesión, las dijo:

Baillez-lui tout ce qu'il veut maintenant.
Soit le parler, soit l'œil, ou soit la main,
Et vous verrez en lui incontinent
Autre vouloir que de cousin-germain.
Voire s'il peut, sans attendre à demain,
Il vous priera d'une grâce à lui faire,
Qu'une heure avant eût désiré de taire,
Feignant de peu se vouloir contenter,
A tels amis à toujours à refaire:
Le plus sûr est de ne point les hanter.

Erasmus decía hablando de ella: *admiro su prudencia digna de un filósofo, la piedad de su alma invencible, la castidad, la moderación, su desprecio de las cosas perecederas, su humanitarismo.*

Francisco I, el Rey galante, que solía exclamar: *Una Corte sin mujeres es un*

año sin primavera, una primavera sin rosas, denominó á la amiga y protectora de los sabios, á su ilustrada hermana, la Margarita de las Margaritas.





V

Catalina de Médicis

DIGNA descendiente de la ilustre familia en que fueron vinculados por largo tiempo el genio, el saber, la política, la diplomacia, las primeras jerarquías religiosas y sociales, las ciencias, artes y letras, es la hija del Duque de Urbino, que siguió la gloriosa tradición de sus antepasados, introduciendo en Francia la cultura estética. Celebráronse sus bodas con el Delfín que había de ser Enrique II, cuando la bella florentina sólo contaba catorce años de edad, habiendo concertado el matrimonio el sumo Pontífice Clemente VII, un Médicis.

Hállabase dotada Catalina de esa belleza italiana, que consiste en la arrogancia de la figura, la corrección de líneas, la nitidez

del cutis, la móvil expresión del rostro que tanto atrae. Sin embargo, no le gustó á su marido.

Muerto Francisco I siete años después, fué coronada en Saint-Denis, apareciendo radiante de hermosura, de juventud y majestad. Pronto advirtió la Soberana que no reinaba; viéndose con más enemigos que partidarios, resolvió hacer de la hipocresía, del disimulo, su fuerza. Una sirena cautivadora, nueva Melusina, que poseía el secreto de hacerse amar del Rey, á pesar de contar veintiocho años más que él, teniale hechizado. Catalina presintió que no podía luchar con la dominadora, y resolvió someterse á ella. Los contemporáneos vieron con asombro la amistad de las dos mujeres: comprendiendo Diana de Poitiers que Catalina no poseía á su marido, trataba de acercarla al Rey para distraerle de otros amores; la Reina fingía agradecer las atenciones de su rival.

Si la favorita lastimaba el amor propio de la Soberana no considerándola rival temible, Catalina ofendía el de Diana pensando que pronto dejaría de ser peligrosa. El servilismo de la Reina ante la amiga del Rey crecía á medida que la esposa desairada

vislumbraba con espanto su repudio, que sólo podía evitar la influencia de Diana, y la monstruosa alianza entre aquellas dos mujeres, que se despreciaban tácitamente, consolidábase más y más.

La esposa y la favorita del Rey conocían que necesitaban auxiliarse mutuamente: tal convicción hacía que Diana se preocupara por la salud de la Reina, y que Catalina viera con paciencia el retrato de Diana reproducido en mil formas y alegorías en todo París y hasta en su propio palacio. Siempre se valió Catalina de las mujeres para sus más difíciles empresas: recuérdese el famoso escuadrón volante de las ciento cincuenta bellas jóvenes de la nobleza que la servían de ataque y defensa. Cuando Catalina quería obtener la aprobación del Rey para alguna de sus maquinaciones, ponía en juego solapadamente la influencia de la favorita.

Crecían los hijos de la Reina sobre las rodillas de Diana; la Reina era la procreadora de la dinastía; Diana, el alma de Francia. Cerca de sesenta Eneiros habían caído sobre su cabeza, y todavía se adornaba su regio amante con medias lunas, porque Diana era aficionada á usar los

símbolos de la diosa de su nombre y á imitarla en todo, menos en la castidad.

Humillada la Reina como esposa, madre y soberana, intentaba distraerse con la astrología y la magia: no están libres los espíritus más independientes de alguna superstición. El haber predicho Ruggieri que Enrique II moriría en el torneo á que asistió contra la voluntad de Catalina, y haber dado la casualidad de que se realizase el siniestro augurio, robusteció su fe en la astrología.

Cuando la muerte del Rey permitióla, con el destierro de Diana, gozarse en el aniquilamiento de la que la había nulificado; cuando despertó su altivez del sopor en que la tuvo sumida la impudicia de aquella mujer y empezó á sentirse Reina, el formidable triunvirato, compuesto de Montmorency, Guisa y Saint-André, que encendían la guerra civil con pretexto de proteger la religión, turbó su tranquilidad. La situación que le crearon católicos y protestantes hizola cometer traiciones que justifica la política y no disculpa la conciencia.

Suponíanla los franceses conservadora de una fe que en ella no era un sentimiento, sino cálculo, indiferente á los inte-

reses de la Nación, inmoral porque toleraba la corrupción de los que necesitaba utilizar para sus combinaciones, egoísta, fría, falaz. Los sedimentos de amargura que habían dejado en su corazón el desvío de su marido y las humillaciones de la favorita, salpicaron todos sus actos; el afán de dominio que pudo saciar en su viudez, secó la poca ternura que había en su alma.

Esforzábase la astuta Reina en sonreír á los que aborrecía, procuraba halagar á las familias más importantes organizando caerías espléndidas, cabalgatas originales, corridas de sortijas, bailes compuestos por ella sobre asuntos de Orlando y Amadis de Gaula; pero no conseguía adictos sinceros. Nadie le negó actividad en los negocios, valentía para recorrer campamentos, asediando al Havre tomado por los ingleses y hacerse fuerte á los cañones de Ruan; pero impugnábanle su alevosía porque halagaba á los protestantes mientras estaba en negociaciones con Felipe II para destruirlos, y pactaba un tratado de amistad con Isabel de Inglaterra, comprometiéndose á enviar al Almirante Coligny, jefe de los hugonotes, á los Países Bajos á combatir contra el Rey de España.

Enrique IV defendíala ardientemente diciendo entre otras cosas: *¿Qué había de hacer una viuda con cinco hijos á su cargo y dos familias, la nuestra y la de los Guisa, que anhelaban apoderarse del trono? ¿No debía buscar recursos extraordinarios para engañar á unos y á otros, y al mismo tiempo salvar, como lo hizo, á sus hijos, que han reinado sucesivamente por la sabia conducta de una mujer tan perspicaz?*

Es indudable que no podía sostenerse la sagaz conterránea de Maquiavelo, su espíritu gemelo en política, sino tratando de armonizar los intereses de católicos y protestantes; ambos partidos la odiaban, no vacilando en proclamar que una mujer no podía tomar parte en los negocios del Estado sin violar antiguas leyes de la monarquía francesa. Para guardar el equilibrio en medio de luchas tan enconadas, tuvo que adoptar un balancín especial creado por sus argucias, no siendo extraño que en muchos casos diera aplicación al diabólico precepto: *dividir para vencer*. En su turbulenta época, hasta la diplomacia de un Cavour ó un Metternich hubiera fracasado.

Catalina murió en 1589, á los setenta años de edad, después de verse sucedida en el trono por el más amado de sus hijos: Enrique III. La inteligente florentina engrandeció á Francia, creó bibliotecas y museos, y dirigió las Tullerías, ese suntuoso Palacio que albergó tan opuestos sistemas de Gobierno, pasando de la *Monarquía absoluta* á la *Revolución*, al *Imperio*, la *Restauración* y el *Régimen Constitucional*.

Adivinó el mérito de Montaigne, distinguiéndole con su amistad, lo mismo que á Juan Goujon, Ronsard y Brantome. Monstruo de maldad es para sus detractores; hábil política para sus panegiristas; la Historia, que la hace responsable de los asesinatos de la noche de San Bartolomé, no niega que salvó á Francia del desmembramiento y la tiranía.



VI

Isabel de Inglaterra

BRILLANTE personalidad política del siglo XVI. En ella encuéntrase al estadista, al diplomático, al guerrero, nunca á la mujer. Encerró su cerebro un gran talento; su corazón careció de ternura.

Tuvo en su glorioso reinado grandes perturbaciones por los combates entre católicos y protestantes. Sostúvose en la difícil situación que la crearon mientras la fué posible, guardando equilibrio de astucia cuando la situación era abrumadora, encarcelando á unos y desterrando á otros.

Manifestándola en cierta ocasión un ilustre prelado que había procedido en sus determinaciones más como política que como cristiana, le contestó: «Observo que habéis leído todos los libros de la Sagrada Escritura menos el de los Reyes.»

Las crueldades practicadas por Isabel tuvieron resonancia; el Papa Sixto V, que admiraba su talento, pues, según su frase, considerábala digna de ser madre de un nuevo Alejandro, se vió obligado á excomulgarla. ¡Tantas arbitrariedades había cometido con los católicos porque entorpecían el desarrollo de sus ambiciosos planes! En Isabel la crueldad fué hereditaria: su padre, casado seis veces, repudió á dos de sus mujeres y mandó decapitar á otras dos. Su hermana María Tudor, denominada *la Sanguinaria*, hizo cortar la cabeza á Juana Gray, que contaba diez y siete años de edad.

Siniestra celebridad envuelve el nombre de Isabel; pero valió tanto intelectualmente, que á pesar de haber cometido grandes crímenes la historia no la niega su elogio imparcial.

Las especiales circunstancias que rodearon la infancia de Isabel influyeron en su ser moral. Durante el reinado de su hermana María, que duró cinco años, la hija de la hermosa Ana Bolena permaneció prisionera, ya en la torre de Londres, ya en diversos castillos. En su forzosa reclusión adquirió amor al estudio, y aquel sombrío

y duro carácter que no se pudo suavizar jamás.

En 1558 fué llamada al trono cuando contaba veinticinco años de edad; el pueblo inglés aceptó con entusiasmo el nuevo reinado, esperando que pondría fin á las persecuciones religiosas y á las sangrientas ejecuciones. Isabel tenía resuelto el restablecimiento del protestantismo; pero envió á la Santa Sede un mensaje de adhesión y respeto. Primer rasgo de su alta diplomacia, con el cual halagó á la nobleza católica de Inglaterra. Al poco tiempo las leyes religiosas de la época de María Tudor fueron sustituidas por algunas leyes del reinado de Enrique VIII; en esta sustitución no hubo derramamiento de sangre.

Entre los numerosos pretendientes á la mano de Isabel figuró su cuñado Felipe II, al que no hubieran visto con gusto los ingleses; pero la Reina insistió tenazmente en el celibato, como Cristina de Suecia. Cuando, al tratarse de otro pretendiente, el Parlamento quiso obligarla á contraer matrimonio, contestó que había de ponerse en su tumba: *Aquí reposa Isabel; vivió y murió Reina y virgen*. Puede afirmarse lo primero; mas, respecto á lo se-

gundo, surgen muchas dudas. Su oposición al matrimonio tenía por origen, no sólo la independencia de carácter, sino el orgullo. No quería dividir con nadie el poder, ni la gloria de su reinado. En Isabel todo fué grande, hasta su ambición. Ésta le hizo favorecer los motines de Escocia por la Reforma, alcanzando en aquel reino una influencia extraordinaria, que debía servirle mucho para más tarde: Isabel sabía esperar.

Sin poseer los méritos porque se distingue el sexo tierno, no careció de un defecto esencialmente femenino: la vanidad de la belleza. Aquella mujer tan superior, tan indiferente á todas las puerilidades, era, sin embargo, muy sensible al elogio tributado á su hermosura. Débese á la rivalidad de mujeres el penoso cautiverio á que fué condenada por espacio de diez y nueve años la interesante hija de los *Estuardos*. Molestándole los fulgores de la hermosura de su prima, procuró eclipsarlos, aherrojándola cruelmente. Los sucesos se encargaron de facilitarle un pretexto para deshacerse de su rival: atribuíanse las agitaciones políticas de Inglaterra á las intrigas de España suscitadas por María Stuart, lo

mismo que las escaramuzas de los católicos, y esto fué bastante para que Isabel la enviara al suplicio. ¡Imperdonable crueldad que oscurece el brillo de sus glorias! Tras la muerte de María Stuart empezaron las luchas de Isabel con Felipe II; los dos aspiraban al dominio universal; ambos fueron causa de las perturbaciones europeas y de que perdiera España la famosa *Armada Invencible*.

El espíritu económico de Isabel ha sido ensalzado por unos y censurado por otros; á propósito de sus economías, se refiere que un israelita le llevó una magnífica perla valuada en 20.000 libras esterlinas; Isabel no la quiso comprar; teniendo noticia de ello un rico comerciante inglés, adquirió la perla inmediatamente, la pulverizó en presencia del israelita, sumergiéndola en una copa de vino y, después de beberlo, exclamó: *Publicad que la Reina de Inglaterra puede dar 20.000 libras por una perla, ya que tiene súbditos que la beben á su salud.*

Es indudable que Isabel fué muy amada de su pueblo, pues sabiendo los ingleses que tenía especial empeño en denominarse Reina virgen, cuando descubrieron en la India una isla importante pusieronle por nombre

Virginia, en recuerdo de la virginidad de su Soberana; virginidad que no fué jamás para ellos artículo de fe. Isabel de Inglaterra está considerada como elegante escritora: tradujo á Horacio, Eurípides, Isócrates y Platón. Esta mujer filósofo, economista y Rey, sobre todo Rey que asombraba á los eruditos con la variedad de sus conocimientos, dió gran preponderancia á Inglaterra. Por esto la veneran los ingleses, como los rusos á *Catalina la Grande*. Una y otra fueron déspotas y cometieron muchos errores, pero supieron engrandecer la Patria; conocían el arte de reinar, sobrepujando á todos los monarcas en audacia, energía, habilidad, disimulo y penetración.

La erudita Reina de Inglaterra tuvo en su reinado poetas de la talla de Shakaspeare; filósofos de la de Spencer; marinos de la de Drake; ministros de la de Cecil y Walsinham. En aquélla época sólo Inglaterra pudo sustraerse al dominio que ejercía España en todas las naciones.

Al morir Isabel, sucedióla en el trono Jacobo de Escocia, hijo de la desgraciada María Stuart.



VII

María Stuart

REINA DE ESCOCIA

No es posible percibir con claridad las culpas de esta encantadora y desgraciada Reina, porque al mirarla, una nube de lágrimas anubla los ojos. La poesía, el teatro y la novela eligieronla por musa; es indudable que no ha reinado en el mundo real, tanto como en el mundo de la imaginación, la Soberana de Francia y Escocia. Heroína de sangrienta epopeya, la posteridad ha sido benévola con la interesante Reina, que ocupó más tiempo las cárceles que el trono.

Los biógrafos amables juzganla con hidalguía de caballeros, no con severidad de jueces; los biógrafos adustos compadécenla al mismo tiempo que la condenan. La Eu-

ropa católica lanzó un grito de conmiseración ante sus infortunios, que ha repercutido en todos los tiempos. ¡Cómo no sentir piedad por la desgraciada Reina que no sacrifica su fe religiosa á su ambición, que momentos antes de ser decapitada, exclama: *Moriré firme en mi religión, amando á Francia y á Escocia!* ¡Cómo no ha de inspirar benevolencia la que, sentenciada á muerte, busca en la Historia el ser más pecador para compararse á él y pedir á Dios perdón!

El nacimiento de María Stuart fué saludado con esta frase de su padre: *Por una mujer adquirimos el trono, por otra le perderemos.* La infancia de la regia niña iluminóse con el rayo de la desgracia; vendavales tuvo por arrullo, orladas de negro fueron sus primeras vestiduras, colisiones entre la nobleza y el trono arrojaron chispazos sobre su cuna, precursores del fuego que había de abrasar su existencia. La hija de Jacobo V y de María de Guisa perdió á su padre á los seis días de nacer. Destinada á casarse con el hijo de Enrique II y de Catalina de Médicis, fué llevada á Francia cuando contaba diez años de edad para educarse al lado del Delfin,

con intento de que, conviviendo con él, se asimilara sus costumbres y las de la Nación en que había de reinar. A los quince años era fascinadora; alta, esbelta, arrogante, de cutis niveo, cuya nitidez dejaba transparentar el fino tejido de sus venas, de ojos que reverberaban la inteligencia, y de hermosa cabellera que, según los poetas, tenía reflejos eléctricos, esa cabellera que unos consideraban bermeja, otros dorada, los más de un *blonde cendré*. María Stuart, espléndidamente hermosa como mujer olímpica, atraía simpatías generales.

Brillaba con propio resplandor en aquella corte francesa, la más sabia, la más galante de la época. Catalina de Médicis había hecho educar como se educaba á las princesas del Renacimiento. María versificaba, sobresaliendo en los torneos poéticos, sostenía tesis eruditas en las lenguas clásicas, era la admiración de cuantos la conocían; á sus méritos uníase el prestigio de una gracia seductora, el encanto de una voz armoniosa.

Ronsard decía de ella:

Entre azucenas nacida,
Galas de la primavera,
En blancura la supera

Su admirable cuerpo en flor;
Y las rosas, que con sangre
De Adónis se purpuraron,
Vencidas se confesaron
Ante su hermoso color.

Prestóle amor de sus ojos
Las seductoras miradas,
Y las Gracias afamadas,
Hijas del cielo las tres,
Con sus dotes más excelsas
A esta princesa adornaron,
Y el Olimpo abandonaron
Para servirla á sus pies.

La muerte de Enrique II hizo subir al trono al Delfín, Francisco II, y con él á María; no tenía impaciencia por ceñirse la corona real. *Reinamos demasiado pronto*—díjole á su marido—: eran dos adolescentes. Durante su breve reinado en Francia cometió varias imprudencias políticas, no siendo la menor la donación secreta que hizo de la corona de Escocia á su Patria adoptiva, á condición de que la defendiera de los ingleses. Al morir María Tudor, considerando ilegítima la ocupación del trono por Isabel, enlazó á sus armas de Escocia las de Inglaterra. Es cierto que

podía invocar derechos á la corona de esa Nación, pero tales derechos no pueden sostenerse más que por la fuerza de las armas. Isabel se vengó desencadenando contra la madre de María Stuart, que regentaba el reino de Escocia, la enemistad de la nobleza del país, el fanatismo presbiteriano, y enviando tropas inglesas, que obligaron á la Regente á pedir á su hija aliados franceses, acto que la hizo completamente impopular en Escocia. Así lo había previsto la sagaz Isabel.

Muerto el Rey de Francia, Francisco II, (1560) y la madre de María Stuart, la joven viuda volvió á ocupar su trono de Escocia. Encontró al país dividido en partidos políticos, siendo el más fuerte el que se manifestaba francamente contra la realeza, los presbiterianos, que luchaba por abolir el culto católico. El espíritu de la Reina, ligero, brillante, caprichoso, abierto á todas las pasiones, sin retroceder ante nada al sentirse abrasada por la llama del deseo, contrastaba con los caracteres duros y fríos formados por el protestantismo. María dejó una Corte literaria, artística, voluptuosa, para sumergirse entre las abruptas montañas de Escocia y rodearse de hombres ás-

peros, incultos. La sombría Escocia del siglo XVI no comprendía el alma de María Stuart; ella tampoco se compenetraba con sus súbditos: había conocido á Escocia católica y encontróla minada por el calvinismo. Sus costumbres, hasta su gracia voluptuosa, sorprendieron á aquellos corazones por el luteranismo secados, haciéndoles ver en la hija de la civilización greco-romana una divinidad del paganismo. María luchó por introducir en Escocia la cultura itálica, las elegancias, las alegrías de la vida social; quiso atraerse á Knox, feroz paladín de la Reforma, y no consiguió—como dice Saint-Victor—sino escandalizar á ese pueblo austero, á esos ascetas de la Biblia, que no adoraban más que al Dios del desierto.

En una época turbulenta, de lucha de pasiones, ante una nobleza que le era hostil, ante una nueva secta envalentonada por su rápido triunfo, ante una Reina rival, estaba obligada á ser discreta, prudente, á dominar los ímpetus de su especial idiosincrasia; mas no lo hizo. Al principio, rodeóse de un Consejo, poniendo al frente á su hermano natural el Conde de Murray, político hábil; pero pronto se can-

só de obedecerle, dejándose llevar de su ligereza é imprevisión habituales.

Chastelard, gentilhombre francés, elegante, ingenioso, enamorado de ella y alentado por algunas de sus coqueterías, consiguió que una dama palatina le permitiera esconderse en su alcoba, creyendo vencerla con tal rasgo de audacia.

Enterada la Soberana de que corrían rumores contra su reputación, dejóle morir en el cadalso por salvar su honor. Innumerales pretendientes rodeaban á la augusta viuda, que sólo contaba diez y ocho años de edad; escogió á su primo Darnley, joven de buena figura, de inteligencia limitada y débil carácter; como era católico, el pueblo se opuso á este casamiento, y hasta el mismo hermano de la Reina, temiendo acaso perder su puesto en el Gobierno, acaudilló un partido contra ella. Al poco tiempo de realizado el regio matrimonio, apareció el cantante italiano David Rizzio, que alcanzó el favor de María Stuart, llegando desde bufón á personaje.

Hízole su secretario para la correspondencia exterior, cargo que le permitió intervenir en los más altos negocios del Estado. Los aristócratas escoceses, humi-

llados por las deferencias otorgadas al bufón italiano, dijeron al Rey consorte que era amante de su mujer. El Rey, que se había visto varias veces rechazado de la cámara nupcial, sin pensar que lo debía á su frecuente embriaguez, creyólo fácilmente, entrando en el complot fraguado por los nobles. La acusación era injusta, porque Rizzio, viejo y achacoso, carecía de atractivos. Una noche en que el favorito estaba cenando con la Reina, un grupo de grandes señores, entre los que se hallaban Douglas y lord Ruthwen, invadió la estancia; el Rey consorte llevó á su mujer á otra habitación, y sus auxiliares asesinaron al cantante italiano.

Pronto secó las lágrimas de María la idea de la venganza. Para acabar con su forzoso encierro en Palacio, ganóse la voluntad de su débil marido, haciéndole huir con ella á Dumbar. Algunas semanas después nació su hijo, que fué Jacobo I, Rey de Inglaterra; pero no se estrecharon los lazos de los cónyuges, porque María, que despreciaba á su marido, no le perdonó la iniquidad cometida con Rizzio. El gallardo Conde de Bothwell hizose amar de la Reina y asesinó al Rey consorte: la opinión

pública vió en la muerte de Darnley la complicidad de María Stuart. La Soberana mandó procesar á su amante para desorientar á los sospechosos, y el tribunal, no sólo absolvió á Bothwell, que se defendió con gran talento, sino que manifestó que era el hombre que más convenía á la Reina por marido. En uno de los viajes de María Stuart asaltaron su carroza varios caballeros y, representándose una comedia de raptó, fingiendo la Reina ceder á la sorpresa, dió la mano de esposa al Conde de Bothwell, tres meses después de ocurrida la sangrienta tragedia (5 de Mayo de 1567). Los *lores* protestantes formaron una liga en nombre de los intereses del país y del Reyniño, cuyo porvenir consideraban amenazado, coligándose con ellos Isabel de Inglaterra. María Stuart marchó con sus tropas contra los confederados, encontrándose no lejos de Edimburgo, donde fueron vencidas sus huestes. Obligada á pactar con los jefes de la insurrección, propusiéronla que se separara de su marido y se aliara á ellos. Amábale frenéticamente; así es que pidió la dejaran embarcarse con él, fiando al azar el cuidado de conducirles; pero no fué complacida, y en Carberrey tavo que

dar el postrer adiós al que la inspiraba el fatal amor que la arrastró al crimen. Despechada, furiosa, cometió la torpeza de amenazar á Lindsay, uno de los jefes revolucionarios, y la impremeditada amenaza agravó su situación. Entró en Edimburgo, prisionera de los insurrectos, que enarbolaron una bandera, representando el asesinato del Conde de Darnley con las más injuriosas alusiones á su complicidad. La Reina fué encerrada en el castillo situado en medio del lago Lochleven, y su marido en la fortaleza de Maimoë, donde murió en 1576. Había confiado á un amigo el cofrecillo en que guardaba las cartas de María Stuart, y esas cartas, obtenidas por el partido vencedor, fueron más tarde formidable acusación contra la desdichada Sobe-rana.

La manía epistolar siempre será funesta á una mujer enamorada: el papel, que la atrae con fuerza magnética, hace traición á sus sentimientos, obligándola á inconsistentes confianzas. Sabido es que la mujer vela más sus impresiones ante el hombre amado que en una carta; en ella sufre la sugestión de la franqueza, la imperiosa necesidad de exteriorizar sus ideas; la pluma

es el más terrible enemigo de la mujer apasionada; las mujeres debieran desconfiar de ella, pero no lo hacen porque no saben escapar á su yugo: toda mujer enamorada es grafómana.

Pudo escapar de la prisión María Stuart, gracias á la debilidad de su carcelero, sensible á la fascinación que ejercía en él, y en vez de refugiarse en Francia, cometió la inconmensurable torpeza de pedir hospitalidad á su prima Isabel. La Reina de Inglaterra correspondió á la noble confianza, encerrándola en el castillo de Carlisle, donde permaneció diez y nueve años.

María Stuart fué procesada; siguiendo Isabel su acostumbrada política maquiavélica, desligóse de responsabilidades, no haciéndose solidaria de los actos de los jueces. El abuso de fuerza de que era víctima la infortunada indignó á gran parte de la aristocracia inglesa: la compasión hacía olvidar las culpas de María Stuart y execrar á sus verdugos. Siendo la existencia de la Reina una amenaza para Inglaterra, porque Felipe II preparaba su *Armada invencible* para libertar á la católica cautiva, su muerte hizose inevitable; la autenticidad de varios documentos que demos-

traban su participación en el asesinato de su marido y su conspiración contra Isabel justificaron su muerte.

Preparóse á la opinión pública para que viera con menos repugnancia la terrible tragedia, distribuyendo profusamente libelos que escarnecían á la desdichada prisionera. No escasearon las infamias. Leicester, para hacerse perdonar de Isabel el amor que en otro tiempo sintiera por María, propúsose envenenarla, librando á Isabel del juicio de la posteridad; pero el carcelero, aunque no era adicto á la Reina de Escocia, negóse á colaborar en la empresa, por temor á complicaciones.

La salud de la Reina hallábase destruída, depauperado su organismo; mas la agonia de esa existencia macilenta, lánguida, prolongábase, para satisfacción de sus enemigos. Toda la Europa católica estaba interesada en salvar á María Stuart; partidos poderosos sostenían activa correspondencia con ella; pero el agente Gilbert Gifford, cuyo nombre debe citarse para que caiga sobre él la reprobación universal, entregó la correspondencia al Gobierno de Inglaterra.

María Stuart fué condenada á muerte

por unanimidad; al presentar á Isabel la sentencia, fingió que se resistía á firmarla, representando una escena que no engañó á nadie.

La Reina de Escocia oyó la lectura de su sentencia de muerte (1586) con tranquila dignidad, sin que vacilara su valor un momento. Pasó la noche orando y escribiendo. Sus servidores, desolados, desfallecidos, acompañáronla en el momento del suplicio. Pidió á Dios piedad para los proscritos que padecían por su causa, hizo votos por la conversión de su hijo y por la felicidad de Isabel, y contestó serenamente á cuantas preguntas se la dirigían, exaltándose únicamente cuando la propusieron que apostatara. Los circunstantes no podían dominar su emoción: al presentar el verdugo la cabeza de la Reina, desprendióse la toca y apareció su cabellera completamente blanca: la víctima sólo contaba cuarenta y cinco años de edad.

Al través de los tiempos no es la razón de Estado, no es el fiscal quien juzga á la desdichada mujer que creíase inviolable por derecho divino; á la que vivió en un medio ambiente tempestuoso, en un siglo de moral fácil y acomodaticia, sin un ma-

rido que supiera dirigirla, corregir su ligereza y su vehemente impresionabilidad, á la que incauta en demasía entregóse imprudentemente á una rival poderosa. El historiador quiere ver en María Stuart una héroína, una mártir, y cuando trata de investigar, obligado por su misión severa, y encuentra la verdad, indulgente emoción invade su alma, y aunque la mártir le inspire más piedad que estimación, exclama con Walter Scott: *Podrá decirse de la Reina cuanto se quiera, pero todo noble corazón se pondrá de su parte, aunque sea cierto cuanto se haya dicho.*

El sentimiento universal ha sido favorable á la víctima de Isabel, tres veces rival suya. Los salvajes odios africanos, el famoso odio de Atreo y Tieste, no son comparables á la feroz rivalidad femenina. Mujeres de corazón ternísimo, capaces de las mayores abnegaciones para el sexo masculino, han tenido refinamientos de crueldad para la mujer. Recuérdense las iniquidades de la Montespan cometidas contra Luisa de la Vallière. Elisabeth, hija de Pedro *el Grande* de Rusia, hizo cortar la lengua á su dama Natalia Lapuchin porque la oyó decir que exageraban al ce-

lebrar la belleza de la Emperatriz. Pretex-
tóse para encarcelar á la dama palatina
delito de alta traición. Es verdad que para
una mujer hermosa cometen grave delito,
imperdonable irreverencia cuantos no se
prosternan ante el altar de su belleza.

Isabel de Inglaterra y María Stuart, dis-
putándose el corazón de un hombre, la co-
rona de un reino y la palma de la belleza,
ofrecen un episodio histórico de gran fuer-
za trágica. Perdonando Isabel á María,
hubiérala eclipsado en las futuras edades;
la venganza de la poderosa Soberana ha
hecho á su víctima inmortal.





VIII

Princesa Isabel de Este Gonzaga

ILUMINADA por el momento histórico más refulgente de esa época genial, grandiosa, apasionada, dramática, en la que en todas las cortes italianas el arte era el oxígeno del espíritu, época en la que el saber emancipó el pensamiento femenino, álzase la figura de esta Princesa del Renacimiento, alto ideal encarnado en una mujer, musa de los poetas y los artistas que por atávico instinto de italiana tenía muy desenvuelto el sentido estético. Su fisonomía moral era tan hermosa cual su rostro, copiado en el lienzo por Vinci y Ticioano, los magos del color, á cuya celebridad unió la suya.

Fué el alma de su época, pasando los hombres y las cosas cerca de ella como se filtra un rayo de sol por espumosa onda sin descomponerla. La hija de Hércules de Este y de Eleonora de Aragón nació en la tierra caldeada por las ardientes estrofas de Tasso y Ariosto, en uno de esos misteriosos palacios de Ferrara, que parecen ocultar tras la pátina de sus grisáceos muros leyendas caballerescas, eróticos idilios.

El rostro de Isabel, que semejaba un medallón griego, teniendo por marco aurea cabellera, transparentaba la pureza, la ingenuidad del alma. Modelo de virtud en tiempos de costumbres libres, inspiraba tanto respeto como amor: la calumnia no se atrevió jamás á mancharla. Su marido, Francisco de Gonzaga, marqués de Mantua, al que se unió por razón de Estado, siendo contratada la boda por las familias de ambos cuando eran niños, no brilló por la fidelidad conyugal, pero la Princesa fingía que ignoraba las traiciones del veleidoso para evitar escándalo.

En la patria de Virgilio, cantada por Dante, tuvo una corte de intelectuales como en Milán, Venecia y Ferrara. Compartió su gloria de Mecenas con León X y Loren-

zo el Magnífico. Brillaron en torno de la *bionda princesa*, Rafael, Ticiano, el Perugino, Bembo, Ariosto, Correggio, Leonardo de Vinci, Aldo Manuzio, Mantegna, Vecellis y Pico de la Mirándola.

Su casa era un museo, porque Isabel, peregrina del arte, acudía á todas partes donde podía encontrar objetos bellos que enriquecieran su colección. Al lado de la Princesa parecía respirarse el ambiente helénico de los tiempos de Pericles. Su vigorosa inteligencia colaboró hábilmente en los asuntos políticos de solución difícil, é impulsó las industrias artísticas, dando dibujos para telas, porcelanas y vidrios.

Las familias de los marqueses de Mantua han tenido mujeres muy ilustradas. Bárbara Gonzaga fundó la Universidad de Tubinga, que llegó á ser uno de los establecimientos docentes más famosos de Alemania, tan célebre como la Universidad de Oxford, cuya fundación débese también á una mujer, á Felipa de Hainaut.

La habitación predilecta de Isabel, el famoso *Studiolo*, contenía los libros, las estatuas, los cuadros, las medallas y broncees más estimados y el arpa, que pulsaba con gran maestría. El hermoso cuadro de Man-

tegra, *Minerva y Diana*, presidía aquel templo de lo bello. Recitaba acompañándose con el arpa, y en esas melopeas envolvía su delicado sentimentalismo los matices, las vibraciones de un alma ardiente que sufre nostalgias de dichas soñadas. ¿Tuvo adoradores? Sin ellos no hubiera brillado su virtud, porque no se puede llamar héroe á quien no ha entrado en combate. Entre las sugerencias del ambiente que respiraba, deslizábase envuelta en el amianto de su pureza, atribuyéndosela el mérito que los antiguos suponían á la salamandra.

En sus carmíneos labios como la flor del granado, parecían escritas las divinas palabras: *noli me tangere*. Príncipes de la inteligencia y de la sangre, ofrecíanla el homenaje de sus amorosos sentimientos; el célebre Bembo, el irresistible, el gran *flirteur* del Renacimiento, asediábala sin éxito, como todos sus enamorados caballeros.

Un poeta de aquellos tiempos, en que irradiaba tan fúlgidamente la belleza itálica, dijo refiriéndose á esta Princesa:

*D'opere illustri e di bei studi amica,
ch'io no so ben se piu leggiadra e bella
mi debba dire o piu saggia e pudica
liberale e magnanima Isabella.*

Nadie le ha señalado un amante, pero no puede afirmarse que viviera sin amor. Al Perugino, que le pidió asunto para un cuadro, contestóle que representara un combate entre el amor y la castidad. Investigando en aquel espíritu, al parecer sereno, atreviérame á decir que el asunto del cuadro, más que imaginado, era sentido. Teniendo una razón tan equilibrada, ¿cómo no había de dominar sus pasiones? ¿No es vencerse á sí mismo la mayor de las glorias? La insensibilidad no me parece virtud.

Isabel de Este, hermosa, apasionada, alma solitaria, corazón ardiente, debió sentir alguna preferencia, aunque jamás la demostró. Para defenderse de ilícitas pasiones, sumergiósese en el arte como en manantial bendito de agua lustral. El aroma del arte purificó el ambiente que se respiraba en torno suyo, destruyendo materias morbosas, haciéndole refractario á todo hábito impuro. El arte es la salvación de muchas almas; por eso no deben negarse sus consuelos al sexo tierno.

La participación de la mujer italiana en la vida pública señala la brillante época de Isabel de Este Gonzaga, el alborde de la

individualidad femenina. Saludable evolución empezaba á operarse en las costumbres; la cultura femenil fué flor italiana que esparció fecundo polen por la Europa toda. Habitados los hombres de entonces á la colaboración intelectual, la convivencia de los dos sexos refinó las maneras del masculino, naciendo la urbanidad, la cortesía.

Dignificóse la mujer en la opinión pública; su influencia fué favorable á la sociedad. Hoy vemos con asombro á las mujeres que poseen cultura clásica; entonces las lenguas sabias entraron en el programa educativo de toda mujer culta.



IX

Princesa de los Ursinos

TUVIERON los reinados de Felipe II y de Felipe V dos mujeres de extraordinario talento, hábiles diplomáticas, fecundas en intrigas, dotadas de arte maquiavélico para la política y de gran hermosura: la Princesa de Éboli y la de los Ursinos. La de Eboli, con ser tuerta, fascinaba á cuantos la conocían; la de los Ursinos hacía conquistas á los sesenta años, á pesar de tener un ojo maltrecho. De las dos puede decirse, con el poeta de la corte del Rey *Prudente*;

«Un párpado levantado
mostraba ardiente pupila
que con su fuego aniquila
cuanto una vez ha mirado.

El otro cubre caído,
como prenda bienhechora,
la pupila matadora
que cerrada se ha dormido.»

En la mirada de la Princesa de los Ursinos no había célicos reflejos, sino el tumultuoso oleaje de un alma agitada por tormentosas pasiones. Ambiciosa, audaz, no retrocedió nunca ante las dificultades que más apariencia tenían de insuperables; sentíase llamada á muy altos destinos, abrasada en sed de mando, con unos alientos capaces de levantar ó destruir un imperio. Como buena francesa, poseía profundo conocimiento del arte de agradar; una visión de las cosas muy irónica que la hacía sarcástica, aunque ocultaba su mordacidad tras una benevolencia al parecer nada artificiosa. Todos sus actos eran meditados, discretos, correctos.

• Sabía decir lo más escabroso manejando el eufemismo, hacerse rogar para aceptar lo que anhelaba, destruir influencias que fueran obstáculos á sus combinaciones. Leía, meditaba mucho y estudiaba á los cortesanos, probando el temple de las armas que esgrimían usualmente. Sus elegantes cartas, escritas con sencillez y fa-

ilidad, pudieran figurar con las de Madame de Sevigné. Convertía la Corte en tablero de ajedrez, y los personajes en peones, que movía sabiamente, ganando la partida.

Temperamento de luchador, firme en sus propósitos, dirigíase siempre á su fin sin dejar adivinar sus planes, sin permitir que se enmohecieran los resortes de su autoridad. De carácter expansivo, parecía expresar todo lo que pensaba; pero dueña de sus impresiones, su franqueza tenía un Rubicón, que no atravesaba jamás. La sinceridad de que alardeaba, unida al ingenio de su elocuente verbosidad, prestábanle irresistible encanto. Fuera mujer verdaderamente superior á no tener un punto vulnerable que podía ser explotado fácilmente: la vanidad. Gracias á ésta pudo decir un Embajador extranjero, al concertar con España serias negociaciones internacionales: *Hay gran ventaja en lisonjear el orgullo de la Princesa, ya que no es posible lisonjear su avaricia.*

Ana María de la Tremouille hallábase dotada de figura majestuosa, que hubiera sido imponente á no quitarle severidad la gracia y dulzura de su rostro. Casó siendo

adolescente con un nieto de Talleyrand, el Príncipe de Chalais, el cual tuvo que salir de Francia á causa de un duelo, refugiándose con su mujer en España. Instaláronse después de algún tiempo en Roma, donde murió el Príncipe. En la corte italiana obtuvo gran acogida la inteligente Princesa, consiguiendo poner su salón á la moda. Un nuevo casamiento con el Príncipe Orsini, Duque de Bracciano, hizola doblemente simpática en Italia. Encantada de la sociedad romana y no queriendo renunciar á sus amigos de Francia, dividía el tiempo entre las dos Cortes, estrechando amistades con los personajes políticos de Europa.

Viuda segunda vez, rica, y sin hijos, entregóse con ardor á la política para emplear su actividad cerebral. Habiendo aceptado Luis XIV la corona de España para su nieto Felipe, al cual casó con Luisa de Saboya, interesante Princesa que se hallaba en la alborada de la vida, pensó buscarle un Mentor que la enseñara á representar el papel de reina con majestad, resolviendo dar tan importante cargo á la Princesa de los Ursinos, concedora de las costumbres españolas. Nombrada Camarera Mayor, influyó pronto en la Reina que

dominaba á Felipe V. Temistocles hacia observar que, mandando los atenienses en los griegos, él en los atenienses, su mujer en él, y su hijo en ella, el niño mandaba en todos los griegos. Por semejante procedimiento los destinos de los españoles halláronse en manos de la sagaz Camarista.

Abusó algún tanto de su poder, teniendo que ser llamada por Luis XIV, disgustado de su comportamiento; mas como esta mujer agigantábase en la desgracia, su retirada de España fué gloriosa, cual la de Jenofonte.

Apoderóse de la voluntad del Rey de Francia, trazándole vastos proyectos hábilmente combinados; y al reconquistar las simpatías del Rey, en vez de su destierro en Italia, como esperaban los palaciegos, entró en España triunfante, con grandes poderes concedidos en Versalles.

Su fuerza persuasiva era tan grande, que no necesitaba más que hacerse oír para vencer.

Insinuante, acariciadora, sabiendo descender á los más humildes oficios para remontar el vuelo á los más graves asuntos de Estado, convirtiéndose en Consejera, sin

que el Rey y la Reina tuvieran tiempo de reponerse de las sorpresas que en su astucia les envolvía.

Mientras Felipe V hizo la campaña en Italia, asistía con Luisa de Saboya al Consejo de Ministros, con pretexto de ayudarla á resolver los difíciles problemas de la política.

En una de las ausencias de la Reina, gran número de sus damas fuéronse á descansar en casa de sus familias, ó en los conventos; y como en aquella época necesitábanse más soldados que camaristas, la Princesa aprovechó la dispersión para suprimir las meninas de la Reina. Al saberlo Mad. de Maintenón, le escribió diciéndole: «Os felicito, porque ya no tendréis que gobernar á 300 mujeres».

Alteraba las fórmulas palaciegas según le convenía, disfrazando su pensamiento con la careta de las conveniencias políticas. Louville y Orry, personajes enviados á España por la corte de Francia, odiábanla; ella los despreciaba. Su enemistad con el Cardenal d'Estrees, Embajador del Rey Sol, hizola caer otra vez en desgracia, pero lejos de presentarse en Versalles como acusada, manifestó olímpica indig-

nación, y engañó con argucias al Monarca francés, que la colmó de atenciones.

Las sutilezas de esta talentuda mujer, que debía todo su prestigio al arte de agradar, deslumbraron una vez más á Luis XIV y á Mad. de Maintenón. Cuando sentía la Princesa los efectos de su hábil diplomacia, la seguridad del triunfo redoblaba sus encantos espirituales, que alcanzaban mágico poder.

En las épocas de mala fortuna no abandonaba la esperanza, conservando la serenidad, el optimismo, el buen humor que desorientaba á los adversarios y admiraba á los amigos. Ninguna nube veló jamás aquella altiva frente ni oscureció los fulgurantes rayos de su imperiosa mirada.

Muerta Luisa de Saboya y obligado el Rey á tomar mujer, la Princesa de los Ursinos influyó en la elección de Felipe V, considerando que Isabel de Farnesio era la que más convenía á sus designios entre las candidatas; pero se equivocó. Esta joven Princesa, según Federico *el Grande*, poseía el valor de una lacedemonia, la firmeza de una inglesa y la diplomacia de una italiana. Temerosa de que la de los Ursinos continuara en el preferente lugar

que ocupó en palacio mientras vivió Luisa de Saboya, predispuso el ánimo del Rey en contra de la insustituible Camarera mayor. Felipe V, cansado algún tanto de las iniciativas de la Princesa y olvidado de los útiles servicios que en difíciles momentos prestara á la Monarquía, dió carta blanca á su mujer para que se deshiciera de ella.

En la primera entrevista que tuvieron en Jadraque mostróse la Reina altanera, desdeñosa, fingiendo enojo inexplicable por una discreta observación de la Princesa y decretó su destierro, ordenando que la acompañaran á la frontera por el camino más corto.

La de los Ursinos descendió desde el Capitolio á la roca Tarpeya, y el estruendoso ruido de su caída ahuyentó á los amigos de los días felices.

Vióse sola, teniendo que recorrer en silla de posta caminos cubiertos de nieve, sin encontrar cena agradable ni lecho cómodo hasta llegar á San Juan de Luz. Escribió á Luis XIV, esperando su auxilio de otras veces; pero el Monarca, enfermo, decrépito, aburrido de su largo reinado, mostróse sordo á las quejas de su ilustre compatriota.

El astro protector de esta atleta del

mundo psíquico se eclipsó, sin dejarla en la sombra: porque sabiendo caer, como los gladiadores, en noble actitud, su perfil moral no se esfuma en la Historia. Si la alegría del espíritu denota su vigor, demostrada queda la elevación de alma de esta mujer, que murió octogenaria conservando las polícromas alas de su imaginación sin puntos negros.



Cristina de Suecia

LA organización física de esta Reina, lo mismo que su ser moral, son un misterio de la Naturaleza que frecuentemente se complace en mostrárenos inexplicable.

Cristina sintió desde muy niña aficiones varoniles: detestaba los trabajos á que se dedica el sexo femenino; sus gustos predilectos eran la natación, la caza, la esgrima.

Montaba como el más atrevido jinete, galopando con solo un pie en el estribo, y derribaba á un jabalí del primer golpe. El estrépito del cañón la divertía más que los dulces acordes de un arpa. Cristina era una mujer dotada de alma masculina.

Deliberaba con los senadores y les aturdí con su elocuencia y con sus facultades de gran diplomático. A los catorce años de

edad sabía todos los idiomas, sin serle extrañas muchas ciencias. Se entregaba con ardor á la política, á la administración y al estudio. Estos gustos, exageradamente desenvueltos, eclipsaron por completo sus condiciones femeninas. En ella no brilló la coquetería, cualidad general en la mujer, puesto que es más fácil hallar cien mil mujeres dotadas de coquetería que una sola que carezca de ella. Era tan poco coqueta que, á pesar de tener un hombro más alto que otro, jamás se cuidó de que sus modistas le ocultasen ese defecto. No era bella, pero poseía una mirada simpática, una blancura deslumbradora y una linda cabellera; su nariz era demasiado larga y sus pies cojeaban un poco.

Astuta, intencionada, uno de los talentos más sólidos de su época, anhelaba rodearse de hombres eminentes; llamó á su corte á filósofos é historiadores alemanes y sabios holandeses, con los cuales conversaba largo tiempo, sacando fruto de aquellas conversaciones.

Descartes era admitido á las cinco de la mañana en la biblioteca de la Reina; con él comentaba á los clásicos griegos y latinos, dejando asombrado al filósofo francés.

Era tan absorbente y dominadora, que no consentía que ningún súbdito suyo usara condecoración extranjera.

Arrastrada por las excentricidades de su carácter y los caprichosos giros de su imaginación, se entregaba á mil extravagancias, con las cuales perdía la popularidad conquistada.

Sedienta de nuevas ideas, intentó crear una Academia teológica para unir á todas las iglesias; pero los luteranos se opusieron enérgicamente.

Entusiasmábase leyendo los dogmas del Catolicismo, y una de las cosas que más la impresionaban era que el celibato fuese considerado como un mérito.

¿Era en ella virtud el amor al celibato?

No: un desbordamiento de la independencia de su espíritu.

La infalibilidad del Papa no le era antipática; más bien se complacía en admitirla. Tal vez le agradaba encontrar en la tierra un hombre dotado de la facultad de absolver, porque esto la libraba de toda responsabilidad. Si el Papa podía perdonarlo todo, ganar su influencia era lo importante para poderse presentar tranquila ante el tribunal divino.

Buscando constantemente nuevas emociones, se propuso abjurar de su religión y hacerse católica. Según ella misma dijo, sentíase atraída hacia una religión que contaba con tantos milagros y con tan innumerables mártires.

Hizo venir de Roma á unos cuantos jesuitas, los cuales entraban disfrazados en Palacio y se pasaban largas horas con ella instruyéndola en las verdades del Catolicismo. Los jesuitas estaban contentos de poder convertir á un personaje de su talla. A veces ella los mareaba con sus preguntas y los desconcertaba con sus dudas; y ellos entonces forzábanse en demostrarla que los dogmas católicos son superiores, pero no contrarios á la razón.

A los veintinueve años de edad abdicó el poder en favor de su primo Carlos Gustavo.

¿Qué la impulsó á esta abdicación? ¿Fue el deseo de apostatar?

Algunos así lo afirman; pero pudieron influir diferentes causas en su determinación. Tal vez el hallarse fatigada por el peso del cetro, que había empuñado á los diez y ocho años de edad; tal vez el comprender que iba perdiendo todo prestigio en su país, pues es rasgo digno de su so-

berbia querer retirarse antes de perder completamente la popularidad. Acaso renunció el poder para asombrar al mundo con un espectáculo pocas veces presenciado, tratándose de una mujer. Quizá la resolviera á ello su afición á la vida activa, á la vida de sucesos inesperados, á la vida de aventuras, pues tan pronto como hubo dejado sucesor, salió de Suecia y se marchó á viajar, cuidando de disfrazarse perfectamente.

Cansada de los viajes, se instaló en Roma, donde recibió la bendición papal.

Pasado algún tiempo, empezó á sentir nostalgia del poder regio y pretendió con empeño la corona de Polonia, en cuya nación hubiera podido seguir profesando la religión católica. No consiguiendo esto y no pudiendo renunciar á la política, armó mil intrigas entre los cardenales y el Papa, tratando de que prevalecieran sus opiniones, sus ideas y su voluntad, como lo había hecho en su Patria.

La poesía italiana era algo barroca en 1680; Cristina, que tenía muy buen gusto literario, fundó una Academia en Roma, en su misma casa, con el objeto de corregir el estilo hinchado y presuntuoso, dán-

dole sencillez, majestad y verdad. Quiso resucitar los siglos de Pericles, de Augusto, de los Médecis y de Luis XIV, siglos famosos en la vida literaria y artística. Los estatutos de aquella Academia tenían artículos muy curiosos: uno de ellos prohibía todo elogio á la Reina: Cristina no abdicó de este nombre al abdicar el poder. En Roma fué muy respetada por todos los hombres de talento; alrededor de esta singular mujer se agrupaban eminentes personalidades. Juan Francisco Albano, conocido más tarde con el nombre de Clemente XI, era uno de los tertulianos de Cristina. La exreina de Suecia llegó á reunir en pocos años la mejor colección de monedas antiguas, toda clase de objetos arqueológicos y libros notables; conociendo su decidida afición á coleccionar cosas célebres, los bibliófilos, numismáticos y anticuarios que la rodeaban, obsequiábanla con todo lo más bello que tenían para enriquecer su colección.

Hablando de esta extraordinaria mujer, decía el elegante poeta florentino, Vicente Filicaja:

La gran Cristina dal cui cenno pende
E per se vive e si sostiene la fama;
Lei che suo regno chiama
Quanto pensa, quant'opra e quanto intende.

La Reina de Suecia fué siempre Mece-
nas de los literatos: cuando algún escritor
no tenía medios de publicar un libro, se lo
hacia imprimir por su cuenta. Los histo-
riadores hablan de ella diversamente. En
sus *Memorias autobiográficas* se defiende
contra los ataques que recibió por no ha-
ber querido aceptar esposo, con estas pa-
labras:

*Ciertamente me hubiese casado si no
hubiera sentido en mí suficiente fuerza
para vivir sin los placeres del amor. Un
alma verdaderamente fuerte puede vivir
sola.*

Este es, en mi concepto, un arranque de
la soberbia de Cristina contra las leyes de
la Naturaleza.

Mas ¿demostró siempre, como quiso,
que podía desafiar á la naturaleza y ven-
cerla?

Si se supieran con exactitud las miste-
riosas causas que originaron la muerte de
Monaldeschi, en Fontainebleau, decretada
por la Reina, esas causas tal vez desmen-

tirían la aseveración de Cristina y contestarían mi pregunta.

Al través de los pocos pormenores que la Historia ha dado sobre este suceso, yo vislumbro un drama que consta de tres actos: *amor, celos y venganza*. Lo que hace anti-pática á Cristina, como mujer, es el no querer parecerlo.

Cristina de Suecia hizo muy buenas traducciones del griego y del latín, siendo su mejor obra literaria la *Autobiografía*.

Sentía la Naturaleza, deleitándose con la bravura de los mares y los rugidos de la tormenta, por encontrar en ellos un reflejo de su espíritu indomable.

Dió á conocer los magníficos paisajes de Suecia con sus hermosas descripciones é hizo amar la literatura en su Reino.

Los pueblos que tienen aficiones literarias son los más florecientes, los menos viciosos. La literatura marca la fisonomía y el carácter de una nación, sus glorias y vicisitudes, reflejando no sólo sus costumbres, sino hasta su clima y su cielo.

La Grecia antigua tiene más vida y juventud que la moderna porque la hacen renacer las grandes obras de sus artistas y poetas. No se ha extinguido todavía la

veneración que nos inspiró el pueblo clásico de la belleza, porque lo contemplamos á la luz de su pasado esplendor artístico. Un solo libro ha dado más importancia á Portugal que las grandes hazañas, las atrevidas empresas y los importantes descubrimientos de sus guerreros y navegantes. El poema de Camões enalteció á Lusitania, y por eso se rinde en Portugal al egregio poeta un culto que no se tributa al mismo Vasco de Gama.

La literatura es la mejor manifestación intelectual de la humanidad, la más alta expresión del pensamiento, la educadora de los pueblos, la escala del progreso, el termómetro de la civilización.



Ana M.^a Luisa de Orleans

(LA GRAND MADEMOISELLE)

AESTA Princesa literata, nieta de Enrique IV, sobrina de Luis XIII, prima hermana del Rey Sol, obsesionábale su augusta estirpe, su excelso linaje, sentía la sugestión de su grandeza, que impulsábale á todo lo elevado, á todo lo extraordinario, considerando que lo mediocre no era digno de su raza superior. Dotada de viva imaginación, clara inteligencia y fantasía exaltada, quería semejar-se á varias heroínas de Corneille. Fué uno de los tipos femeninos más originales, más sobresalientes de Francia en el siglo XVII.

Perdió á su ilustre madre, la Duquesa de Montpensier, siendo muy niña; educóse

con mucha libertad, porque sus ayas y profesores, cohibidos por su altivez, no se atrevieron á coartar su voluntad. Manejaba la espada con la misma soltura que la pluma, revelando en todos sus actos más energía, bravura y pundonor que su padre Gastón, Duque de Orleans, alma de todas las intrigas fraguadas contra Richelieu, en las que comprometía á sus partidarios, abandonándoles cuando se le antojaba. El arte de la conversación fué esmeradamente cultivado por ella; en una de sus interesantes cartas á madame de Moteville, háblale del placer, del entusiasmo que le causa la nobleza y elegancia de la frase. Más romántica que coqueta, no se la conocían amores, reservábase al caballero que había de ofrecerla un reino ó un imperio,

La Princesa, no era bella era hermosa; faltaba á su figura, gracia, delicadeza; tenía buenos ojos, cabello rubio, tez nivea, nariz aguileña, borbónica, dientes imperfectos, arrogante talle. Descríbese en sus *Memorias*, hablando de sí y de los demás con naturalidad, con una sincera valentía, con una franqueza muy estimables.

Imprudencias de Ana de Austria y del

Cardenal Richelieu, crearon en Francia un malestar económico, engendrador de esa guerra civil llamada *la Fronde*, que aunque se haya denominado una broma armada, porque para la Historia carece de importancia, produjo derramamiento de sangre.

En los disturbios que ocasionaron la segunda *Fronde*, actuó el padre de la Princesa, enemistado con la Corte. Impulsó á su hija á lanzarse á la revolución, y como estaba disgustada con Mazarino porque se oponía á su casamiento con Luis XIV, dejóse llevar de su espíritu aventurero, y reuniendo á sus partidarios montó á caballo seguida de madame de Fiesque y de madame de Fontenac, *sus Mariscales de Campo*, y sin esperar á su indeciso padre llegó á los alrededores de Orleans, cercando la ciudad con la esperanza de que al poseer una plaza fuerte la pidieran condiciones de paz, por la que exigiría su casamiento con el Monarca.

Las tropas de la Reina defendiéronse en Orleans, pero un partidario de la Princesa encargado de vigilar una poterna la abandonó, y la *Grand Mademoiselle*, seguida de los suyos, penetró audazmente en la

ciudad, que tenía las puertas bien guardadas. Echó fuera á las tropas y batióse contra ellas defendiendo á Orleans. Cuando la Reina de Inglaterra supo la hazaña, exclamó: *No es sorprendente que se haya resistido en Orleans, como Juana de Arco, habiendo empezado por rechazar á los ingleses.* En esta ingeniosa frase referíase la Soberana á la negativa que la Princesa había dado á su hijo cuando la hizo una declaración amorosa.

Figuraron también en la *Fronde* la Duquesa de Longueville y la Princesa Palatina, autora de interesantes cartas literarias.

La Grand Mademoiselle fué muy bien recibida en París; pero la *Fronde* iba perdiendo su fuerza, y el Príncipe de Condé, derrotado en el faubourg Saint-Antoine, tuvo que ser protegido en su retirada, por la Princesa, que logró apoderarse del cañón de la Bastilla y dispararlo, despertando una alarma que alentó á *la Fronde* por varios meses.

Mazarino tuvo razón al decir que la Princesa había matado á su marido con aquel cañonazo, porque hizose imposible su matrimonio con el Rey.

Terminadas las colisiones políticas, al entrar Luis XIV en París, el padre de la Princesa, que era de los que material ó moralmente gritan: *¡Viva el vencedor!*, se reconcilió con la Corte. La Princesa retiróse á sus tierras de Saint-Fargeau, donde residió cinco años entretenida en dictar sus *Memorias* á Segráis. Hallándose la Corte en Sedán (1657), llamóla la Reina madre, y se la presentó al Rey, diciéndole:

Aquí tienes á una señorita arrepentida de sus calaveradas, que no volverá á repetir. El Monarca acogió á su prima afectuosamente.

Pasados algunos años, cuando la Princesa contaba cuarenta y dos de edad, tuvo la debilidad de enamorarse de un Capitán de Guardias, el Marqués de Puyguilhem, el célebre Lauzun, héroe de aristocráticas aventuras amorosas, más joven que ella, dotado de ingenio en la conversación y elegancia de maneras, al que atribuía gran alteza de sentimientos é innumerables originalidades que la encantaban. Amábale con la pureza, la castidad, el candor de un alma virgen. El galán fingíase insensible á las indirectas de la Princesa, dueña de veinte millones de francos, y prima

hermana del Rey Sol. Hacíase el desdeñoso, como damisela muy pretendida; fué necesario que la Princesa tomara la iniciativa en aquellas relaciones amorosas, para vencer el respeto con que la abrumaba, más que por cortesía por cálculo. No podía caber en los honrados sentimientos de la *Grand Mademoiselle*, otra idea que la del matrimonio con el gallardo Lauzun, que le había despertado el corazón á nueva vida. Pidió permiso á su primo para casarse, otorgólo el Monarca, mas cuando todo estaba dispuesto, negóse á que se realizara tal boda, porque algunos intrigantes censuraron que emparentara con quien no tenía sangre real.

Realizóse secretamente el matrimonio, y al saberse, Lauzun fué encerrado en el castillo de Pignerol, durando su cautiverio ocho años. La Princesa gastó gran parte de su fortuna en comprar la libertad de su marido, y éste, al verla quincuagenaria, sin influencia en la Corte y con poco dinero, no se tomaba la molestia de ocultar su avaricia y desamor, despojándose de todas las cualidades con que le había adornado la imaginación de su regia apasionada. Un día, al volver de caza este

esposo morganático, pretendió que la Princesa le quitara las botas; tal pretensión sublevó su digna altivez; separóse de él, no volviéndole á ver más. De gran tristeza inundó su corazón la pérdida de las ilusiones; la vulgaridad de quien había colocado en tan alto pedestal; de gran desencanto el ultraje á su amor; pero es indudable que el mayor pesar de su vida fué el fracaso de sus aspiraciones matrimoniales con Luis XIV, aspiraciones que realizó madame de Maintenón, la modesta viuda del poeta Scarron; gracias á sus hábiles manejos, á su gran talento, al arte de saber esperar, que tan difícil es. Madame de Maintenón casóse secretamente con Luis XIV en Diciembre de 1684.

La desengañada Princesa consolóse de sus desventuras escribiendo novelas y siluetas de personajes; dejó de existir en 1693, á los sesenta y seis años de edad. El dolor habíala hecho conocer la vida, y al trocar el mundo de la quimera por la realidad, produjo sus mejores escritos.





XII

María Leszczinska,

MUJER DE LUIS XV

FUÉ mancillado el trono de San Luis por un Rey inhábil como estadista, déspota tiranizado por sus pasiones, esclavo de sus vicios, propagador de perniciosas ideas; por un hombre licencioso, insaciable Minotauro, que poseyó todos los defectos de su abuelo el *Rey Sol*, sin ninguna de sus grandes cualidades. Los cortesanos de Luis XV colaboraron con él en la obra de poner en boga las romanas lupercales. En esa época en que reinó la impudicia, época de orgía perpetua, alzarónse á Venus Afrodita más altares que á Minerva.

Había sido el amor en la Corte de Luis XIV un culto, una adoración: hubo momento en que resurgieron los tiempos de

la caballería, mostrándose ese afecto noble, abnegado, grande, siendo un armiño que prefería morir antes que manchar su blancura. En época de Luis XV fué un Cupido sin *venda ni banda*: conservó las alas, no para remontarse al cielo, sino para huir velozmente cuando se hastiaba. En el siglo XVII el amor suplica, ruega, implora capitula; en el XVIII arrolla obstáculos, hace alarde de osadía é impudor, toma las plazas por asalto. No es más que choque de dos caprichos, convulsión nerviosa, hambre de la especie, curiosidad, libertinaje; y como ha perdido el pudor, el ideal, el misterio, se ha despoetizado.

Todo conspira contra la mujer en aquellos días: ligereza, molicie, modas, costumbres corruptoras. Escríbense libros haciendo odiosa la severidad, ridículos el candor, la modestia y timidez; libros que irritan, aguijonean los sentidos. Rodéala el peligro, la tentación malsana; en aquella sociedad patológica es morboso el ambiente que se respira. Debilitada por anemia moral, hácesela difícil la virtud. Considerando de mal tono el amor al marido, el matrimonio no es, en las personas bien educadas, más que la cortesía de dos indiferentes, en un

hogar sin calor afectivo. La caída no importa, mientras se caiga gallardamente como los gladiadores.

Entre aquel ambiente infestado, entre aquella sociedad superficial, frívola, tolerante con el desorden y benévola con el escándalo, brillaba por sus virtudes la esposa del cínico Luis XV. Viéndose impotente para corregir á su marido y á los cortesanos, retirábase de la vida pública, no queriendo alternar más que con un reducido número de amigos, que denominaba su gente honrada. Tal retraimiento era una protesta contra las costumbres de aquellos hombres que no consideraban deshonor la deshonra, si el deshonorador de sus mujeres é hijas era el Rey. Hay almas superiores que, respirando en las puras atmósferas que saben crearse, escapan al contagio. Una de ellas fué la Reina María, princesa polaca, seriamente educada, que se distinguía por la rectitud de conciencia, la dulzura y la piedad. Aunque no hermosa, poseía gracia atractiva, trato ameno, espíritu sagaz, sutil. Herida en su corazón por el Rey y en su dignidad por las favoritas de éste, soportaba con resignación humillaciones y menosprecios.

La buena Reina, como era denominada, distribuía sus rentas entre los menesterosos, no consintiendo que la dedicaran fiestas costeadas por el pueblo. Cuando la proponían que gastara en inútiles fastuosidades, contestaba: *Yo puedo pasar sin lo superfluo mientras haya pobres que carezcan de lo necesario*. Toleraba todas las molestias de los innumerables pedigüños con paciencia, pensando que si negaba algo á los menesterosos las personas pudientes creeríanse dispensadas de socorrer la desgracia. Prefería que abusaran de su buena fe antes que dejar de practicar la caridad. Visitaba los hospitales, distribuía las medicinas á las enfermas, probaba los caldos para averiguar si eran buenos, excitaba á la paciencia á los que más la habían menester, consolando á todos con sus acertados consejos.

Consagrada al cuidado de sus hijas y á la meditación, en la soledad vigorizaba su inteligencia. Viéronse, en el cuaderno donde escribía cuanto la hacían reflexionar los sucesos, estos pensamientos:

Los reyes buenos son esclavos, y sus pueblos libres. No siendo los tesoros del Estado nuestros, no tenemos el derecho de

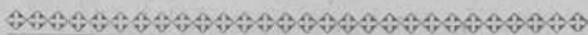
gastarlos. Esmeróse en hacer de sus hijas dechado de virtudes. La menor, María Luisa de Francia, fué tan abnegada, tan santa, que se encerró en un convento de Carmelitas muy austero, para expiar las culpas de su padre.

Contrasta con la ligereza de la Corte de Luis XV el interés que la mujer manifiesta por los esquemas del pensamiento; en los salones agúzase el ingenio, elévase el arte de la conversación, que exige un talento flexible, lleno de gracia, de matices, que hace hablar de lo más superficial con gravedad, y de lo más profundo con ligereza, tratando asuntos elevados sin pedantería, siempre elegantemente. Las mujeres discuten, razonan; más que de las novelas apasionanse de la Historia, de la Filosofía; vése con frecuencia á las más encopetadas damas asistir á los laboratorios para presenciar nuevos experimentos. El cuadro de David retratando á Mme. Lavoisier al lado de su marido, rodeada de alambiques y retortas, no es el único de la época. Mme. du Deffand y Mme. Geoffrin escriben cartas encantadoras, todas las damas cultas las imitan. Aquellas mujeres, asociándose á la vida intelectual, forman la reputación de Rous-

seau, Voltaire y Voisenon; Thomas, que no cuenta con la simpatía de ellas, queda obscurecido á pesar de su talento.

La mujer del reinado de Luis XV distínguese por el amor á la gloria: la Duquesa de Chateauroux transforma la depresión de ánimo del Monarca en bélicos alientos haciéndole ponerse al frente del ejército para marchar á Alsacia. La mujer de esa época salvó á la religión del naufragio que la amenazaba, alzando nuevos altares al Dios que los enciclopedistas habían arrojado del templo.





XIII

María Teresa de Austria

GRANDES virtudes cívicas desplegó la vencedora de Federico II, la popular hija de Carlos VI; aquella extraordinaria mujer reformó la justicia, reorganizó la armada, erigió monumentos, fundó universidades, creó observatorios, dotándolos de importantes telescopios que revelaron secretos astronómicos á sabios como Boscovitch, Haller y Hel.

La esposa de Francisco de Lorena, es bisabuela de la augusta Madre de Alfonso XIII; heredó el Imperio á la muerte de su padre (1740); su trono le fué muy disputado. Todos los soberanos de Europa declaráronse en contra suya, hicieronla blanco de sus iras; el ambicioso elector de Baviera, amparado por un ejército francés, se ha-

bía hecho coronar Rey de Bohemia en Praga, Archiduque de Austria en Lenz, Emperador de Alemania en Frankfort, con el nombre de Carlos VII. Ayudado por la suerte llegó hasta Viena para sitiarla. María Teresa vióse obligada á abandonar la ciudad, buscando un refugio que no encontraba en parte alguna.

Hallábase grávida, y conociendo las victorias de sus enemigos, escribió á su suegra la Duquesa de Lorena: «No sé si me quedará una ciudad donde dar á luz al heredero del Imperio». Su marido, tímido, inepto, resignábase á que sus enemigos le quitaran sus derechos, dejándole reinar únicamente en algunos pueblos de Austria; pero ella, contrastando con la debilidad de su consorte, luchó alentada por la justicia de su causa. No se desanimó jamás: todo lo hemos perdido, exclamaba, mas nos queda Dios y Hungría. Trasladóse sola á ese Reino, reunió los estados generales en Presbourg y presentóse á ellos con su hijo en brazos arengándoles con estas palabras: «Abandonada por los que fueron mis aliados, perseguida furiosamente por mis enemigos, combatida sin tregua por mis parientes, no cuento más que con vuestro valor, vuestra

fidelidad y mi constancia. Os entrego al hijo y la hija de vuestros reyes que esperan de vosotros todo consuelo».

Hungría había pretendido en diferentes épocas emanciparse de Austria; pero desde el advenimiento al trono de María Teresa, reconcilióse con la casa de Habsburgo, porque la bondad, la sabiduría de tan admirable mujer, inspiró amor y respeto al noble pueblo húngaro.

El talento diplomático de la Emperatriz acabó de atraerse á la Nación que por espacio de dos siglos había sido adversaria de Austria; en críticos momentos dirigió á los soldados hábil alocución que terminaba diciendo: «Si yo ó mis sucesores quieren quitaros vuestros privilegios, que os sea permitido defenderos sin ser acusados de rebeldes.» El efecto no se hizo esperar: los húngaros, desenvainando las espadas, exclamaron:

Muramos por nuestro Rey María Teresa.

Todo cambió de aspecto; la Emperatriz arrojó de sus Estados á sus enemigos, obligándoles á que pactaran la paz. Vencido el revoltoso Elector de Baviera, tuvo que renunciar á las tres coronas que él mismo

se había adjudicado. Al quedar vacante el trono imperial, María Teresa hizo que lo ocupara su marido, consiguiendo que toda Europa le reconociera Emperador de Alemania con el nombre de Francisco I.

¡Gran triunfo el de la valerosa Emperatriz de Austria, Bohemia y Hungría! Ella aumentó su Imperio con territorios en Rusia y Baviera é hizo florecer las artes, las ciencias y la industria á pesar de las guerras que tuvo que sostener. Los tesoros de las Indias que llegaron á Austria dedicólos á los canales que hizo abrir en los Países Bajos.

Una monografía de su reinado dice, entre otras cosas: «Desde el momento en que tras de una lucha de ocho años restituyó María Teresa la independencia y la paz á sus Estados, puso su empeño en borrar en ellos las huellas de la guerra, en reanimar la agricultura y dar extensión al comercio. Los puertos de Trieste y de Fiume abriéronse á todas las naciones. Ostende recibió varios buques cargados con productos de Hungría. Viena fué hermoseada: numerosas fábricas estableciéronse en sus arrabales. Van-Swieten fué llamado para ampliar los estudios de

Medicina y Cirugía; Metastasio perfeccionó las humanidades. Las atenciones de la Soberana multiplicáronse para todos sus súbditos; las hijas y viudas de militares encontraron situación decorosa en establecimientos creados por ella. Nunca había alcanzado la Monarquía austriaca hasta entonces tan alto grado de esplendor.

Desde niña fué educada María Teresa para reinar: á los catorce años de edad asistía á los Consejos; pospuso siempre su dicha á la de su pueblo; con severidad catoniana, solía decir:

«Me reconvento á mi misma por el tiempo que pierdo durmiendo; paréceme que lo robo á mis deberes.»

Hásela acusado injustamente de haber cometido una gran iniquidad: el repartimiento de Polonia; este crimen no se perpetró hasta que su hijo gobernó el Imperio.

En el pacto que sellaron Federico II, Rey de Prusia, y Catalina II, Emperatriz de Rusia, consignóse que si la Corte de Austria no quería acceder á la partición de Polonia, Prusia y Rusia se unirían contra ella.

A Kaunitz, Ministro de su hijo, decíale: «Este negocio en el que el derecho pide al

cielo venganza contra nosotros, en el que la equidad y la razón estan en contra nuestra, debo confesar que me abruma y averguenza».

Aunque ya no se hallaba en el poder cuando se pretendía consumir la gran arbitrariedad, fué consultada su opinión y manifestó que andando el tiempo se vería el mal resultado de aquel atropello, de aquella violación. Fué esta mujer el único Soberano de su época que reprobó tal crimen político.

No afeminaron su gobierno los cuidados, maternales; á pesar de ser la educadora de diez y seis hijos, jamás le faltó tiempo para cumplir sus deberes de Rey.

Era tan compasiva que al ver en la puerta de un templo á un niño canijo que moría de inanición porque su madre no tenía jugo lácteo para sustentarle, cogió á la desventurada criaturita, acercóla á su seno y con el alimento la reanimó.

El alma de aquella mujer templada para todo lo grande, alma vigorosa, viril, no careció de ternura.



XIV

Catalina II de Rusia

ADMIRABLE talento el de esta mujer; filósofo con Diderot, matemático con Euler, literato con Voltaire, soldado con Soward, cortesano con los magnates, diplomático con los embajadores. Considérala Houssaye tan gran rey como Luis XIV; otro de sus biógrafos afirma que tenía el empuje de Napoleón. Denomináronla: Voltaire, *Semiramis del Norte*; los rusos, *Madre de la patria*; Europa entera, *Catalina la Grande*. Es verdad que no se puede citar como modelo de esposas, pero á pesar de sus erotismos jamás entregó la Patria á los favoritos: antes que mujer fué Reina.

Espíritu innovador, enérgico, valiente, audaz, no reparaba nunca en los medios

para llegar al fin. Alentadora de levantados ideales, engrandeció su territorio, civilizándole con la protección dispensada á las ciencias, las letras y las artes. Llamó al sabio d'Alembert para que diera lecciones al Gran Duque; trató de retener en su Corte á Diderot y á cuantos hombres eminentes brillaban en otras naciones, llevando su ambición hasta querer convertir á Rusia en centro de la cultura europea. Catalina hizo exclamar á los poetas: *Del Norte nos viene la luz*. Ante sus grandes méritos olvidanse sus costumbres depravadas; discúlpense sus arbitrariedades cometidas en un país de tradiciones despóticas.

Nació en Pomerania (Prusia): era hija de unos Príncipes que gobernaban un pequeño Estado prusiano. Casóse á los diez y seis años de edad, en 1745, con el sobrino de la Czarina Elisabeth, Carlos Pedro Ulrix Holstein-Gottorp, primo suyo. Al casarse abrazó la religión griega, dejando de llamarse Sofía Augusta Federica, para adoptar el nombre de Catalina Alexeiewna; estipulóse en el contrato matrimonial que si su marido moría sin heredero, ella ocuparía el trono. La ambición, que fué siempre una de sus más ardientes pasiones,

hizola aceptar por esposo al hombre que no la inspiraba amor.

Dedicóse con empeño á estudiar la religión griega y la lengua rusa, segura de que sobre estos ejes tenían que girar todas sus combinaciones. Halagó á la Czarina y á todas las personas influyentes, doblegándose, abdicando su orgullo siempre que tras este sacrificio vislumbraba su ascensión, y dedicóse con perseverancia al estudio, fortaleciendo su entendimiento, vigorizando su carácter con lecturas de Plutarco, Tácito, Montesquieu y Bayle. A pesar de sumergirse en tan elevadas filosofías, conservaba la ligereza, la gracia y hasta la aparente frivolidad de la mujer superficial.

Entregado su marido á los mayores desórdenes, creyó que la conducta de éste justificaba la suya y dió rienda suelta á sus instintos sensuales. En 1754 tuvo un hijo, que había de reinar con el nombre de Pablo I. Muerta la Emperatriz Elisabeth (1762), ocupó el trono el marido de Catalina, Pedro III, que alentaba el proyecto de repudiarla y rechazar al hijo que le había dado por heredero. Todo estaba previsto por esta inteligente mujer: habíase gana-

do á la milicia, al clero y á la nobleza, y con tan valiosos elementos hizo estallar una revolución que destronó á Pedro III á los seis meses de reinar. Vestida de general, con una rama de encina en el sombrero, púsose al frente del ejército, siendo ayudada en la conjuración por los hermanos Orloff, por la intrigante y hábil Princesa Daschkoff, por el Conde de Panín y por Rasoumofskigo, que gozaban de gran prestigio. Favoreció á los conspiradores la animadversión del pueblo á Pedro III, acusado de germanismo, contrastando con su mujer, que, extranjera, tuvo el acierto de asimilarse las costumbres rusas y alardear de ellas.

Catalina trató de hacerse perdonar entre los pocos partidarios de su marido la usurpación del trono implantando la política de Pedro *el Grande* y ordenando que no se les molestara. El Czar fué asesinado en su prisión de Ropscha, dominio imperial situado cerca de Petersburgo, mientras Catalina tomaba posesión del trono. Asegurábase, aunque no pudo comprobarse, que los hermanos Orloff le habían envenado con vino de Borgoña, al que era muy aficionado, estrangulándole después. El

cadáver se exhibió, pero llevaba una enorme corbata blanca que le cubría el cuello.

Difícil se hizo la actitud de la Czarina tras el crimen cometido: si exteriorizaba su pena, podía parecer fingida; si callaba, su silencio era acusador. Realmente recibió la noticia con espanto, con terror, pues no se la ocultaba que la calumnia habíase de cebar en ella. Los hermanos Orloff, señalados por la opinión como autores del salvaje acto, que habían hecho la revolución en pro de Catalina, recibieron honores y riquezas. Tuvo la Emperatriz en su defensa contra los sospechosos á Federico *el Grande*, al Príncipe de Ligne, muy amigos de la víctima, y á la Princesa Dashkoff, que cita una carta de Alejo Orloff dirigida á la Emperatriz, en la que la pide perdón por el crimen consumado, en unos términos que no permiten creer en la complicidad de Catalina; pero la moral no puede perdonarla la indulgencia con los asesinos de su marido, aunque éstos fueran los que la elevaron al trono. Cuando murió Orloff, su carta á la Czarina fué leída en presencia del hijo de la víctima, que exclamó: *¡Gracias, Dios mío, por haber disipado mi duda!*

Imitó la Emperatriz á Pedro *el Grande* satisfaciendo su ambición de gloria, tan vehemente en ella como la de mando. Dcretó amnistía general, abolió las torturas y la cancillería secreta de la Inquisición, mejoró la situación de los siervos, fundó academias, liceos, dió extensión á la Agricultura, reformó la Administración y la Jurisprudencia.

Había coadyuvado á su usurpación del trono la antipatía del pueblo á Pedro III; pero no pasó mucho tiempo sin que tuviera que luchar con amotinadores, á los que dominó con su valor y serenidad habituales. El aniquilamiento de Polonia, la destrucción del Imperio otomano y el restablecimiento del Imperio bizantino, fueron su obsesión constante, empleando en conseguir este ideal toda la tenaz energía de que estaba dotado su hercúleo carácter. Para esclavizar á Polonia valiése de una perfidia justamente censurada por la Historia: sólo pudo cometer tal iniquidad después de treinta años y ayudada por Austria y Prusia.

La guerra contra los turcos valióle la conquista de Crimea y el mar Negro, que se abrió á la marina rusa. Esta victoria

fué obra de su favorito Potemkin, que ideó el famoso viaje de la Emperatriz á Crimea, en el que para convencerla de que el país gobernado por él, poco tiempo antes selvático, miserable, bárbaro, hallábase en estado floreciente, hízola recorrer mil leguas de estepas que por medio de magia teatral aparecieron convertidas en campos admirablemente cultivados, en jardines, castillos y quintas, en pueblos, de los que salía la gente á recibirla alfombrando de flores el camino. Por todas partes donde la Emperatriz dirigía su mirada veía muros de grandes villas, de las que realmente no existían más que los muros: y como si este cinematógrafo no fuera bastante, al llegar á Kersón divisó en grandes letras una radiante inscripción que decía: *Camino de Byzancio*. Bien sabía el astuto Gobernador que en aquellas fulgurantes letras ofrecía á la Emperatriz la realización de su más anhelado ensueño.

Parece imposible que tal artificio, tal fantasmagoría, tal farsa, pudiera fascinar á una mujer del talento de Catalina. Sólo se comprende teniendo en cuenta que los reyes carecen del sentido de lo real, porque viven engañados siempre, ya por la adula-

ción de los que quieren explotarles, ya por la buena fe de los adictos acostumbrados á no dejarles saber nada que les pueda molestar, nada que les sea desagradable. El mundo de los reyes es un mundo con ambiente ajeno á la realidad: encerrados en la inexpugnable *torre de marfil* que les separa de la multitud, al perder el contacto con el pueblo desconocen lo mucho que podrían aprender. La verdad que los filósofos, los artistas y poetas presentan austeramente desnuda, ataviase de mil diversos modos al penetrar en los regios alcázares. Proteo cubierto de cintas y brocados, ¿quién puede conocer á la verdad al través de sus disfraces?

Impugnadores y panegiristas de la Emperatriz exageran en sus juicios; es cierto que sus costumbres privadas fueron poco edificantes, mas no puede negarse que civilizó á Rusia y que amó la gloria, no por pueril vanidad, sino por instinto de verdadera grandeza. A pesar de sus ideas filosóficas, declaróse contra la Revolución francesa, diciendo con donaire que su oficio era ser aristócrata. Cuando se refugiaron en Rusia emigrados franceses, hízoles abjurar de los principios de la Revolución, y

por un sentimiento de respeto á los sacerdotes y nobles expatriados, quitó de la pinacoteca de su palacio el retrato de Voltaire, á quien tanto admiraba.

Poseía esta mujer insigne una virilidad de carácter, un vigor de espíritu igual al de Catalina I, esposa de Pedro el Grande, superándola en talento, en cultura y elevación de ideales. Escribió comedias, *Cartas á Voltaire*, *Memorias* y el libro *Instrucción*, en el que se encuentran estos pensamientos:

Las leyes deben evitar los delitos, proporcionando á los individuos el mayor bienestar posible. Fuera mejor que todos poseyeran una modesta fortuna á que algunos pocos disfruten de grandes rentas. Ningún hombre debe temer á otro; pero todos deben respetar la ley. No florecerá la Agricultura mientras no sea dueño el agricultor del terreno que cultiva.

Catalina II dejó sin terminar el Código ruso, cuyas leyes son más favorables á la mujer que las de otras naciones que poseen Constitución liberal.





XV

María Antonieta

REINA DE FRANCIA

FLOR azotada por el vendaval fué la encantadora Soberana cuyo horóscopo parecía escrito en negras páginas con caracteres sangrientos. La Naturaleza saludóla á su llegada al mundo con un terremoto: Lisboa quedó destruída, no pudiendo asistir al bautizo de la Archiduquesa de Austria los Reyes de Portugal que habían de presentarla en las fuentes bautismales. Durante las fiestas de su casamiento con el Delfín, el incendio originado por artística pirotecnia en una plaza causó innumerables víctimas, cubriendo el cielo de París de fúnebres crespones.

La gran Emperatriz María Teresa de Austria se hallaba envuelta en graves conflictos políticos cuando nació su hija María

Antonieta y no pudo ocuparse directamente en su educación. Los profesores, poco escrupulosos en el cumplimiento del deber, dejaron sin correctivo la pereza intelectual de la augusta niña por no desagradarla. El estudio, que fortalece el espíritu, podía haber vigorizado su razón, pero no se lo impusieron; su apatía, su molicie, creció con la tolerancia de sus preceptores.

Sólo poseía la Archiduquesa esas gracias que se admiran en la vida superficial de los salones; sabía hacer una reverencia correctamente, bailar con gentileza, vestirse con elegancia y hablar con ingenio, luciendo agudezas en bromas burlonas que aunque inocentes la perjudicaban, dándole una aparente sequedad de corazón que no tuvo jamás. La burla, por suave que sea, no suele soportarla quien es objeto de ella: de la burla á la ofensa no hay más que un corto paso. La burla, ya cosquillee, pellizque ó arañe, lastima siempre, y sabido es que en la patología social la hipersensibilidad del amor propio es lo más difícil de curar.

María Antonieta causó grata impresión en Francia: su gallarda juventud, su belleza, su gracia y majestad nunca vistas

tan estrechamente enlazadas, cautivaron. Alta, escultural, con brazos perfectamente modelados, manos torneadas y pies muy bien hechos, sabía andar con tanta arrogancia, que entre todas las damas de la Corte adivinaban á la Reina los que no la habían visto nunca. Sus facciones no eran completamente correctas, ni grandes sus azules ojos, pero su mirada dulce é inteligente atraía; la boca, de labios carnosos, tenía gracioso juego. Lo más notable en María Antonieta era su tez diáfana, de purísima blancura.

A pesar de las simpatías que su noble aspecto inspiró, no tardóse mucho tiempo en conocer la volubilidad, la poca consistencia de su carácter: faltando á su entendimiento fuerza de concentración, si llegaba á tener un buen arranque, no perseveraba en darle cima.

La crítica histórica, sobreponiéndose á la piedad, á la simpatía, al respeto que su memoria inspira, no puede menos de acusarla de frivolidad, no olvidando que convirtió á su peluquero Léonard y á su modista Mlle. Bertin en favoritos. Careciendo de espíritu reflexivo, no se tomó el trabajo de meditar sobre los hombres y los suce-

sos, ni de ocultar la preferencia ó desestimación que le inspiraban algunos cortesanos.

Acostumbrada á la libertad que gozaba en Viena, encontró plúmbea la etiqueta francesa, y sin tener en cuenta que eran muchos los que vivían por sus cargos oficiales de ese litúrgico ceremonial, sagrado para ellos como el religioso, apellidaba á la Condesa de Noailles, su dama de honor, *Mme. l'Etiquette*, y con el irónico apodo disgustaba á muchas familias.

En los primeros años de su matrimonio Luis XVI y María Antonieta vivieron en una atmósfera glacial. El Monarca desconfiaba de la Reina, porque la veía muy adherida á todo lo austriaco. Mas tarde compenetráronse algún tanto; pero el Rey, dotado de honradez, de caballerosidad, de humanitarios sentimientos, carecía de talento y carácter para dominar las impetuosidades de su mujer.

Gran envidia causaban las deferencias de la Soberana con la Princesa Lamballe y la Duquesa de Polignac. Entre los cortesanos fraguáronse las primeras calumnias que motivaron injuriosos libelos, cantares infamantes. La Reina condenábase

con apariencias comprometedoras por falta de prudencia.

Censurábase su exagerado amor á las fiestas, sus fastuosas prodigalidades, su atolondrada alegría, que contrastaba con el carácter del Rey, tétrico, adusto. Luis XVI, apasionado de la caza, odiaba los placeres sociales; y como la Reina no quería privarse de ellos, veíasela siempre sola en todas partes. Era tan sombrío el Monarca, que al preguntarle un cortesano con qué sobrenombre quería pasar á la posteridad, contestó: *Con el de Luis el Severo.*

María Antonieta no quiso tomar la vida en serio: más que de los asuntos de Estado, preocupábase de los esplendores de Versalles, de Marly y de su Trianón querido, en cuyos pabellones daba fiestas maravillosas á los predilectos, que se creían transportados á mágicos palacios erigidos por el taumaturgo Aladino. Todos los que no participaban de esas fiestas *féériques* tornábanse enemigos de la Soberana.

La Princesa Adelaida, tía del Monarca, censuraba á María Antonieta su afición á representar comedias y á disfrazarse para ir á los bailes de la Opera, dejando

al Rey en Versalles. Hasta José II, hermano suyo, recordábala que no basta ser honrada, que es preciso parecerlo, que *la moglie de Cesare non debere essere ni meno sospetta*.

Las primeras manifestaciones de que empezaba á faltarle el respeto público á la Reina pudieron advertirse en el *Salón de 1787*. Ante un retrato suyo, pintado por Mme. Lebrun, exclamaron algunos: *He aquí á Mme. Déficit*.

Príncipes de la augusta familia, próceres notables luchaban por regentar el Reino, tratando de hacer sentir desdeñosa y pedantescamente su superioridad sobre aquel Monarca indeciso, débil, irresoluto, virtuoso, pero incapaz de gobernar un Estado; de aquel Monarca que sólo fué grande en el martirio.

No conoció María Antonieta que la sociedad francesa necesitaba antisépticos contra los pútridos miasmas, las mefíticas emanaciones que envenenaban el ambiente desde la época del crapuloso Luis XV; que aquel pueblo anhelaba respirar aire puro de libertad sana. Apegada á sus tradicionales ideas absolutistas, no comprendió su época, no se percató de que se iniciaba un

movimiento liberal muy pujante, y de que la conciencia nacional, anhelosa de reformas, intentaba crear una sociedad nueva. Juzgando firme sostén de su poder el absolutismo, buscaba apoyo en el extranjero contra el régimen constitucional á costa de su popularidad.

Las monstruosas intrigas en que la envolvieron con el odioso asunto del collar, la infame farsa de hacer acudir al bosque de Venus á una dama que se parecía á ella para entregarle una rosa al Cardenal de Rohan en la penumbra, desprestigiáronla completamente. Su deseo de agradar, innato en el sexo femenino, sus inocentes coquetterías, juzgáronse devaneos amorosos, y, sin embargo, la mayor parte de sus biógrafos afirman que no faltó nunca á la fidelidad conyugal. El enorme desacierto que preparó su siniestro fin fué la aprobación á los planes de Mirabeau respecto á una intervención armada.

Al ser atacadas las Tullerías, mostróse más valiente que el Rey; quiso oponer resistencia, pero el Monarca, que no poseía alientos bélicos, salió de palacio con su familia, refugiándose en la Asamblea Nacional.

Reveló María Antonieta grandes cualidades en los días adversos. Hay almas que, semejantes al sándalo, necesitan ser golpeadas para esparcir fragancia.

Cuando sus partidarios quisieron salvar á la Reina, exclamó: «*Mi puesto está al lado del Rey; debo morir á sus pies.*» Distinguióse siempre por su ternura maternal. Recién casada oyó inpugnar á un cortesano, alardeando de puritanismo, que una madre hubiera acudido á la Dubarry para salvar á su hijo, comprometido en un duelo, é hizo enmudecer al que la motejaba, asegurando que ella, en igual caso, era capaz hasta de arrojarse á los pies de *Zamore*, el negrito de la Dubarry.

Concertóse en el *Temple* un proyecto de evasión, y al saber que tenía que separarse de sus hijos, renunció á él. Condenada por indicios, y sin pruebas jurídicas, quisieron deshonorarla, suponiéndola actos de la mayor depravación, con objeto de enervar á su hijo dominando su inteligencia, atrofiándola para reinar en su nombre, y lanzó el sublime grito de dolor, la solemne frase, digna por su elocuente laconismo de Lacedemonia: «*Apelo al testimonio de todas las madres.*»

Pocos seres fueron, como ella, heridos simultáneamente en los sentimientos de mujer, reina, esposa y madre después de haber sido ídolo de un gran pueblo. Arrullada por la adulación, no podía esperar que los rayos de la adversidad se cernieran sobre ella. Teníanla acostumbrada á ver sus retratos colocados sobre rosas abiertas, el más halagador homenaje que puede tributarse á una mujer, y no era fácil pensar que su cabeza fuera profanada por el hacha del verdugo.

El infortunio no extinguió sus elevados sentimientos: cuando el Rey quiso disculparse por haberla unido á su funesto destino, repuso: «¿Acaso no vale nada la gloria de ser esposa del hombre más bueno y más desgraciado de Francia?»

No queriendo inspirar compasión por la miseria á que la habían reducido, remendó su traje para presentarse sin harapos. Despojáronla de las insignias reales, mas no pudieron arrebatarle su majestad; ni una lágrima, ni un ¡ay! revelaron en ella la menor flaqueza.

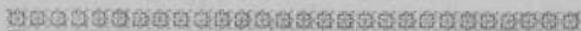
La familia de Luis XVI brilló por sus virtudes: Mme. Royale, cuya historia es un poema de lágrimas, demostró su cari-

dad y abnegación en los últimos momentos del Abad que acompañó á su padre á la guillotina, consolándole cuanto pudo. Hallábase el Abad enfermo de un espantoso tifus; todo el mundo le abandonó, y al saberlo la Princesa quiso asistirle. Inútiles fueron las prohibiciones de los médicos: la hija de Luis XVI díjoles enérgicamente. «*Ninguna consideración me impedirá cuidar al Abad Edgeworth; á nadie pido que me acompañe.*»

Sabido es que cuando por equivocación prendieron á la hermana del Rey, creyendo que era María Antonieta, la Princesa Isabel dijo á uno de sus servidores: «*No les saquéis de su error.*» Abnegada frase que la posteridad ha consagrado.

La esposa de Luis XVI subió al cadalso con la misma dignidad con que subía al trono; murió cristianamente, perdonando á sus enemigos. En la trágica solemnidad del infortunio de esta mártir, vióse siempre la augusta majestad de la Reina. El destino, que la diera regia corona, complacióse en reservarla aureola inextinguible.





XVI

María Luisa

MUJER DE NAPOLEON I

SUPONE el vulgo que entre los esplendores del trono, entre las suntuosidades y magnificencias reales, hállase anclada la dicha: gran error. *Por mucho que suba quien se halla sobre las alas de la fortuna, la felicidad está siempre más arriba.*

María Luisa, esposa del dueño de Europa, no encontró en el trono de Francia una existencia placentera. Gozó de todos los homenajes, de los mayores honores que pueden alcanzar los seres mimados por la suerte, pero no disfrutó de la alegría del alma, que es el bien supremo. En las festividades solemnes, cincuenta muchachas vestidas de blanco sembraban de hojas de rosa el camino que había de recorrer, como las canéforas alfombraban de flores las sen-

das del griego vencedor; mas entre aquellos pétalos fragantes halló espinas, su corazón latió apesadumbrado bajo la púrpura imperial.

El César no amó á María Luisa ni supo hacerse amar de ella; era un alma que no recibió nunca el rocío de la ternura; su potencialidad dominadora absorbió sus facultades afectivas. En una de sus ausencias escribía á Josefina, su primera mujer: *Procura estar contenta, yo lo quiero*. Un amante hubiera dicho: te lo ruego. Al ver su desolación cuando la insinuó por primera vez el proyecto de divorcio, díjola: *Cálmate; creo que si me obedeces en todo, si eres buena, no tendré valor para repudiarte*. ¡Si me obedeces! ¡Siempre el despota! Inútil esperar que dijera si me amas.

Napoleón estimó muy poco á las mujeres: el espíritu de su Código no las favorece. Quitales toda personalidad legal, redúcelas á siervas del hombre, trátalas como á seres inferiores necesitados de un amo que piense por ellas. Despójalas de toda iniciativa, conviértelas en seres subalternos complementarios, en propiedad que ha de fructificar para su dueño. El famoso art. 213 del Código civil, que ha suprimido Italia, per-

mite la tiranía, el abuso del poder marital, produjo y sigue produciendo innumerables recriminaciones. Todas las francesas inteligentes, reflexivas y dignas han protestado de ese Código que, al dar preponderancia á un sexo, deprime, nulifica al más necesitado de justicia. El engrandecedor de Francia, que satisfizo á los ambiciosos de trofeos, no era más atento con las damas en la vida social que con las mujeres de su familia, si se exceptúa su madre, á la que siempre respetó por reconocer en ella elevado criterio y sabia previsión, creyendo firmemente que le debía su engrandecimiento. Sabido es que el César complacíase en repetir: *El porvenir de un niño es siempre obra de su madre.* Sin embargo, á esa madre tan querida solía dejarla dos meses sin noticias suyas.

No es extraño que aquel autócrata tratara tiránicamente al sexo femenino, en el que sólo vió una máquina reproductora de la especie humana. Por eso cuando madame Staël quiso saber quién era la mujer más grande de Francia, contestóla brutalmente: «La que da más soldados á la Patria.» Hallábase en un baile la Condesa X....., conocida por sus fragilidades; acercóse á

ella el Emperador y la preguntó: *¿Siguen gustándoos tanto los hombres?* La dama repuso sin desorientarse: *Sólo cuando son bien educados, Sire.* A la Generala Lorges dijo la en presencia de mucha gente: *Lleváis un vestido horrible; parece tapicería antigua; bien revela el gusto alemán.* La Generala exclamó roja de indignación: *En cambio vuestra frase no es del gusto francés.*

Suponía á la mujer inferior al hombre, pero no desconocía su influencia y poder: antes de nombrar un Embajador, estudiaba las condiciones de su esposa; al enviar á Varsovia á Monseñor Duprats con una misión diplomática, no olvidó decirle: *Sobre todo, halagad á las mujeres.* Considerábalas un mal necesario, del que no se podía prescindir.

María Luisa, hija de Francisco I de Austria, no era hermosa; su faz conservaba huellas de la viruela; pero tenía abundante cabellera rubia, ojos intensamente azules, cutis fresco y sonrosado, actitudes de suprema elegancia. Celebrábase su cultura, que la permitía hablar correctamente inglés, italiano, francés, español, alemán y algo de latín; componía piecillas musicales y pintaba al óleo.

A pesar de sentir animosidad contra Francia por la tragedia de María Antonietta, y antipatía á Napoleón por sus crueldades con los austriacos, recibió el anuncio de matrimonio con esta frase que admiró á Metternich: *Estoy dispuesta á sacrificar mi ventura en bien del Estado, convencida de que la verdadera felicidad hállase en el cumplimiento del deber. Decid á mi padre que resuelva como Soberano, sin tener en cuenta mi conveniencia.*

Algunos días después la Archiduquesa escribía á su padre. *Napoleón acaba de enviarme soberbio traje bordado con perlas, pero todavía no he recibido una línea suya.* Es natural que á la augusta dama, educada con todas las exquisiteces de la Corte de Austria, le sorprendiera que el regalo no fuese precedido de una frase afectuosa ó cortés.

La nueva Emperátriz fué bien recibida en Francia, pero no despertaba entusiasmo, porque era poco expresiva. Entre diferentes fiestas con motivo de la boda, dióse un baile en un inmenso salón improvisado en los jardines de la Embajada de Austria; la llama de una bujía incendió el decorado de una ventana, propagándose

el fuego rápidamente. El Emperador acompañó á su mujer al carruaje sin el menor contratiempo, pero hubo algunas víctimas, despertando téticas ideas el suceso en el ánimo de la joven Emperatriz, que recordaba un acontecimiento igual en una fiesta en honor de María Antonieta.

Napoleón tuvo para su segunda mujer más deferencias que para la primera; el ser hija de un Emperador reinante por derecho propio obligábale á considerarla, aunque sin dejar de ser brusco hasta en sus bromas, porque no sabía dominar su carácter ni brillaba por las delicadezas del espíritu. El nacimiento del deseado heredero, al que se dió el título de Rey de Roma, colmó de gozo al Emperador.

Obligada la Emperatriz á constante exhibición, á viajes interminables y á visitas á los campamentos, lamentábase de fatiga moral y física. Las victorias del Conquistador no satisfacían por completo á la Soberana; porque al pensar que ningún hombre es invencible ennegrecíanse sus ideas, dirigiendo temerosas preguntas á lo por venir. Las caricias de su hijo disipaban algunas veces su melancolía: tanto la

primera mujer, como ella, quejáronse siempre de tristeza.

Las guerras que sostenía con distintas naciones el soñador de un imperio universal, decidiéronle á nombrar Regente del Reino á su esposa para que gobernara en ausencia suya; pero no descuidó restringir su poder con toda clase de trabas y espionajes.

Tétricos presentimientos hicieron germinar en el inquieto espíritu de María Luisa los desastres de Prusia; al acostar á su hijo hacía rezar pidiendo á Dios que inspirase al Emperador deseos de paz. Preocupada por la suerte de su marido, de su hijo y de Francia, caía en tan profundos abatimientos, que temióse muriera de consunción.

Sitieron los aliados á París y la Emperatriz tuvo que salir de las Tullerías; el infantil Rey de Roma resistíase á marchar, diciendo que no estando su padre él era amo y no quería salir de palacio. La Emperatriz fugitiva fué escoltada por 1.200 hombres y varias damas, formándose en Blois una Corte que hizo exclamar á Bausset: *La Emperatriz preside los Congresos con una asiduidad doble-*

mente meritoria, porque no sirven de nada.

María Luisa empezó su doloroso éxodo en Orleans, hospedándose en el Obispado; pronto vióse obligada á salir de Francia, pidiendo refugio á Viena.

Las alas del águila colosal que voló siempre en pos de la victoria, quebráronse en Waterlóo, quedando encadenado á la roca de Santa Elena, cual nuevo Prometeo, atormentado por la insaciable sed de dominio y por el desengaño de cuantos creyó que le amaban. Murió sin abrazar á su hijo ni á su mujer, la cual no quiso participar del cautiverio. Como ha dicho el poeta inglés, después del ángel rebelde, ningún hombre, ningún demonio cayó desde tan alto.

Transcurrido un año tras la muerte del Capitán del Siglo, casó María Luisa con el Conde de Niepperg; diez años más tarde dejó de existir el Rey de Roma, Napoleón II. Muerto el Conde de Niepperg, la Archiduquesa contrajo terceras nupcias con el Conde de Montbelle.

Ninguna de las dos mujeres de Napoleón I supo sostenerse en la cúspide; ambas descendieron sin grandeza y majestad.

Si las ondas del Leteo pasaron sobre sus nombres, es por que no merecían que Clío las consagrara una página en su libro in mortal.



XVII

Victoria I

REINA DE LA GRAN BRETAÑA Y EMPERATRIZ
DE LA INDIA

EL glorioso nombre que llevó esta Reina tuvo carácter doblemente simbólico, porque representaba las victorias del progreso y las victorias de la paz, ya que la Gran Bretaña sólo estuvo una vez seriamente comprometida durante la *Era de Victoria*, cuando estalló en 1853 la guerra de Crimea.

No suelen ser dichosos los largos reinados; el de esta Reina, el más largo que ha conocido la historia de Inglaterra, escapó á tal ley. La Gran Bretaña fué feliz por ella y con ella durante tres cuartos de siglo.

La popularidad de Victoria I sólo es comparable á la de María Teresa de Austria. Los súbditos de ésta exclamaron con entusiasmo: *es un gran Rey*. Victoria I ha sido denominada *gran Reina*. Sus tiernos

sentimientos femeninos fueron la fuerza moderadora que contrarrestaba el poder y la justicia de la Soberana. Esposa y madre amantísima, acordábase de que sus decretos podían causar la desventura de muchas esposas y madres.

Compenetrada con el alma nacional, supo lo que su pueblo pensaba y quería.

En el jubileo de 1896 mereció ser aclamada como *madre, guía, fiel representación de la patria*.

La Señora de un Imperio mayor que el romano, la Reina de una Nación cuya bandera tremoló gloriosa en Europa, Asia, Africa, América y Oceanía, era una mujer de costumbres modestas, amante del hogar, apasionada de la vida de familia.

Anhelante de perfección, ejercitaba su voluntad disciplinando su espíritu tanto ó más que las leyes el de sus millones de súbditos. Obediente á la higiene moral y física, normalizaba su alma como su cuerpo, realizando el *Mens sana in corpore sano*. Su modestia queda retratada en la pregunta dirigida á una de sus damas al leerle la información periodística de su primer jubileo:—¿Qué hice yo para merecer tales elogios?

Nunca se ha visto Soberana más identificada con la mujer; ello la convirtió en ídolo de su pueblo. Difícil sería señalar todos sus rasgos de ternura; al presentarle para firmar la primera sentencia de muerte, exclamó:

—¿No existe ninguna circunstancia atenuante para este desgraciado?

—Ninguna; sólo en su hoja de servicios indícase que tuvo un día de bravura en el campo de batalla.

—¡Ah!—repuso alegremente—se ha batido por la Patria. Y cruzó el documento con la palabra *indulto*.

Los fenianos vencidos en Irlanda iban á ser ejecutados; sus mujeres é hijas rogaron á Víctor Hugo que pidiera clemencia, y el poeta inmortal escribió á la Soberana:

«Una gota de ignominia, marchita todos los laureles.»

«Una mujer doliente gobierna á Inglaterra: la madre no podrá producir huérfanos, ni viudas la viuda.»

Los sentenciados fueron absueltos.

La Reina Victoria, educada por su madre, la Duquesa de Kent, Princesa de Sajonia Coburgo, dejó en el alma de su hija brillante estela de virtud.

¡Cuán saludable es la influencia de las madres cultas y buenas! La voz de nuestra madre repercute toda la vida en el corazón.

Victoria I era tan delicada como correcta en todos sus actos. Refiérese que al saber la muerte de su tío, Guillermo IV, del cual heredaba el trono, dirigió sentido pésame á la viuda del Monarca, y en el sobre de la carta escribió:

Á LA REINA DE INGLATERRA

—Señora, le dijo el Canciller, en Inglaterra no existe hoy más Reina que V. M.

—Es cierto; pero no debo ser yo quien se lo recuerde á la viuda de mi tío.

La educación moral que recibió Victoria I de su madre completóse con la educación constitucional que le dió Lord Melbourne, su primer Ministro, hombre de gran rectitud, que colaboró en la grandiosa obra de ese reinado de 33 años. Atendía la Soberana al Consejo; pero creyendo de su deber el análisis de los asuntos que entrañaban el bienestar de la Patria, estudiaba los sucesos imparcialmente, discutiéndolos con estadistas tan eminentes como Wellington, Palmerston, Disraeli, Peel, Russell y Gladstone.

El espíritu de justicia, de firmeza, de reflexión y perseverancia de la Reina, honraban á su sexo, siempre acusado de ligero, frívolo, versátil.

No poseía Victoria I el vigoroso y brillante talento de Isabel de Inglaterra, de las Catalinas de Francia y Rusia y Cristina de Suecia; pero hallóse dotada de un entendimiento claro, de una sinceridad refractaria á todo sofisma, de una lógica muy sana, de un sentido práctico extraordinario.

Patentiza el buen criterio de la Soberana una frase de Lord Clarendon, su Ministro de Estado; después de discutir un árduo asunto con otro Ministro, díjole:—«No resolvamos hasta saber la opinión de la Reina, vale la pena de conocerla, aun en el caso de que no coincida con la nuestra».

Conocer la opinión de la Reina es saber la del pueblo inglés—decía Lord Palmerston. Tennysson le atribuyó gran amplitud de inteligencia, gran discreción y gran lealtad; Lord Kimberley opinaba que era muy sensata, muy recta de juicio, un buen estadista; Lady Jenne ha exclamado: «Bajo el manto de púrpura y la corona de diamantes, su pueblo descubrió el corazón, no

de una reina, sino el de una mujer que sentía interés y prestaba atención á todos los aspectos de la vida, hasta los más humildes, lo que constituye el mayor atractivo para conquistar simpatías universales.»

Sus sentimientos de concordia evitaron muchas guerras; más de de una vez suavizó el estilo de los despachos de sus Ministros y atenuó exigencias de su Gobierno; por eso adquirió una preponderancia en Europa que la convertía en árbitro de la paz.

La llamada *Era de Victoria* ha sido un período único en la historia de Inglaterra, rara vez igualado en la historia del Universo. Para mayor suerte de su época, florecieron en ella sabios, filósofos, inventores, prelados, oradores, poetas, pintores, novelistas y políticos notables.

¡Glorioso reinado el que se engalana con filósofos como Spencer, moderno Aristóteles; críticos como Ruskin, el poeta de la belleza; literatos como Tennysson, Austin y Wordsworth; novelistas como Dickens y Stevenson; pensadores como Stuart Mill; historiadores como Macaulay; científicos como Darwin, Tyndall, Huxley, Stephenson, Lister y Siemens.

La Soberana del Reino Unido cultivó las artes y las letras, sin pretender sobresalir en ellas, solamente como esparcimiento del espíritu. Tocaba el piano, cantaba, hacía acuarelas y escribía versos; su estilo epistolar era encantador por la ingenuidad, precisión y nitidez. Ha dejado varios comentarios á la *Biblia*. Tenía costumbre de escribir sus memorias, y en el diario de su vida relata las impresiones de sus viajes y las reflexiones que le inspiraron los sucesos de la Patria.

Cuando se hallaba entre escritores, complaciase en manifestarles que también plumeaba. Enviándole un libro á Dickens, púsole por dedicatoria: *Al más grande de los escritores británicos, el más humilde de ellos.*

Distinguía mucho á las literatas, teniendo preferencia en su biblioteca, de 120.000 volúmenes, las obras de Adelaida Proctor, Jane Austen, Charlotte Bronte, mistress Oliphant, mistres Craik, George Eliot y Edna Lyall.

Recibía á los artistas en sus palacios con los mayores honores. La Corte quedó asombrada de sus deferencias á la Alboni, la Patti y Rubinstein. En los conciertos

organizados por ella en el Palacio Real han tomado parte todos los artistas famosos.

La Reina era políglota: los extranjeros quedaban encantados oyéndola hablar tan correctamente diferentes lenguas. Estudió el indostano á los setenta años, logrando dominarlo.

Gran modelo tuvieron las mujeres inglesas en su Soberana, admirable en la vida privada, tan correcta en la vida político-social.

La tragedia sud-africana entristeció los últimos días de aquella alma generosa, de aquel corazón sensible que sólo ambicionaba paz, de aquel noble ser, consuelo de los grandes infortunios, amparo de los débiles, libertador de los oprimidos. Dispuso que la enterrasen en los poéticos jardines de Frogmore, en el mausoleo del nunca olvidado esposo.

Victoria I, que brilló más aún por sus virtudes que por su corona, tiene grato descanso al lado de su muy amado Alberto en el fúnebre alcázar románico, rodeado de blancas rosas, áureas perpetuas, y zafíreo myosotis enlazado á palmas y laureles, donde revolotearán todas las primaveras ruiseñores y mariposas, dándole serenata de trinos y aleteos.



XVIII

Princesa Rattazzi

FUÉRALE difícil al mismo Sainte-Beuve trazar la semblanza de esta mujer extraordinaria, que por el carácter complejo de su mentalidad, por su multiforme fisonomía moral, escapa á todo análisis.

No intentaré describir el vigor y sutileza de su entendimiento, su potencia creadora, las elegancias de estilo con que cincelaba sus obras, semejantes en corrección á las ánforas panatenaicas que produjo el arte jónico; no hay que hablar de tales méritos, universalmente conocidos.

Quiero presentar otra faz de la escritora insigne. El espíritu audaz, batallador de la ilustre dama, atleta del pensamiento, campeón de la nueva idea, paladín de toda reforma, contrasta con sus delicadezas, con su ternura femenil. Era mujer *muy mujer*, en toda la hermosa acepción de la palabra, y por serlo tanto, asombra su bé-

nevolencia, su generosidad para con las mujeres. Enamorada de la inteligencia, como la alondra de la luz, buscaba con afán toda manifestación de intelectualismo en su sexo para enaltecerlo. Nadie ciñó más coronas que ella, distribuyó más aureolas, tejió más guirnaldas, levantó más pedestales al sexo femenino. Jamás la molestó el incienso quemado en el altar de otra mujer. No se ha limitado á exhumar glorias femeninas: ha hecho más, mucho más, porque ha entonado himnos á literatas y artistas contemporáneas que atraían la admiración general, á bellezas que destellaban fúlgido resplandor, perfumando el ambiente de los salones con el aroma de su juventud.

Obra maestra del Creador denominóla Víctor Hugo. La Princesa Rattazzi ha vivido siempre entre nubes de incienso, sin nunca endiosarse. Dotada de figura arrogante y hermosa, poseyendo la inspiración de una musa, favorecida con los prestigios de elevado nacimiento, es natural que la hija de Letizia Bonaparte, la nieta de Luciano, hermano de Napoleón I, haya inspirado muchas pasiones; pero lo admirable, lo sorprendente, es que esa mujer del gran

mundo, esa perfecta dama de salón, conservara un corazón sano, tanta sinceridad y una ingenua franqueza que no pudieron corromper las borrascas de su agitada vida: consagró parte de su talento á la política, á la diplomacia y no penetró en su alma el *maquiavelismo* que se respira en esas esferas.

La prodigiosa imaginación de la autora de *Si j'étais Reine* se ha mostrado tan brillante en la novela como en el drama, la historia, el periodismo y la poesía lírica. Sus versos vigorosos, rotundos, sonoros, encierran la ternura de los de Mme. Dufrenoy, la *Safo francesa*, pero no su melancolía; porque en las páginas de la Princesa Rattazzi palpita la *joie de vivre*. Su pluma sonríe, como sus ojos y sus labios; fórmase su religión del más puro sentimiento estético, su temperamento es completamente artístico.

Sólo contando con gran facilidad para escribir, con gran actividad y amor al trabajo, ha podido producir tantas obras, viajar, dirigir periódicos, asociarse á importantes empresas y hacer vida social.

La ilustre dama nació en Irlanda, siendo su patria de adopción, su patria inte-

lectual, Francia. Cuando sólo contaba quince años de edad casóse con el Conde de Sclm estableciéndose en París; en 1855 fué desterrada de Francia, y se retiró á Bélgica y después á Saboya; levantado su destierro, fijó su residencia en *Aix-les-Bains*, donde daba fiestas *versallescas*. Reina de la inteligencia, de la hermosura y de la elegancia, es natural que tuviera una corte; sus pretorianos predilectos eran MM. James Fazy, Ponsard, Flocon, Charras, Sainte-Beuve, Eugéne Sué, los Generales Kersuasie, Klapka y Duncan.

Quedó viuda en Turín, y poco después unióse con indisolubles lazos al eminente político Urbano Rattazzi, que era Presidente del Consejo de Ministros, muy querido del Rey Victor Manuel. La insigne escritora vivió en Italia hasta la muerte de Rattazzi, ocurrida en 1873. Después se trasladó á París, *creándose un salón*, centro de la elegancia, frecuentado por todas las notabilidades de la época. Algunos años más tarde casó con el diputado español Luis Rute, y desde entonces se apasionó tanto por España, que al hablar de nuestra tierra siempre decía: *Mi Patria española, la Patria de mi corazón*.

Su labor literaria es copiosa; entre sus más conocidas obras figuran: *George Sand*; *Fleurs d'Italie* (poesías y leyendas); *La Dupinade* (poema); *Les chants de l'exilée*; *Boutades*; *Mademoiselle Million*; *La reputation d'une femme*; *Le mariage d'une créole*; *Les Rives de l'Arno* (poesías); *Les soirées d'Ais-les-Bains* (colección de comedias y proverbios); *Le piège aux maris*; *La Forge*; *La Mexicaine*; *Si j'étais Reine!*; *Le chemin du Paradis*; *Louise de Reiner*; *Le Rêve d'une ambitieuse*; *Vie de Manin*; *Nice ancienne et moderne*; *Enigme sans clef*; *La Grand-mère*; *La fin d'une Ambassadrice*. Dirigió *La Revue Internationale*, publicación muy estimada, y ha dejado sin terminar un importante libro acerca de *Rattazzi y su obra*.

La brillante literata poseyó la fantasía de la italiana, el poético idealismo de la española, la cultura de la francesa; de esa mujer, que tan gran relieve tiene en la historia del desenvolvimiento del espíritu humano; de esa mujer, que es sociólogo, filósofo, doctor, artista, sin dejar de ser numen del hogar; encanto de la vida social; de esa mujer, que siempre hizo sentir su

iniciativa en los destinos de su patria, como lo recuerdan Genoveva, suavizando el furor de Atila; Juana de Arco, defendiendo la tierra natal; la Marquesa de Rambouillet, influyendo en las costumbres; las mujeres de la Fronde, de la Rochela, de la Vendée, haciendo y deshaciendo revoluciones; Mme. Roland, en la política; Mme. Staël, en la literatura; la trágica Carlota, destruyendo la tiranía.



Isabel de Rumanía

PERTENECE á varias Academias, honor tributado á la escritora, no á la Soberana. Estima en más sus éxitos literarios que la corona. Cultiva la Música y la Pintura, sobresaliendo en todos los géneros. Sus novelas, leyendas y cuentos revelan fantasía poderosa; sus poesías líricas brotan de su numen con espontaneidad; en sus dramas hay gran verismo: el último libro publicado, *Cuentos de hadas*, ha sido traducido á cinco idiomas. Siempre que envía composiciones suyas á Certámenes, ocultando con gran empeño su nombre por honradez literaria, obtienen premio.

Carmen Silva (cantora de la floresta) ama sinceramente á la Naturaleza, la canta porque la siente; prefiere á los jardines, la encina secular, el robusto roble, los oteros, montículos, colinas y cordilleras. La cantora de las palmeras, traduce trinos de

aves, murmurios de arroyos, acentos del aura, suspiros del viento, estridentes voces del torrente, el solemne rugido de las empujadas olas, las melodías de las esferas. Ella nos revela los secretos que se comunican al cambiar aromas y reflejos, las rosas y las estrellas; sabe que las perlas líquidas que coronan las flores son besos y lágrimas cristalizados de la aurora; ella nos interpreta el saludo de la alondra á la alborada.

Para gozar de los encantos que brinda la Naturaleza, la Reina se complace en buscar la soledad; en sus paseos llega hasta los Karpatos, altas cordilleras que se confunden con las nubes. La pintoresca Rumanía, poblada de frondosos bosques siempre verdes, cubiertos de sauces y tilos fragantes, de acacias blancas y rosáceas que sombrean cascadas y arroyos cristalinos cuyas arenas arrastran partículas auríferas que se desprenden del Olto, río de las pepitas de oro, ofrece paisajes descritos por Carmen Silva pintorescamente.

A orillas del fantástico Rhin, que ha dado origen á tantas leyendas, nació la augusta escritora; su padre tenía gran reputación entre los filósofos alemanes; su

abuela, la Princesa de Wied, fué eminente poetisa; un tío suyo, el Príncipe Maximiliano, gran naturalista.

Isabel de Rumanía conoce las lenguas antiguas y modernas, y sus versos franceses, ingleses y alemanes, hállanse á la altura de sus versos rumanos. Al perder á su idolotrada hija, á su María, cuya muerte no ha dejado de llorar, se consagró al arte, haciendo de él una religión. Cultiva las letras, más que por amor á la gloria, por emplear en algo grato la actividad de su espíritu, que no se puede llenar únicamente con sus deberes de Reina, para desahogar la melancolía de su corazón.

La egregia dama escribe de una manera franca y valiente, expresando sus ideas con claridad, energía y precisión; al dirigirse á los hombres para refutarles la rutinaria y manoseada preocupación de la debilidad del sexo femenino, díceles:

«Debe la mujer resistir al amor, sufrir
»los dolores del parto, compartir con vos-
»otros las penas, educar á los hijos, dirigir
»la vida doméstica, ser bella eternamente,
»amable y buena; ¡y os atrevéis á hablar
»de su debilidad!»

¡Vigoroso concepto expresado sencillamente!

Con gran laconismo encierra la Reina de Rumanía una profunda idea en la siguiente frase:

«Si dudáis de la verdad de un sentimiento, preguntad á una mujer ilustrada; ella los conoce todos». Convincente dialéctica para anonadar á los que afirman que la instrucción extingue la sensibilidad en el alma femenina.

Una de las mujeres más ilustradas y de más viril inteligencia fué Jorge Sand, y, sin embargo, no ha habido mujer más exaltada en sus amores que ella: si hubiera existido en tiempo de Jesucristo, habría inspirado al Divino Redentor la frase que dirigió á Magdalena.

Es error creer que las mujeres extraordinarias no saben sentir; en las mujeres superiores, la llama del genio se enciende en el cerebro y en el corazón. Son en ellas tan volcánicos, tan impetuosos los sentimientos, que si no les opusieran el dique de la razón, se desbordarían. No ama más la mujer que da rienda suelta á sus pasiones, sino la que tiene el valor de avasallarlas.

La mujer vulgar sólo siente con el instinto; la mujer intelectual esmalta sus afectos con filigranas, con delicadezas, que tan interesantes hacen los grandes amores. No se desenvuelve la inteligencia en la mujer á expensas del corazón. La mujer se halla dotada por la Naturaleza de todas las facultades afectivas en eminente grado; elevada por medio de la instrucción, y esas facultades serán lo que el diamante pulido por la mano del lapidario.

Isabel de Rumanía es un pensador de alto vuelo, como puede verse por los siguientes aforismos que han brotado de su pluma al tratar de la familia:

Los hijos del amor son, en general, bellos é inteligentes. Delicada crítica acerca de los enlaces por cálculo ó conveniencia.

El marido no debiera nunca dejar de hacer la corte á su mujer. Breves palabras que encierran todo un tratado de filosofía para la vida privada.

Un escritor contemporáneo ha dicho en un acreditado periódico, de la mencionada Reina: «En esta mujer, el cuerpo y el alma se corresponden: es alta, bien formada; en sus movimientos revela una elegancia suprema, que no es sólo la que ostenta la

dama aristocrática, sino la aristocracia de una naturaleza privilegiada. En lo azul de sus ojos puede leerse el secreto de sus maravillosas intuiciones; en la movilidad de sus cejas, en el modelado clásico de su boca, que embellece dulce sonrisa, se está revelando su complexión artística y el ritmo superior que gobierna su existencia. No necesita *Carmen Silva*, para imponerse al respeto ajeno, de las conveniencias cortesanas y de la etiqueta palatina. Antes que reina de la política es reina de la distinción y del talento; la bondad de su carácter, la nobleza inmaculada de su alma levantan en torno de ella una barrera de admiración infranqueable. Ni se conoció princesa más sensible, ni soberana menos infatuada con su posición eminente, ni reina, en fin, que menos aspire á reinar por los derechos que ha adquiridó.»

Las cualidades de Isabel de Rumanía revélanse en este pensamiento escrito por ella:

¿Queréis ser grandes? Que vuestra persona desaparezca al lado de vuestras obras.

Carmen Silva es encantadora por su modestia; no pertenece al tipo de la *femme*

savante, la marisabidilla, la *bas bleu* ó la pedante: es una mujer muy culta sin pretensiones.

La delicada sensibilidad de Isabel conócese en estas líneas, escritas en un album:

Hay una especie de fraternidad que brota á primera vista entre aquellos á quienes ha herido la desgracia; cuando hayáis llevado luto mucho tiempo, os sentiréis atraídos hacia cada traje negro que encontréis á vuestro paso.

Cuidase la Reina con esmero de la instrucción del sexo femenino: hace ediciones de los mejores libros y los regala; permite que las mujeres se doctoren en las universidades; favorece á la obrera estableciendo centros de trabajo donde reciba directamente el precio de su labor para que no intervengan comerciantes explotadores.

Ha influido en la reforma del Código mejorando la suerte de la mujer; Rumanía, nación latina por su origen romano, ya que fué conquistada por una colonia trajana, como todos los pueblos latinos, rígease por las leyes napoleónicas tan vejatorias para la mujer; la Reina ha conseguido humanizarlas.

María Pía de Saboya

UNA de las reinas más interesantes de Europa, es la augusta viuda de Luis I de Portugal. Vanagloriase, y con justo motivo, de esta Reina, la Nación portuguesa.

Angel de Caridad apellidará la historia á María Pía cuando haga su apoteosis; porque esta Reina es para los desgraciados la blanca aurora que rasga tenebrosos horizontes, el astro que ilumina las nebulosidades de la existencia. En su alma albérganse todas las virtudes; encanta como reina, entusiasma como madre y admira como mujer. Dedicada exclusivamente á los puros goces del hogar, divide su existencia entre el amor de su familia y la protección á los desventurados. Bajo su manto regio cobija al huérfano, al enfermo y al anciano. Ella tiene un bálsamo para cada herida, una gota de esencia para cada

infortunio, un antídoto para cada dolor. Cuando se halla á la cabecera de un moribundo se transfigura, adquiere el aspecto de la esperanza, suavizando los últimos momentos del agonizante. Médico de las almas, su persuasiva palabra convierte al impío, destruyendo con su célica mirada el excepticismo del mayor ateo. Erige la caridad en religión; es apóstol del bien que nos lo hace amar, mensajero celestial encargado de inspirar la virtud.

Olvidada de sí misma para pensar en el desvalido, su paso por este mundo es una cadena no interrumpida de sacrificios y abnegaciones. La madre de María Pía era una santa, y al volar al cielo debió difundir su alma en la de su hija, verificándose la transmigración de que nos habla Pitágoras. Con el último beso le inculcó todas sus virtudes. ¡Cuántas veces ha realizado este milagro el amor maternal!

María Pía heredó la santidad de María Adelaida. En la ilustre hija de Víctor Manuel, se han perpetuado las bondades de la Reina Doña Mafalda. La nieta de Carlos Alberto es digna de las glorias de su preclara estirpe. Hállase dotada de cualidades que la hacen muy superior; á la ternura de

su corazón únese el valor proverbial en los príncipes de la casa de Saboya. Contrasta con una energía viril, rara en el sexo á que pertenece, su dulzura, que se amalgama con la noble altivez de su heroica progeie. Su corazón, templado para la lucha, no vacila ante el peligro; los portugueses la han contemplado serena y tranquila acariciando á sus hijos, cuando las balas rompían los cristales de su palacio. Desafia la adversidad con la valentía de las antiguas heroínas. Aquella delicada figura es la enhiesta roca que el rayo no puede partir.

María Pía de Saboya, sentimental y reflexiva, seméjase á la Haydée de Lord Byron, aquella mujer tan dulce y melancólica, que parece que sufre nostalgia de un mundo mejor, aquella mujer que vive soñando la perfección más ideal.

Venerada por sus muchas virtudes, lo que más la distingue es su gran corazón de madre, como lo prueba el hecho que voy á referir. El día 2 de Octubre de 1873 hallábase la familia real tomando baños en Cascaes; la Reina, que tiene entusiasmo por el mar, se dirigió á Mexilhoeiro acompañada de sus dos hijos, y se acercó á la orilla del Océano. El mar estaba muy agi-

tado aquel día, pero la hija de Víctor Manuel, que es muy intrépida, no dió importancia al temporal y siguió paseando por las márgenes del Atlántico. Cuando más distraídos se encontraban todos, una ola estalló á los pies de los Príncipes, arrastrándoles velozmente y envolviéndoles en sus espumas; ver esto la Reina y lanzarse tras ellos fué obra de un segundo; allí luchó con las olas que le arrebatában á sus amados hijos, y los tres hubiesen sucumbido si los gritos de terror que lanzaron algunas damas de la comitiva regia no hubieran atraído á algunos marineros que, arrojándose precipitadamente al mar, pudieron salvarles.

Este rasgo, digno del heroísmo de una madre espartana, conmovió extraordinariamente á las portuguesas, y desde entonces todas las madres han alzado en su corazón un altar á la Reina María Pía, porque dicha señora representa el más alto ideal del amor materno. Si el secreto de no envejecer consiste en inspirar un amor inextinguible, si *On est jeune tant qu'on est aimé*, la Reina María Pía disfrutará de eterna juventud, porque ella impera en todos los corazones por el amor.

Hija de un pueblo artista, ama lo bello; el tiempo que sus deberes le dejan libre, lo consagra á cultivar el arte que inmortalizaron Fidias y Praxíteles. Respirando la inspiración en las brisas de Italia y teniendo constantemente á la vista los modelos de la belleza, se grabaron en su fantasía imágenes poéticas que traslada al mármol fácilmente.

Grave enfermedad puso en peligro la vida de María Pía de Saboya; en aquellos críticos momentos pudieron conocerse las simpatías que tiene entre los portugueses. Curioso era el espectáculo que ofrecían los alrededores del Palacio Real, distante una hora de Lisboa. Muchas mujeres pasábanse el día en los patios del regio alcázar esperando recibir frecuentes noticias de la salud de la Reina. En los voluminosos libros destinados á contener las firmas de los visitantes que se interesaban por la salud de María Pía, figuraban muchas cruces, letras sin terminar, rayas y diferentes signos que nada decían á primera vista y que, sin embargo, tenían gran significación. Eran los rasgos trazados por mano de mujeres que carecían de toda cultura intelectual, pero no de gran corazón. A

impulsos del sentimiento y movidas por sincero afecto á su Reina, habían escrito aquellos signos extraños, no indescifrables para María Pía de Saboya.

Cuando la Historia se ocupe del Rey de Portugal, enlazará siempre á su nombre el de su madre, porque María Pía de Saboya ha sido su educadora.

Ocupó digna y majestuosamente un trono, y hoy es en la sociedad modelo de elegancia; en la esfera del arte, artista distinguida; en el hogar, madre tierna, apasionada.



XXI

Isabel de Borbón

INFANTA DE ESPAÑA

PARÉCEME digna de estudio la fisonomía moral de esta Princesa, cuyas líneas, determinadas con precisión y relieve, presentan notable originalidad.

Dotada su alma de virtudes viriles, ofrece grandes contrastes: la Infanta Isabel es enérgica sin dureza; carece de toda coquetería, de toda frivolidad femenina y posee ternura de mujer; remóntase á las alturas de la Metafísica, y achica sus potentes alas, revoloteando á flor de tierra, para atender á minucias que escaparían á penetración menos sutil; es alegre sin ligereza, irónica sin mordacidad, seria y reflexiva con expresión risueña.

Su vigorosa inteligencia satúrase de conocimientos enciclopédicos que la permiten disquisiciones eruditas, sin pedantería, encantando con ellas al naturalista,

al arqueólogo, al historiador. Su talento profundo complácese en los problemas filosóficos, brillando en todos sus argumentos la dialéctica del razonador apremiante, la lógica de una sindéresis sana.

Si yo creyera en la metempsicosis, afirmaríá que un espíritu pagano fundióse en los católicos sentimientos de esta Princesa: tan vehemente es su pasión por la antigüedad clásica, tan claras son las nociones que de ella tiene adquiridas.

Caracterízala un sentido estético extraordinario, clarísima intuición para distinguir rápidamente lo bello de lo mediocre, y juicio tan exacto en las clasificaciones, que pudiera ser preceptista en materia de belleza. Protege á los artistas, impulsa los certámenes intelectuales, proporcionase goces del espíritu, respirando la atmósfera del arte y del ingenio en sus peregrinaciones por museos y academias. Cultiva la Música; sus conocimientos en el divino arte son teóricos y prácticos, habiéndole dado reputación de pianista muy sobresaliente.

Ama á la Naturaleza con entusiasmo, porque la siente, sin que penetre en este amor ninguno de los sistemas cosmogónicos de Spinoza ó Herder; ámala con espíri-

tu poético y cristiano. Cuando la Infanta Isabel vive lejos del campo, procura rodearse de cuadros para poder contemplar el aterciopelado césped, la robusta encina y la elegante palmera, el rielar de la luna en diáfano lago. Pídele á la Música armonía imitativa, que le reproduzca fielmente rumores del bosque, susurros de brisa, murmurio de olas. Prefiere á las fiestas sociales las campestres; diviértela apuestas de equitación, cinegéticas; nunca se halla más contenta que cuando veranea en la Granja, en donde existen jardines superiores á los de Versalles.

El torbellino de la vida social no puede satisfacer sino á seres de entendimiento ó corazón vacío; los espíritus elevados necesitan vivir dentro de sí mismos muchas horas, necesitan estudiar, meditar.

Si en la Corte es respetada por sus cualidades morales y por su ilustración, el pueblo la quiere por su sencillez, franqueza y patriotismo, porque realmente la Infanta Isabel es muy española. Del sincero afecto del pueblo recibe expresivos testimonios, siempre que se presenta en las tradicionales fiestas madrileñas.

Heredó de su augusta madre, Doña Isa-

bel II, la nobleza de sentimientos, la esplendidez para proteger toda empresa útil, la caridad para socorrer á los desheredados de la suerte. El magnánimo corazón de aquella Reina elevábase á lo sublime; más de una vez viósele proporcionar recursos pecuniarios de su fortuna particular á gente que había militado contra ella.

Toda persona que es recibida una vez por la Infanta Isabel conviértese en partidaria suya; uno de los rasgos de su talento, es no abrumar con las fórmulas palatinas, no hacer sentir á los grandes el peso de la etiqueta, ni á los pequeños el peso de su grandeza. Es su conversación agradable; su palabra fácil, aguda, natural, oportuna; posee vena crítica: pero la benevolencia de su alma, extingue la sátira que asoma tímidamente alguna vez á sus ojos, sin estallar en frases jamás. Nunca sacrifica á sus semejantes por lucir un retruécano de efecto, ó un ingenioso epigrama.

Existe la absurda y rutinaria creencia de que el elogio tributado á personas de regia estirpe suele ser innmerecido. ¿Acaso los príncipes tienen que carecer forzosamente de altas cualidades morales? Si las poseen, ¿por qué negarles alabanzas que no

se niegan á personas de clase inferior á ellos?

Hay gente que se complace en regatear el elogio, lo cual no debiera hacerse nunca, porque el elogio estimula, despierta emulación, dando á conocer méritos ignorados, y al coronar la virtud la hace germinar en muchas almas. De algunos seres no se puede hablar sin que el encomio brote espontáneo: la Infanta Isabel es uno de estos seres.



Margarita de Saboya

REINA DE ITALIA

PERLA, flor, significa el nombre de esta Soberana, que representa la poesía de la realeza. Merece el nombre que lleva.

Nacida en la sagrada tierra del arte, en esa gloriosa tierra tan amada del poeta y del artista, patria universal de los intelectuales, educadora del humano espíritu que legó al mundo su civilización, su arte, su derecho y sus libertades, la esposa de Humberto I, la madre del Rey de Italia, une á las virtudes, que la convierten en ídolo del pueblo, méritos intelectuales y políticos: Mujer dotada de corazón tierno, posee energía viril; al ser consultada en momentos de peligro para tomar determinaciones, ha exclamado: *Avanti sempre Savoia*. Véase en ella á la descendiente de héroes, paladines y cruzados.

Discreta, correcta en todos los casos, cuando su muy amado Humberto quería recorrer las provincias atacadas del cólera ó ir al campo de batalla, decíale: *Apruebo tu determinación; los reyes tenemos que cumplir más deberes que nuestros súbditos; yo rogaré á Dios para que te proteja.* Su valor, sus vigorosos sentimientos, su fuerza volitiva, no han evaporado en ella el delicado perfume femenino que exhala. Esposa enamorada, madre ternísima, ha sabido dominar sus afectos en las luchas de la Patria al exigir de ella el sacrificio.

Inspira tan general cariño, que si en algun *meeting* anarquista se pronuncia su nombre es con veneración. Denominanla los italianos *Señora de todos los corazones, madre del pueblo, graziosa e gentile Margherita.* Cuando visita los barrios pobres ó los hospitales, los desgraciados considéranse de fiesta. Su caridad revelóse en los albores de su vida, quitándose en un día de gran frío el abrigo en medio de un paseo y poniéndoselo á una niña menesterosa. Al ver que otra miraba con envidia su muñeca, la dió la mejor que tenía. ¡Limosna de amor que no olvidó nunca aquella desventurada!

En la Casa de Saboya hubo diez y nueve Margaritas: todas notables por sus virtudes y cultura. Margarita, la hija de Amadeo, Príncipe de Acaía, casada con Teodoro II, marqués de Montferrato, obtuvo el sobrenombre de *Grande*. Otra Margarita, hija de Amadeo VIII, fué denominada la *Stupenda*. Margarita de Austria, esposa de Filiberto II, Duque de Saboya, tiene una buena página en la Historia; Margarita de Francia, hija del *Rey Caballero*, que casó con un Príncipe de la casa de Saboya, Manuel Filiberto, fué aclamada *Cuarta gracia y Décima musa*.

No sólo las Margaritas de la casa de Saboya fueron esclarecidas; Francia tuvo en el siglo XVI tres princesas Margaritas muy célebres; Inglaterra se enorgullece de Margarita de Anjou, que se distinguió por el talento y el valor. Asistió á once batallas campales, arriesgando su vida con el mayor denuedo; viendo que su consorte Enrique VI no tenía facultades para reinar, tomó las riendas del Estado y en distintas ocasiones hizo frente á las tropas del ambicioso Duque de York.

Margarita, Reina de Dinamarca, Suecia y Noruega, era denominada *Semiramis del*

Norte. Margarita de Provenza es digna esposa de San Luis, Rey de Francia; acompañóle á las Cruzadas y le dió consejos que el Santo Rey estimó como muy sabios. Margarita de Escocia, mujer de Luis XI, poseyó tanta inspiración poética como erudición científica.

Margarita de Saboya, la muy amada Reina de los italianos, atesora los méritos y virtudes de todas las princesas Margaritas que han pasado á la posteridad: protege las artes y las letras cultivándolas con acierto; es una de las reinas más intelectuales de nuestra época. Hállase versada en literatura alemana, inglesa, francesa y española; sigue el movimiento literario europeo. Háse dedicado especialmente á los estudios históricos, complaciéndose en llevar á su hijo, en temprana edad, á visitar las ruinas, los admirables museos y pinacotecas de la tierra del arte, para hacerle monografías de cuadros, estatuas, arcos y columnas.

Cuando alevoso furor de un exaltado tronchó la vida del Rey Humberto, Italia entera unió sus lágrimas á las de Margarita, más copiosas que las de Andrómaca y Artemisa. La Reina escribió una oración

para que los italianos todos la recitaran en memoria del bondadoso Rey trágicamente desaparecido.

Ha muchos años que existe en Italia un Comité de damas, escogidas entre las que tienen más representación social y más cultura, para propagar la instrucción en el sexo femenino por medio de conferencias científicas é históricas; presídela la Reina Margarita, y honra con su presencia las sesiones, que se verifican en el *Colegio Romano*, donde se ha oído á tantos oradores elocuentes. Da vida á todas las instituciones creadas para mejorar la suerte de la mujer, colaborando con ella activamente en tan noble empresa las eminentes escritoras Gracia Pierantoni Mancini, Dora Melegari y Adelaida Maroini, la Marquesa de Villamarina y la Condesa Francesetti.

Margarita de Saboya nació en Turín; es hija del valiente y caballeroso Duque de Génova, hermano de Víctor Manuel II, y de María Isabel de Sajonia; sus muchos viajes han contribuido á su cultura enciclopédica. Al casarse con su augusto primo Humberto de Saboya, era una de las princesas más ilustradas, bellas y elegantes. La madre del Rey de Italia inspira gran

respeto á su hijo; enamorado de Elena, la bella Princesa montenegrina, hizo su primera confidente á la Reina Margarita. No deja en la sombra el perfil de la ilustrada esposa del Rey de Italia la radiante silueta de la Reina Margarita, porque la joven Soberana es una figura intelectual de gran relieve. Tiene conciencia de la importante misión que ha de cumplir como creadora de almas de príncipes y princesas destinados á reinar, y convierte sus tareas maternas en el primer deber. La Reina Elena es tan simpática, que cuando Víctor Manuel la llevó á París dijeron los franceses que la graciosa sonrisa de la Reina de Italia era el pacto de alianza entre los dos pueblos.



**María Cristina
de Habsburgo-Lorena**

REINA REGENTE DE ESPAÑA

LA historia patria, que esmalta sus páginas con nombres de tantas reinas admirables, se abillantarà con el de la augusta esposa de Alfonso XII. Quiso unirla el destino con el óleo del dolor para que mostrara la entereza de su carácter, el vigor de su espíritu, su poderosa mentalidad, sus dotes para la ciencia de gobernar. Aparecieron con gran relieve la ternura, la delicadeza de su alma, á los pocos días de conocerla Alfonso XII. En vez de pretender borrar en el corazón del hombre amado la imagen que dejara otra mujer, evocó su recuerdo asociándose á su augusto prometido para rendir culto á la memoria de la Reina Mercedes, que pasó por la vida como aroma de azucena, radiación de estrella ó

eco de melodía. El primer lazo que estrechó los corazones de D. Alfonso y Doña Cristina, unidos más tarde por el amor, fué la poética religión del recuerdo.

En vida del Rey, la Soberana, que discretamente se apartaba de los negocios públicos, que no quiso señalarse con ninguna iniciativa, estudiaba los sucesos, sacaba deducciones y se formaba un criterio propio, que la dió gran visualidad psíquica, gran clarividencia para penetrar en el alma nacional cuando tuvo que regentar el Reino. Al despachar con los Ministros exclamaron: «es nuestro primer estadista». La intuición de la Soberana, su perspicacia, el arte que poseía para asimilarse cuanto le era desconocido, asombró á nuestros políticos.

Digna descendiente de las casas de Habsburgo y de Lorena, que han dado reyes tan notables como Alberto I *el Victorioso*, Alberto II *el Sabio*, Rodolfo IV *el Ingenioso*, Ernesto *el Valiente* y Leopoldo VI *el Glorioso*, fulgura con propia luz en esa constelación formada por mujeres como su inmortal bisabuela María Teresa de Austria.

Todos los escritores europeos han rendi-

do homenajes á la madre de Alfonso XIII: las áureas plumas de Paúl Vasili y Pierri Loti dedicanla encomiásticas páginas. *Il Giornale d'Italia* dijo: «Questa Regina virtuosa e gentile, solo conosce la virtù del sacrificio é ha saputo reggere i destini della nazione in momenti difficile».

Hanoteaux cree que «lo que caracteriza la regencia de Doña María Cristina es el haberse penetrado de su deber de una manera completamente femenina; viuda, reina y madre, sus únicos cuidados y preocupaciones fueron el ejercicio de las funciones reales, consagrando la vida entera al Rey niño y á su pueblo, que tan necesitado estaba también de sentirse amado, sostenido y guiado. Con gran tacto comprendió el juego de los partidos, que forman todo el sistema de gobierno de España, y, en vez de pretender imponerse á ese juego, se plegó á él voluntariamente. Supo reclamar y obtener el concurso de los jefes que se sucedieron en el gobierno y de las diversas oposiciones; acertó á testimoniar á los buenos servidores del Estado una fidelidad á toda prueba; se esforzó en desarrollar en el personal político español la lealtad, que pone á la corona por encima

de los partidos... Con esto ha prestado á su país el mayor y más preciado de todos los servicios. Aplicándose á no alejar de ella á nadie, nadie se ha apartado de ella cuando la gravedad de las circunstancias hicieron preciso que se agrupasen todas las fuerzas de la Nación española.»

Al quedar viuda la Soberana, su digna actitud, su prudencia, su bondad, sus generosos sentimientos para los enemigos de la idea política que representaba, su claro criterio y sus virtudes, atrajéronla el respeto de los antimonárquicos y de los que la miraban con injustificada repulsión, á causa de pesar sobre ella el *delito* de extranjerismo.

Tan pronto como la augusta dama se sobrepuso al dolor que embargaba su ánimo; tan pronto como pudo hacer un esfuerzo de valor moral, su primer arranque fué un rasgo de delicadeza para el pueblo que la acogió en su seno, rasgo que han sabido estimar en su justo valor los descendientes del Cid y de Pelayo. *Confío mis hijos á vuestra nunca desmentida lealtad*—dijo la ilustre viuda—y este grito, escapado del alma de la madre y de la reina, tuvo resonancia en los generosos corazones del

noble, del valiente, del caballeroso pueblo español. Cuando á la muerte del Rey todas las potencias europeas esperaban un conflicto entre los partidos disidentes; cuando los jefes de otras naciones fijaban ávidas miradas en nuestra infortunada Patria, esperando que un trágico suceso fuese la continuación de anteriores calamidades, el heroico pueblo español daba un ejemplo de cordura que causó universal asombro. Mientras la Reina cumplía su deber procurando salvar el trono de sus hijos, todos los partidos se unían para salvar á la Patria, proclamando el mayor respeto á la afligida dama que ocupaba el solio de San Fernando.

¿Qué mágico poder obró el milagro de acallar todas las hostilidades? La hidalguía del valeroso pueblo celtíbero. No se equivocó la inteligente consorte del malogrado Alfonso XII al confiar en ella. Este bravo y enérgico pueblo, que no cede á ningún yugo, se inclina siempre ante la desventura. Es más cortesano de la desgracia que del poder. ¡Grande tiene que ser siempre el pueblo que alienta tan levantadas ideas!

Patrióticos sentimientos demostraron

sinceramente, sin jactancioso alarde, en peligroso momento histórico, tres de sus más dignos representantes: Sagasta, Cánovas y Castelar. Estos insignes jefes de tres partidos de ideas muy divergentes obraron con tan gran alteza de miras, que su conducta merece el mayor elogio. Mientras Sagasta, gran patricio á quien nunca endiosó el poder ni el aura popular, sabiendo vivir en medio de los mayores homenajes con lacedemónica sencillez; mientras Sagasta desenvolvía su honrada política liberal, Cánovas prestaba su valioso apoyo al Gobierno, obrando de buena fe, al mismo tiempo que Castelar encauzaba el torrente próximo á desbordarse, calmando la irritada impaciencia de sus correligionarios y ostentando una benevolencia á la Monarquía que hizo honor á sus nobles sentimientos. ¡Salvar la Patria á toda costa! Ese fué el pensamiento que ligó las voluntades de tres grandes hombres que siempre habían militado en opuestos bandos. Y no sólo quisieron salvar á la Patria, sino salvar también á la triste compañera del Monarca que tanto amó á España; Cánovas, cual esforzado campeón, cual galante paladín de

Maria Cristina, despertó en todos los corazones una corriente de sentimentalismo favorable á la ilustre viuda, poetizando su dulce y bella figura con estas palabras: *Ayudemos á sostener la paz pública, á la augusta Señora que en este momento tiene, además de la corona de Regente que ostenta, otras tres coronas que deben infundirnos el más profundo respeto y la adhesión más inquebrantable: la corona de la virtud, de la juventud y del dolor.*

Los desastres de Santiago y de Cavite fueron llorados secretamente por esta heroica mujer, que sonreía mientras sus cabellos blanqueaban abrasados por el fuego de la indignación. Hablando con Rafael Gasset de la pérdida de las colonias, tuvo la Soberana esta expansión patriótica: «No caben atenuaciones en nuestro infortunio, es cierto; lo que ocurre es tremendo, aterrador, pero todavía alienta en mi alma un rayo de consoladora luz. Yo fío en el silencio de un buen español como usted, y no resisto al deseo de comunicarle el único consuelo de estos momentos de tortura, de indecible angustia. Lo perderemos todo, todo, y aún confío en que salvaremos mucho, muchísimo. Si

usted tiene la desgracia de ser agraviado públicamente y de hecho por un hombre muy fuerte, antes que el dolor de las contusiones sentirá anhelo de poner su mano en la mejilla del ofensor..... Pues bien, de eso, de eso se trata. El general Cámara ha hablado conmigo. A bordo del *Carlos V*, que puede llevar carbón para una larga travesía, y sólo con el *Carlos V*, se plantará frente á Nueva York y disparará buen número de proyectiles; producirá poco daño, no importa cuánto, pero será la mano puesta en la mejilla del autor del ultraje que abusa de su fuerza, y perderemos mucho materialmente, mas esto será un acto de arrojo propio de la leyenda española, y salvaremos gran parte de lo que, sin ser territorios, ni barcos ni riquezas, importa mucho á la Historia y al porvenir de un pueblo. Rezo á todas horas, rezo sin cesar pidiendo á Dios la difusión por el mundo de esta noticia: «Un barco español ha bombardeado á Nueva York».

Tan épicas palabras debieran ser burladas.

Perpetuo ha sido el luto por el amado Alfonso; los apagados tonos de sus tra-

jes reflejan la eterna viudez de su alma. Variadas lecturas que aumentan su ilustración; el cultivo de la Música y de las plantas, que conoce científicamente; paseos higiénicos y jiras campestres, han sido los deportes únicos que han puesto tregua á su alta misión de educadora de sus hijos y madre de la Patria.

Nuestro Rey débele tres veces la vida; la Naturaleza le formó enclenque; María Cristina le virilizó fisiológica y espiritualmente. Al modelar su alma, le ha preparado á todas las virtudes, diciéndole como aquella santa madre: Hazte digno de ser amado; no pretendas ser grande, sino útil; no quieras ser célebre, sino bueno.



Paz de Borbón

INFANTA ESPAÑOLA Y PRINCESA DE BAVIERA

POSPONEN hoy regias prerrogativas á los laureros artísticos los príncipes de la sangre. ¡Raro contraste con los barones de la Edad Media, que enorgullecíanse de no saber firmar!

La primera jerarquía en nuestra época es la del talento: la corona del genio vale más que una corona imperial. Escribir en letras de molde, cultivar las bellas artes, es en la vida moderna deleite de princesas.

Las emperatrices de Alemania y Austria escriben y pintan. La Reina de Bélgica dirigía ha poco tiempo un periódico titulado *La Jeune fille*, contando entre sus colaboradores á la Princesa Estefanía y á la Archiduquesa Victoria. La augusta Directora ocultábase tras el seudónimo de *Mme. Royer*. Valeria, hija del Emperador

de Austria, ha estrenado comedias; la Princesa de Metternich obtuvo premio en un certamen con su novela *No me atrevo*; la Princesa Clementina de Orleans escribe artículos de costumbres; la Princesa Seilla firma sus cuadros con el nombre de *Rufo*; la Czarina es notable caricaturista; la Princesa Luisa de Borbón-Arbois, que fué hija de la Duquesa de Angulema, última representante de aquella familia real sacrificada por la Revolución, abrió sus salones para que los literatos italianos leyeran sus obras; la mujer de Guillermo I era la dama más erudita de Alemania; la Emperatriz Federico hacía esculturas, que se admiraron en la nación germánica; la Reina Victoria de Inglaterra escribió sus *Memorias*; su bella hija, la Princesa Luisa, ha enviado cuadros á las exposiciones; la desgraciada Emperatriz Eugenia también ha escrito el *Diario de su vida*, que debe de ser muy triste; la Princesa Clementina de Bélgica escribe con el pseudónimo de *Marthe d'Orey*, y con el de *Mariposa azul* firma sus poesías la Reina Elena.

Les rois font des livres, maintenant tant ils senten bien quele pouvoir est la, exclama Alfred de Vigny.

La aristocracia del talento es la verdadera aristocracia de nuestro siglo. Así lo juzgan las reinas y princesas, prefiriendo un rayo de gloria á los esplendores del trono. Algo han influido las costumbres para que las damas de regia estirpe se decidan á escribir y á presentar sus trabajos artísticos en las exposiciones. A principios del último siglo, la mujer de talento que quería verter sus ideas al papel cubriase con el antifaz del seudónimo, mientras que hoy, la que tiene facilidad para comunicar al público sus pensamientos, se enorgullece de poderlo hacer.

Antiguamente creían algunas mujeres que el título de artista ó escritora las autorizaba para romper con las tradiciones anexas al sexo femenino y con las preocupaciones que cada época impone. Con tales prejuicios el título de escritora ó artista asustaba á la gente medrosa; en opinión de ésta ser artista ó literata era poseer una patente que permitía cometer las mayores rarezas, extravagancias y ridículas excentricidades. Entonces la escritora ó artista no tenía lugar definido en la sociedad, mientras que ahora es reconocida como miembro de una clase inteligente

que marcha á la vanguardia del progreso.

La *bas bleu* ha desaparecido; la artista ó literata de nuestros días quiere ser ante todo mujer, y á este fin hace frecuentemente el doloroso sacrificio de nivelarse con inteligencias inferiores para no levantar á su paso tempestades de odio. La literata ó artista de alta clase en nuestros días, es completamente femenina en su vida privada; habla como todas las damas cultas, recibe de igual modo, educa á sus hijos y se viste con arreglo al último figurín. La literata de la época moderna conoce que es más sensato doblegarse á la opinión, que desafiarla, y por eso se somete á ella. La ridiculez inherente al nombre de autora se extinguió desde que aparecieron en la república de las letras damas distinguidísimas por su talento y educación, que honran con su nombre la clase literaria á que pertenece.

Paz de Borbón, despojada de rancias preocupaciones, firma sus versos con su augusto nombre.

Ocupado estuvo una vez el trono de España por una poetisa, la Reina María Josefa Amalia, tercera esposa de Fernando VII;

el rico archivo del Palacio Real guarda versos suyos.

De gran importancia es la cultura del sexo femenino. El día en que sea ilustrado, se avergonzarán los hombres de su ignorancia.

Safó anatematizaba á las mujeres vulgares exclamando:—*No han cogido las rosas de las musas: de ellas no se hablará ni en vida ni en muerte.*

Muchas princesas pasan por el mundo inadvertidas; á la Infanta Paz precedenla sus cantos armoniosos. La fisonomía literaria de esta Princesa es completamente femenina; débese á ello el encanto de sus versos.

En el pentágono de la poesía hay notas tiernas y dulces, altas y profundas; el poeta debe entonar la epopeya, la poetisa el idilio. Cante el hombre las guerras, los inventos; la mujer debe cantar las brisas, las nubes, las flores, las estrellas y las aves. Las flores tienen fragancias y los pájaros acentos que el hombre no percibe; sólo puede describirlos la mujer; las brisas tienen murmurios y las nubes celajes misteriosos que sólo la poetisa sabe descifrar: la nota sentimental domina en los escritos

de la Infanta Paz; su estilo es brillante como mosaico bizantino; tiene la gracia de los arabescos ojivales. Sus perspectivas parecen iluminadas por luz de alborada; sus paisajes por rayos argentinos. El lineamiento de sus construcciones esfúmase entre blancas nubes; los ecos de su lira son arpeggios rosinianos. Todo es apacible en la ilustración poetisa; su alma, como la delicada flor del nenúfar, sólo puede vivir en lagos muy tranquilos: es su existencia poema de amor, acariciadora melodía. La musa de la virtuosa Infanta es afectiva; es la musa del hogar, de las tranquilas alegrías, de los goces inocentes. Posee la Infanta Paz esa percepción estética por la que se distinguieron las princesas italianas y francesas del Renacimiento; sus facultades para la poesía descriptiva son excelentes.

Como Cristina de Suecia, Catalina de Médicis y las famosas Margaritas del siglo XVI, prefiere el trato de los poetas y artistas al de los magnates indoctos. Complácese en asociar su brillante nombre á certámenes y juegos florales; es devota de Clemencia Isaura. Viviera la docta Infanta más contenta que bajo regio solio en plena epopeya provenzal, entre troveros y

minnesinger, haciendo florecer la gay ciencia. En el palacio *Nymphenburg*, situado cerca de Munich, hace vida de hogar, consagrando su existencia al amado esposo y á sus hijos. En torno suyo hay calor de familia; respirase la diáfana atmósfera de los sentimientos puros: el aroma de la virtud. El apasionado esposo bendice el momento en que unió su destino al de la culta Infanta. No le basta á una mujer ser honrada, necesita ser agradable; si la mujer no sabe cubrir la prosa de la vida con el dorado pólen de la ilusión, con el mágico espejismo del arte, que no se queje si el hombre la desdeña. Sábelo bien la virtuosa Infanta, que convierte su palacio en nido de amor, museo, academia, donde brota el ingenio, porque el Príncipe de Baviera, D. Luis Fernando, es hombre de talento y de ciencia.

La mujer ilustrada tiene más ventajas que la vulgar para ser encanto del compañero de su vida. Tres mujeres disputáronse el corazón de Luis XIV: Luisa de la Valiére, la Montespan y Mme. de Maintenon. ¿Cuál consiguió hacerle su marido? La más ilustrada.

Podrá ser la fuerza vencedora del dere-

cho; la inteligencia es vencedora de la fuerza.

La Infanta Paz no escribe por *dandysmo* intelectual ó coquetería del espíritu; por lucir oropeles de la fantasía ó pirotecnias de la frase; escribe por contribuir á la propagación de ideas moralizadoras. Trabaja con ardor y constancia en unión de la Infanta Isabel para destruir-la trata de blancas, que convierte á la mujer en fruto carnal del árbol de la vida, en mercancía humana, al penetrar en las llamadas casas de tolerancia, donde recibe por medio de la cartilla infamatoria el tatuaje del deshonor, que no la permite dignificarse jamás, y su cómplice no queda infamado, á pesar de que, como piensa Sor Juana Inés de la Cruz,

¿Quién será más de culpar
Aunque cualquiera mal haga,
El que peca por la paga
O el que paga por pecar?

Coopera la Infanta Paz activamente al florecimiento del centro de cultura femenina que ha establecido en Madrid la Unión Ibero-Americana, esa importante sociedad consagrada á estrechar las relaciones espirituales y comerciales entre los

dos continentes. La ilustrada Infanta estudió la organización de todas las asociaciones femeninas del extranjero y envía á España el fruto de sus observaciones, reforzadas con ideas propias, con iniciativas que han dado resultado provechoso. Atiende preferentemente á los problemas sociólogos más relacionados con la vida de la mujer, llevando á ellos su acción humanitarista, su generosa actividad.



Eulalia de Borbón

INFANTA DE ESPAÑA

PARA retratarla fuera preciso pedir al arco iris sus tintas, porque sus ojos tienen reflejos célicos, su cutis arreboles de aurora, su cabellera rayos de sol. Dotada de formas esculturales, de arrogancia olímpica, hay en su andar rítmicas cadencias, en su voz murmurios de acariciadora brisa, en sus actitudes elegancias helénicas.

Fleur de beauté que la beauté parfume, es fascinadora como heroína de áurea leyenda, ondina de cerúleo lago, princesa de cuento de hadas. Delicadamente bella cual estatua praxiteliana, une á la gracia española el seductor *parisianismo*, esencia de la más refinada coquetería; porque esta maga, que aduna todos los hechizos, es una mujer muy mujer, y en ello estriba su mayor encanto.

*Mujer, que aqieste nombre
es el mejor requiebro para el hombre,*
exclama Calderón.

La Infanta Eulalia será eternamente joven, semejante á la Hebe mitológica; jamás tendrá que colgar su espejo en el altar de Venus. Esas bellezas de contornos suaves, armónicas líneas y dulces tonalidades son inmarcesibles, insenescentes. Su rostro móvil, picaresco, risueño, ejerce gran atracción; no he visto fisonomía á la que asome tanto el alma. Su espíritu, abierto á los nuevos ideales, es poético y valiente como estrofa épica; en el extenso campo de su mentalidad penetran todas las ideas, presentándose al combate sin celada, porque aborrece la hipocresía. Poseyendo gran valor moral, prescinde de eufemismos y distingos para emitir sus opiniones, sin adular jamás corrientes imperantes, rituales establecidos, prejuicios seculares y rutinas consagradas por la tradición.

Anhelosa de conocer la nueva faz que presenta el progreso en distintas nacionalidades, ama los viajes, y á ellos debe su civilización cosmopolita. Cada vez que viene á España trae nuevas orientaciones,

atisbos de moderna cultura intelectual. Desdefiando cánones de escuela determinada, es ecléctica en ciencia, artes y filosofía.

En su templo oficia constantemente la verdad, unas veces con hierático ropaje, otras con mundanal atavío, pero siempre severa ó risueña, despojada de falsas galas convencionales. Temperamento artístico, poseyendo gran perceptibilidad estética, siente con vehemencia lo bello, el goce intelectual, los deleites inefables que sólo alcanzan seres superiores. Si la alegría del espíritu denota fuerza, el vigor del suyo es incommensurable; jamás han penetrado en él morbosas melancolías, nubarrones de pesimismo. En la canción de la vida que canta su corazón no hay notas plañideras.

Cuando visitaba á su augusta madre en el palacio de Castilla, tétrico á pesar de hallarse emplazado en uno de los mejores barrios de París, transformábase como por ensalmo la regia mansión. Animábanla gorjeos, arrullos, aleteos, fragantes effluvios, auras embalsamadas, porque la bella Infanta seméjase á la blanca flor del almendro, heraldo de la primavera, á la

golondrina que se adelanta á las alboradas estivales. La luz de su mirada y el calor de su sonrisa hacían reverdecer las agostadas flores de aquel palacio, como hace florecer el beso de amor de la bella Joyzelle el seco jardín de Maeterlinck.

Enamorada de altos ideales, sigue con gran interés la evolución de los problemas feministas, que han de dar feliz cima á la llamada causa de la mujer, que han de destruir la explotación jurídica y económica que se hace del sexo femenino, negándole todos los derechos y exigiéndole todos los deberes, con el absurdo criterio que ha creado una moral para cada sexo, no siendo la conciencia más que una sola. La intelectual Infanta vió rápidamente, con su natural clarividencia, que la mujer del porvenir deberá subienestar á los apóstoles de esa nueva religión denominada *feminismo*, en la que se encuentran altruismos cristianos, y acogióse á ella con entusiasmo, bendiciendo á los esforzados campeones, á los nobles adalides que luchan por la extirpación de los egoísmos y el triunfo de la justicia. Opina que acostumbrados en España á convertir el matrimonio en seguro sobre la vida de la hembra,

á no dar á la mujer más horizontes que el casamiento ó el claustro, considerándolos su único refugio, no se ha pensado en prepararla para que desempeñe profesiones liberales, cargos administrativos, empleos públicos, artes é industrias en armonía con sus facultades psíquicas y fisiológicas, no se ha abierto campo alguno á su actividad, no se ha tratado de mejorar su penosa situación económica, porque el hombre, desde su antropocentrismo, monopoliza todos los medios de subsistencia, sin pensar en que la mujer tiene también derecho á la vida.

La nulificación de un sexo es más transcendental que la de una raza, y en los pueblos civilizados ha tiempo que las sociedades abolicionistas emanciparon á los esclavos. Cree Eulalia que no es argumentación admisible para negar á la mujer su cooperación en profesiones y empleos bien remunerados la decantada debilidad, ya que en las clases inferiores la mujer trabaja tanto como el segador ó el minero, viéndosela convertida frecuentemente en grúa ó bestia de carga; que la cacareada debilidad debiera servirla para disfrutar más derechos, porque no es equitativo

abrumar al débil con el peso de los deberes, en vez de aliviar su estado otorgándole privilegios. Invocando la susodicha debilidad fisiológica, debe pedirse que la mujer desempeñe cargos sedentarios, ocupaciones que no quebranten sus fuerzas, y que el varón se dedique á trabajos que exijan vigorosa musculatura, en vez de apoderarse de industrias que debe reservar á la mujer y que le arrebatara el llamado rey de la creación, llegando á descender de su trono para convertirse en modisto.

Notoria es la falta de equidad con que es tratado el sexo femenino, ante la ley civil y penal. Si se logra la emancipación económica de la mujer, se la libraré de la terrible esclavitud del matrimonio por cálculo y de la vergüenza de la prostitución.

La inferioridad espiritual del sexo femenino, proclamada por algunos misóginos, no tiene valor científico. Viene basándose desde tiempos prehistóricos en la tan discutida pasividad fisiológica: el Areópago griego absolvió á Orestes de la muerte de su madre, sosteniendo el peregrino principio de que no fué parricida el hijo de Clitemnestra porque la madre no crea al

hijo, ya que el claustro materno no es más que un receptáculo inerte. Respecto á que sólo el padre sea creador, carécese de datos seguros, indiscutibles; sabido es que modernas teorías científicas están destruyendo constantemente arraigadas convicciones, y en este asunto todavía no ha dicho la ciencia su última palabra. Estudios embriogénicos, llevados á cabo en el Laboratorio de Zoología marítima de Nápoles, han descubierto que la célula que aporta el macho á la generación tiene la misma importancia que la célula de la hembra. Es lógico que en la morfología del sér humano ejerza más influencia la mujer que el varón.

La filosofía de la Historia al presentar á la mujer desempeñando heroico papel en momentos épicos; elevándose á las más altas cimas del pensamiento humano; colaborando con el hombre en la obra del progreso, es dato antropológico importantísimo que presta gran relieve á su individualidad mental y fisiológica, las cuales no pueden esfumar ingeniosos silogismos; únicamente se concede á la mujer perspicacia, instinto; pero si con estas facultades alcanza todo lo que el hombre con profun-

da reflexión, el resultado no acusa inferioridad. No siendo la mujer acéfala, y hallándose desacreditada la vulgar teoría de que *á mayor peso cerebral mayor intelecto*, desde que se observó que el cerebro de un idiota pesaba más que el de Gambetta no debe hablarse de la inferioridad mental femenina, porque no se ha descubierto el *intelectómetro* que determine sus grados.

La pensadora Alemania, la sesuda Inglaterra, la progresiva Suiza, los cultos Países Escandinavos, la cerebral Francia y la artística Italia, propagadora universal de la brillante civilización helénica, han asociado al sexo femenino á la vida espiritual del hombre, le han proporcionado medios para que pueda atender decorosamente á su subsistencia sin ser una pesada carga para la familia.

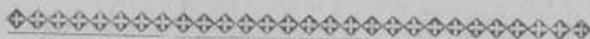
El gran sociólogo Novicoff cree que el más grave de los problemas palpitantes es el llamado causa de la mujer, y que todo ese importante problema consiste en que el sexo femenino pueda vivir sin dinero del varón. No será bastante que se proporcione á la mujer honrado trabajo bien retribuido, mientras no cese la injusticia del

Código que no la emancipa económicamente.

¿Creen los españoles que las compatriotas de Teresa de Jesús, Berenguela *la Grande* y María de Molina no son merecedoras de las reivindicaciones que han obtenido mujeres de otros pueblos? Para que la española deje de ser la mujer tradicional, elevándose á la altura de la Eva moderna, sóbrale inteligencia; lo que la falta es curarse de su crónica abulia, sacudir su apatía, su marasmo, desechar el temor de que sus iniciativas sean fustigadas por la ironía.

Las ideas de la inteligente Infanta Eulalia son muy avanzadas; su razón serena, su alto criterio, no admiten diques ni barreras. Bajo la aparente ligereza de su carácter franco, expansivo, enciérrase un talento profundo, valentía de pensamiento, gran espíritu de observación, que la permite juzgar los sucesos y los hombres con elevada crítica.





XXVI

María Amelia de Orleans

REINA DE PORTUGAL

MÁGICA ilusión realizada es la Soberrana del pueblo portugués. La augusta esposa de D. Carlos es su Egeria, una Egeria que no hace sentir el peso de la influencia, que oculta modestamente el poder sin dejar que aparezcan sus iniciativas, aun después de haber sido saludadas con el aplauso. Antes que reina es mujer, mujer que sabe compenetrarse con su sexo, presentando en relieve sus altas virtudes.

El alma de la Reina Amelia no se concreta á los seres queridos á quien está unida por lazos de la sangre: sus poderosas facultades afectivas emplean sus enérgicos impulsos tomando parte en las alegrías y pesares de sus súbditos, de la gran familia portuguesa que es la de su corazón, la de su patria adoptiva.

Heroína de la caridad, lánzase á curar á los pobres, sin temor al contagio de las enfermedades peligrosas. Como la célebre Nicaretas de Constantinopla, no sólo receta á los menesterosos, sino que les proporciona los medicamentos; cual la Baronesa de Rabutini Chantal, su ojo clínico engañase rara vez. La mujer ha tenido siempre gran aptitud para la ciencia médica, sobresaliendo en ginecología y en el tratamiento de las enfermedades de la infancia. ¡Cuántas veces las madres inteligentes y cultas adivinan las enfermedades de sus pequeñuelos, que escapan á la profunda investigación del médico!

En los romances medioevales aparecen las castellanas poetizadas por los bardos poniendo apósitos á los caballeros que se baten por ellas, recetando á sus pajes y siervos. Isis entre los egipcios, Lucina, Medea y Circe entre los griegos, sírvense de la ciencia de Esculapio para prolongar la vida de los mortales.

Preocupándose la Reina Amelia por los estragos que la tuberculosis hace en su pueblo, fundó un Sanatorio que arranca á la muerte anualmente más de 20.000 víctimas, y que sin su poderosa protección no hu-

biera llegado á existir, aunque un grupo de apóstoles del bien trabajara para conseguirlo. Santa Teresa y Santa Sancha dejaron en Lusitania regueros de inextinguible luz de virtud; Amelia de Orleans dejará en la urna sagrada de los recuerdos inmarcesibles el aroma de su bondad.

Hubo una Santa Reina en Portugal que al llevar limosnas á los presidiarios supo convertirlas en rosas y azucenas ante la mirada de los carceleros que la espiaban: la Reina Amelia transforma los dolores de los tuberculosos en ilusiones y esperanzas, flores del mundo moral.

Ayer Lisboa, la gigantesca matrona asomada majestuosamente al borde del caudaloso Tajo, que besa blandamente sus pies de alabastro delizándose sobre alfombra de esmeralda, arrullando sus ensueños con serenatas de ondinas y nereidas, era *la ciudad de la muerte*; hoy, gracias á los milagros que la piedad de la Reina realiza acabando con la tuberculosis, respírase salúífero ambiente vital.

Lisboa es tierra de promisión, donde la Naturaleza no se despoja jamás de su manto defollaje, donde brotan bosques de camelias bajo azulado dosel que no empaña nun-

ca obscura nube. Los más hermosos paisajes de Lorena y Wateau son inferiores á los que presenta á la extática contemplación del *tourista*. ¿Quién no admira aquellas aldeas, semejantes á palomas recostadas en alfombra de mullida felpa sobre la falda de la sierra; aquellos jardines en los picos de las rocas, que parecen un alarde de la Naturaleza coronando deflores los abismos; aquellas secuiáres encinas, que dan grata sombra á ermitas, nidos de almas fervorosas, donde se asocia la religión á gloriosas tradiciones; aquellos monumentos de antiguas edades, fortalezas guerreras ó religiosas alzadas en las cumbres de montañas para servir de doble defensa á los que se acogen bajo su amparo?

Sorprenden la más poética fantasía seductores panoramas engalanados con exuberante vegetación tropical, donde se enlazan las elegantes y cimbradoras palmeras con las satinadas hojas del banano, estrechando añosos troncos de árboles cuyas elevadas cúpulas se pierden en el horizonte; donde mil diversas plantas trepadoras refléjanse en lagos cristalinos que retratan grutas de musgo, cascadas espumosas, valles y bosques, cercando suntuo-

sas moradas de estilo árabe, gótico ó greco-romano.

En tan pintoresco cuadro aparece dignamente la gallarda figura de la Reina Amelia alcanzando bendiciones. Háse dicho que es ella la mujer más enérgica y activa del vecino Reino. En efecto: enemiga del *dolce farniente*, tan grato á la raza latina, levántase de siete á ocho de la mañana y centuplica las horas, encontrando tiempo para cumplir los deberes maternales y los de su alta posición: pintar, seguir el movimiento literario contemporáneo, leyendo revistas en cinco idiomas, fundar asociaciones benéficas y visitarlas frecuentemente.

Es su dama predilecta una española que brilló siendo soltera en la sociedad aristocrática de Madrid, Pepita Sandoval, hermana de la Condesa de Esteban Collantes; dicha dama hállase casada con el Conde de Vasconcellos, que fué Secretario de la Legación de Portugal en España.

La Reina Amelia, Mecenas de los literatos y artistas, estima mucho á las escritoras, debiéndole grandes atenciones Amalia Vaz de Carvalho, Claudia de Campos y María Olga Moraes Sarmiento da Silveira,

literatas distinguidas. Como en Portugal el ejemplo de la cultura femenina viene de arriba, hállase adelantada la instrucción de la mujer; si la Reina, en vez de poner en boga la ilustración, se entregara á la frivolidad, las portuguesas serían frívolas, porque adoran á su Reina. La mujer portuguesa es instruída; no teniendo aficciones callejeras, es natural que ame los libros. En esa Nación han brillado muchas reinas notables. Por la piedad filial distingúese Doña Beatriz, hija de Alfonso *el Sabio* y esposa de Alfonso de Portugal, que renunció á los esplendores del trono para consolar las aficciones de su padre y alegrar los últimos días de su vida.

Bajo la Regencia de Doña Catalina de Braganza, que debió su elección á la fama de sus virtudes, prosperó Portugal, desenvolviéndose con sus acertadas disposiciones la industria y el comercio. Doña Theresa, mujer del Conde D. Enrique, fué una de las reinas á quien debe eterna gratitud Portugal, por los benéficos resultados de su sabia diplomacia: en los catorce años en que regentó el Reino, consiguió la independencia. La valerosa y hábil política de Doña Luisa de Gasmão, mujer de Don

Juan IV, dió ventajosos resultados. Doña Leonor de Lencastre, esposa de D. Juan II, brilló por sus virtudes: á sus caritativas fundaciones débese el respeto guardado á su memoria. Doña María I dió gran impulso á las letras y las ciencias. Doña María II demostró sereno valor en medio de las luchas civiles y fratricidas, y á su muerte dejó establecido el régimen constitucional. Doña Felipa de Lencastre influyó en el refinamiento del idioma y de la urbanidad. Doña Mariana de Austria, mujer de Don Juan V, distinguióse por su cultura, pues había hecho estudios en latín, alemán, portugués, francés, italiano y español.

Antes de ser reina, Amelia de Orleans ceñía tres coronas: la de la bondad, la del talento y la de la hermosura. Podrá haber entre los políticos de Portugal, republicanos; los poetas, todos son trovadores de la Reina.



XXVII

Guillermina

REINA DE HOLANDA

No necesita hipérbolos, superlativos ni ditirambos; no hay que agotar para ella la flora retórica; basta decir sencillamente, sinceramente, que la joven Reina es adorada en su patria y admirada en todas las naciones por sus magnánimos sentimientos. Esta heroína del derecho, abominadora de la fuerza bruta, escuda, ampara á toda víctima de la injusticia. Cuando las grandes potencias vacilaban para albergar en su suelo á Krüger, glorioso anciano peregrino de la justicia, la Reina Guillermina puso á su disposición un barco de guerra protegido por la bandera holandesa.

Débense al impulso de la Soberana los Congresos de la paz, que inició el Ozar de Rusia. En el Haya reunióse el más impor-

tante de todos ellos; y si no consiguió acabar con las guerras, enseñó á odiarlas. Los entusiásticos discursos pronunciados en contra de cuanto han inventado los pueblos para perfeccionarse en el arte del asesinato sancionado por la sociedad, produjeron intensa emoción. Con la incontrastable exactitud de los números vióse allí la estadística de los millones que se consumen para sostener una guerra, los hombres que se mutilan, los que mueren, la sangre que se derrama.

Las espartanas adornaban la cuna de sus hijos con lanzas, dardos y flechas; en el Congreso del Haya pidieron las mujeres que no se diera á los niños para jugar fusiles, látigos, cañones ó jaulas; nada que pueda servir de instrumento de tortura.

Más graciosa y atractiva que bella, la hija de Guillermo III, la última descendiente de esa familia de Orange que no perdió nunca la popularidad, posee el secreto de hacerse amar: su acariciadora mirada, su bondadosa sonrisa, establecen gran corriente de simpatía en los corazones de los holandeses. El deseo que siente de ser agradable hace encantadora su ingenua expresión, su rostro juvenil. Al que-

dar huérfana de padre cuando sólo contaba cuatro años de edad, la Reina Emma, que regentaba el Reino, consagróse á darla una educación en armonía con los altos destinos que tenia que cumplir. Guillermina fué educada para Rey: la estrategia, la táctica, todas las ramas del arte militar le son conocidas. Visitó los cuarteles y asistió á los simulacros desde niña.

Durante la Regencia, la Reina Emma, más madre que mujer, ocultóse en todos sus aciertos para que los rayos del éxito iluminaran la rubia cabeza de la heredera del trono. Su obsesión ha sido hacer que Holanda amara á su hija como ella la ama. Vigorizó simultáneamente su sér físico con recreos higiénicos, su sér moral, desenvolviendo en ella la formalidad, la firmeza de carácter y el amor á la rectitud.

Prefiere Guillermina á todos los deportes los náuticos y los de patinación; en las cortas travesías marítimas dirige las maniobras de un buque como avezado marino.

Los holandeses son muy aficionados á las fiestas fluviales; en todas ellas toma parte la joven Soberana; tal afición es muy natural en ese país, fortaleza que sus canales hacen inaccesible, en esa Venecia del Nor-

te, más alegre y más limpia que la Venecia meridional. Las góndolas italianas son fúnebres; los barcos holandeses, con sus velas en forma de oblongas alas que azotan el espacio, alegran y distraen la mirada cuando surcan las acuáticas calles.

La Reina Guillermina tiene gran relieve en su personalidad moral; enérgica, resuelta, valerosa y firme, es seguro que no ha de padecer nunca anquilosis de la voluntad. La suavidad de su carácter, blando en la forma y hercúleo en el fondo, impónese dulcemente. Ha sido su educación intelectual muy seria, habiendo estudiado Teología, Derecho civil, Derecho administrativo, Economía política y Agricultura. Hállase familiarizada con las glorias de su país, con sus instituciones, con su historia; recuerda el engrandecimiento que hizo en el siglo XVII de la pequeña Holanda emporio de la ciencia y de la libertad, extendiendo su dominación sobre Java y Sumatra, el Indostán, Ceilán, Nueva Holanda y el Cabo de Buena Esperanza.

Conoce varios idiomas, habiéndole costado trabajo aprender inglés; tal vez por esto, cuando era niña sentía alguna aversión á Inglaterra, la cual demostró con

candorosa travesura, dibujando una carta geográfica que representaba á la gran Albión en un espacio pequeñísimo y escribiendo debajo: Patria de mi Institutriz Miss X.

En 1898 verificóse su coronación en Amsterdam: el pueblo, delirante de júbilo, hízola salir á uno de los balcones de palacio; Guillermina, sonriente, feliz, sin desvanecerse con aquella inebriativa atmósfera de entusiasmo, desapareció del balcón y volvió á él, presentando á la que había sido su educadora, á su adorada madre. El pueblo aplaudió este rasgo, más espontáneo que calculado.

Redactó su primer Ministro el discurso de la Corona, considerando que la augusta adolescente lo admitiría sin analizarlo; su asombro fué grande cuando al siguiente día lo vió transformado en la forma y en el fondo por mano de la Reinecita.

Los más pequeños detalles revelan el cariño de los holandeses á su Reina: en el día de la coronación, Guillermina, fatigada de tantas emociones, acostóse á las once de la noche; algún cortesano al salir de palacio dijo que la Soberana dormía; enteróse el pueblo, y cual si hubiera sido una consig-

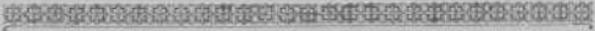
na, acabaron las músicas y los cantos; los aldeanos decían, poniéndose el dedo en los labios: *Silencio, la Reina duerme*. La frase corrió de boca en boca; cesaron las algarazas; ya no hubo ruido en las calles hasta que se vieron abiertos los balcones de la alcoba de la Soberana al siguiente día.

Una de las primeras disposiciones de Guillermina después de su coronación fué decretar público homenaje al intérprete del alma holandesa, al poeta de la luz, al maestro del claroscuro y del contraste, al inmortal Rembrandt. ¡Feliz acierto el de asociar el nombre del glorioso artista al muy respetable de Orange-Nassau! Los honores tributados al que sabe reproducir todos los aspectos de la vida, al que en el beso de la luz y las sombras nos presenta indescriptibles celajes, reflejos de astros desconocidos, fueron entusiastas.

En 1901 dió su mano de esposa al Príncipe alemán Enrique de Mecklemburg; el regio consorte no tiene representación política, porque no lo permite la Constitución del país. Este casamiento ha sido por amor; Guillermina de Holanda posee demasiado carácter para aceptar imposiciones.

No por ser Reina abdicó el derecho concedido á la última de las jóvenes holandesas á la realización de sus ensueños, al idilio que llena la existencia entera de la mujer, el derecho al amor, que ilumina con nuevas tintas el paisaje de su vida, que es para ella luz, calor, pólen fecundante, aire vital; que es vida del alma, alma del mundo, fiesta de la vida.





XXVIII

María Teresa de Borbón

INFANTA DE ESPAÑA

POÉTICA, cual radiante visión del mundo del ensueño, álzase con esbeltez de lirio la gallarda, la gracil figura de la angusta hija de Alfonso XII. Su belleza es cual rayo de luna, que brilla sin deslumbrar; su tez tiene alburas de gardenia, de ola espumosa, de nieve alpina. Hay en sus ojos fulgidez del pensamiento, resplandor intelectual; su mirada es dulce, como una caricia; su voz tierna, como acento de amor. Ilumínala una aureola que irradia de su bondad: el aroma que exhalan sus virtudes, entre las que descuella la caridad, percíbese á gran distancia. Distínguese por la benevolencia, que es la cortesía del corazón, por la dulzura del carácter. Su alma apacible necesita, como la

flor del nenúfar, vivir en lagos muy tranquilos.

María Teresa podría mirarse en el mágico espejo de Sita, segura de que no se había de empañar. Sus pensamientos son, por su pureza, hojas de azucena, lluvia de blancos pétalos de rosa. Joven, sin la ligereza de la juventud, es jovial sin atolondramiento, amable sin afectación, juiciosa sin austeridad. Natural como la gracia, ingenua como el candor, sencilla cual la modestia, hállase dotada de gran atracción. La sonrisa del sarcasmo no ha profanado nunca sus labios; jamás pasó por ellos irónica palabra, equívoco atrevido, cáustico rétruécano ó punzante epigrama. Posee en tan alto grado el pudor, esa vergüenza de las almas castas, que nadie se atreve á usar en su presencia frases anficológicas, porque su órgano auditivo sufriría, como sufre la delicada flor del convólulo al acercarle el aliento, que la descolora.

La Infanta María Teresa es pura como Arethusa, piadosa como Antígone, tierna cual Enone, bondadosa cual Nausicaa, prudente cual Circe. No fueron las hadas, no fué la espléndida Peri ni la fastuosa

Titania, que saludan el nacimiento de una Princesa regalándole maravillosos dones, las que cercaron su áurea cuna en la alborada de su vida; fué Minerva, que selló con el beso de la discreción su frente alabastrina.

En María Teresa encuéntrase la razón animada por el fuego del sentimiento: discurre con serenidad y siente con vehemencia. Es una de las pocas españolas que poseen biblioteca; las madrileñas, arrastradas por el vértigo de esta turbulenta vida social en donde se cuentan los días de la semana por el número de fiestas á que hay que asistir, apenas leen más que algún periódico de modas, versos ligeros ó novelas de esas que falsean la vida real extraviando la imaginación en el dédalo del absurdo. La Infanta María Teresa no lee por distraerse, sino por aprender; sus lecturas son filosóficas, eruditas, clásicas. Amante del estudio, las Matemáticas, que á tantas mujeres espantan, le son familiares; sabe Física y Química, lo que sólo conocen en España media docena de maestras de la Escuela Normal. Aficiónase á la Historia, porque esta ciencia, fiel testimonio de los tiempos, esclarecedora de la verdad, pro-

pagadora de grandes enseñanzas, experiencia de las generaciones, es la gran escuela de la vida, la más sabia maestra del linaje humano.

Plácele á María Teresa el nuevo carácter que ha tomado el feminismo, desprendiéndose de excentricidades, haciéndose sensato, sano, moralizador. Débese la vitalidad de tal doctrina á que los floreos retóricos, los arranques ditirámicos han sido substituídos por hechos positivos.

Las ideas feministas, que inspiraron en un principio desdeñosas sonrisas, míranse con respeto desde que los estudios sociológicos, cada día más desenvueltos, han hecho conocer la necesidad de reformas sociales, habiéndose fijado la opinión pública en que el feminismo, más que un problema, es la síntesis de múltiples problemas.

Hoy la acción social de la mujer lleva el sello de lo práctico, característica de nuestra época. Las ignorantes enfermeras antiguas, en vez de ayudar al médico destruían los efectos de su obra: en nuestros días se han creado escuelas de enfermeras que conceden el título revelador de conocimientos científicos. Siempre estuvieron

distantes el proletariado, la burguesía y la aristocracia: obra importante del feminismo es la unión de estas clases sociales, que fraternizando aportan valiosas fuerzas para la defensa de los intereses de la mujer.

El feminismo ha creado asociaciones mutualistas que alivian la triste situación económica del sexo femenino; sociedades que reclaman de los Poderes públicos la protección á la obrera; instituciones para auxiliarla en los penosos y largos períodos de la gestación y la lactancia; casas de maternidad donde se ampara á las abandonadas que considerando una vergüenza el fruto de su amor hiciéranse infanticidas sin los consuelos morales y materiales que se las prestan; establecimientos donde se las enseñan oficios y profesiones y se las proporciona trabajo; dispensarios semejantes al de los niños tuberculosos fundado por Mme. Arias de Pau con objeto de conservar á la patria mayor número de ciudadanos. La liga del terruño y el hogar, que adjudica terrenos á las pobres para que los conviertan en huertos cultivados por ellas, discreto donativo que no envilece, porque no es el pan de la limosna adquirida en la

ociosidad, sino el pan del trabajo, es fundación debida á la feminista Mme. Hervieu, de Sedán.

Calumniado fuera el feminismo de hoy si se le atribuyese el desmoronamiento del hogar: las sociedades feministas han creado un curso teórico y práctico de *Ciencia Ménagère*, donde se enseña á la mujer á cumplir sus deberes domésticos, embelleciendo la casa para hacérsela amar al hombre, ahuyentándole de la taberna ó el casino. Hasta para el sencillo arte culinario conviene la instrucción, porque sabiendo algo de Química puédense condimentar mayor variedad de manjares exquisitos, En Bélgica, Suiza y Alemania es donde se hallan mejor organizados esos estudios para la vida doméstica con el nombre de *Ecoles Ménagères*. Débese el establecimiento de esas escuelas á la Condesa R. de Diesbach. Digna de loa es la iniciativa de esta dama.

En Friburgo (Suiza), Mme. Reynold de Pérolles pidió su cooperación á Monseñor Deruaz, Obispo de Génova, para fundar un Asilo destinado á recoger á las jóvenes sin trabajo, librándolas de las empresas explotadoras, que al buscarlas colocación las

arruinan y corrompen: sabido es que recorren los pueblos varios agentes haciendo presa en las infelices incautas anhelosas de trabajo honrado convirtiéndose en vampiros.

Su Santidad Pío X envió su bendición al Congreso feminista que, bajo la advocación de Juana de Arco, se celebró en París, en el que tomó parte, pronunciando un brillante discurso, Monseñor Lagardere, que desde el púlpito, y en la importante revista que dirige, propaga el feminismo.

Vigorizado el espíritu de María Teresa con el estudio, aborrece lo superficial, es enemiga de lo fútil, lo frívolo. Por eso no se postra en los altares de la caprichosa deidad, apellidada moda; no acepta tan vulgar tiranía; no la sigue servilmente, como es general en las jóvenes que llevan la idolatría por la inconstante diosa hasta el fetichismo.

Vístese la Infanta con notable sencillez; cualquiera de nuestras burguesas ricas emperifollase más que ella; como la joven y hermosa Reina que, á fines del siglo XVIII, puso en boga en Francia la muselina y la batista, complácese en usarlas; cual Car-

lota Isabel de Baviera, suprime en su *toilette* las galas ostentosas, las joyas demasiado caras.

Amala el pueblo porque es muy española. Durante la guerra, el recuerdo de las madres, viudas y huérfanas desoladas, nublabá su semblante velándole con nube de melancolía; el desastre nacional arrancó á sus ojos copiosas, ardientes lágrimas. La pérdida de las colonias tomóse en Madrid con filosofía, más que estóica, epicúrea; no se interrumpió el movimiento social. Al pasar por la calle de Alcalá á la hora del regreso de la corrida de toros, la animación era grandísima; un pueblo triunfador no hubiera presentado más regocijada algazara, más notas alegres que las que ofrecían á la atónita mirada de las personas reflexivas, los rojos claveles en las mantillas blancas y los mantones de Manila multicolores.

La musa de la epopeya española cubría-se el rostro; Clio afligiáse al ver desgarradas tantas páginas épicas, tantas heroicas leyendas, mientras nuestras elegantes *fírteaban*. En aquellos luctuosos días, María Teresa dejó de asistir á los espectáculos, suprimió sus paseos, oyéronse de

su boca suspiros: diríase una paloma con un ala herida.

¡Hermoso corazón el de esta Infanta! Su vida es un poema que consta de tres cantos: abnegación, modestia, caridad!





XXIX

Victoria Eugenia de Battenberg

REINA DE ESPAÑA

VINO á nuestra Patria en momento solemne, decisivo, cuando el alma nacional, saturada de tristeza por trágicos desastres á que no estuviera acostumbrada, empezaba á sacudir su tétrico marasmo, á despertar de su sopor, á sentir nostalgia de su pasada grandeza, anhelos de nueva vida.

La presencia de la bella Princesa fué astro refulgente iluminando tenebrosa noche; apacible ráfaga balsámica tras furioso vendaval, rocío refrigerante, rayo de esperanza.

Creer los pueblos orientales que la mujer hermosa encadena á la fortuna: España, pueblo soñador, poeta, ha visto en la au-

gusta nieta de Victoria I de Inglaterra un hada bienhechora, gentil heraldo anunciador de buena nueva, emblema de inefables venturas, símbolo de triunfo.

Llegó y venció: la belleza reconcilia los ánimos y atrae las voluntades, decimos los españoles con frase cervantina. ¿Cómo no había de entusiasmar al pueblo español que siente con vehemencia la emoción estética por atávico instinto artístico?

La gallarda Reina es gran conquistadora de corazones: su arrogante y esbelta figura deja por donde pasa estela de admiración; sus grandes ojos cerúleos transparentan la pureza de su alma, en la que se vislumbra mucho azul; su cutis de nardo tiene suaves tonos rosáceos; en sus labios carmíneos juguetea constantemente la sonrisa; su dulce palabra hace vibrar las fibras del corazón. La digna sencillez de su porte, la encantadora afabilidad de su trato son cautivadores. Cuanto más se la contempla, más se siente el poder de su mágico encanto, la invencible fascinación que produce.

Al enviar la Emperatriz Eugenia un retrato de la augusta sobrina del Rey de Inglaterra á Alfonso XIII, dijole: *La foto-*

grafia no puede retratar su hermosura; la pluma es incapaz de fotografiar su talento, sus virtudes, su angelical carácter.

Modesta, bondadosa, habiendo respirado en un medio ambiente de cultura, preséntese en ella dechado de perfección. Es hija de un pueblo cuyas sabias instituciones reconocen juristas y sociólogos como las más equitativas; ha sido educada en el país más liberal del mundo, en el país cuya vida civil quieren tomar por norma los hombres más versados en ciencias político-sociales.

Descuella el sexo femenino en la Gran Bretaña por la cultura del espíritu, la energía del carácter, la iniciativa en todas las manifestaciones del progreso, el vigor de la voluntad. Su fuerza viril y sano criterio, son hijos de la sólida instrucción que recibe, de esa instrucción superior que le eleva hasta el hombre sin masculinizarle.

Vigorizar el alma de la mujer haciéndola inaccesible á puerilidades y caprichos absurdos, á lo vano y superficial, no es convertirla en virago, es hacer de ella un sér digno de su elevada misión. Educándola, impúlsase á la humanidad hacia la perfección á que deben aspirar todas las criaturas de sana mentalidad. Así lo

comprenden los ingleses, procurando convertir á la que ha de ser madre en prototipo de sus hijos. Debe la Gran Bretaña mucha de su preponderancia á la superioridad de sus mujeres. No se ha extinguido en la tierra de las sabias Hilda, Lioba, Roswitha, de Santa Matilde y de Margarita de Anjou, el glorioso recuerdo de la talentada Isabel, una de las más célebres eruditas del Renacimiento. En el largo reinado de la muy amada Victoria alcanzó ese pueblo el mayor grado de esplendor á que ha llegado nación alguna.

Posee la inglesa profundo conocimiento de la vida; ve el mundo cual es, sin falsos espejismos, sin exaltaciones que extravían la sindéresis. Su gran sentido práctico hácela tener siempre abierta una atalaya sobre la realidad y una poterna sobre el idealismo. Educa su sér espiritual como un ateniense, su sér físico como un espartano: vive tanto en el laboratorio como en el gimnasio y en el cuarto de costura, siente poca afición al visiteo insustancial, en el que tanto tiempo perdemos las mujeres de raza latina.

No se crea que la escuela mixta la despoja de su delicado pudor; sus conterráneos

la respetan mucho; defenderíanla de cualquier ofensa que la fuera inferida por un mal educado. La vida universitaria no la esteriliza el sentimiento: en esas universidades, rodeadas de jardines, en que vive en colonia intelectual, respira ambiente científico y oxígeno reparador. Hallándose versada en la ciencia, no hace del misterio sexual la preocupación constante de su vida, como las mujeres ignorantes que tienen empañado el cristal del pensamiento por nube de curiosidades malsanas.

Hase dicho que la inglesa es fría; no lo creáis; es serena, tranquila: las gélidas ráfagas de la filosofía no han creado atmósfera glacial en su corazón, no han enervado su móvil fantasía.

Distínguese la mujer de la sociedad inglesa por la elevada idea que tiene de su personalidad, por la corrección en todos sus actos, por rendir culto á las apariencias, por la más perfecta ecuanimidad. Aficionada al estudio, á las investigaciones científicas, la ociosidad que corroe la existencia como el moho al hierro, no se apodera de ella, desenvolviendo pasiones que empequeñecen el alma.

Siente la santa vocación del apostolado

del bien; muéstrase altruista en briosa campaña contra el alcoholismo y la pornografía, degeneradores de los pueblos. Algunas damas han tenido la abnegación de abandonar las fastuosidades de sus palacios, encerrándose en los talleres de las obreras, conviviendo con ellas, estudiando sus necesidades y sus aspiraciones, para protestar contra la injusticia que pesa sobre esas víctimas de crueles explotadores.

Al hablar de mujeres notables de la Gran Bretaña, no es posible dejar de mencionar á Lady Mary Montagu Wortley, precursora de Jenner en el descubrimiento de la vacuna; á Mary Carpenter, notable pedagoga y penalista; á Miss Chisholme, de la que dijo un escritor francés: «La quinta parte del mundo, la Australia, no ha tenido hasta ahora más que una leyenda, una santa: esta santa es una inglesa; Miss Chisholme. Ella ha hecho más por las colonias que el Gobierno y las sociedades de emigración. Rindamos homenaje á la perseverancia de esta, mujer; su constancia ha sido sublime, admirable su obstinación en el bien; Florencia Nightingale, organizó un batallón de enfermeras, estudió en los hospitales de Inglaterra, Escocia,

Irlanda y Francia, y entre las diaconisas protestantes de Kaiser worth. Cuando estalló la guerra de Crimea, el Gobierno inglés, reconociendo que nadie contaba con las aptitudes que Miss Nightingale para organizar los servicios que dispensan las asociaciones semejantes á la Cruz Roja, acudió á ella. Púsose al frente de una importante falange de mujeres abnegadas, y al llegar á Scutari encontráronse con 2.300 heridos abandonados. Algunas de las heróicas enfermeras ejercieron de cirujanos, realizando acertadamente operaciones quirúrgicas. Miss Nightingale recorría de noche los campamentos, alumbrándose con un farolillo; los soldados denominábanla tiernamente *La virgen de la linterna*. Cuando pasaba delante de los enfermos, los que no podían besar la fimbria de su vestido, besaban su sombra. Tan querido como el nombre de Florencia Nightingale, es en Inglaterra el de Sara Robinson. Octavia Hill y Josefa Butler que han mejorado la situación de las obreras, han reprimido en lo posible la trata de blancas, han creado diferentes centros de colocaciones para la mujer.

El espíritu antiguo de las leyes inglesas

no era favorable al sexo femenino; las conquistas del feminismo no pudieron destruir un Código en Nación tan conservadora, pero fué adicionada en ese Código la institución de curadores para la mujer, que la permiten administrar, hipotecar y hasta enajenar sus bienes. En esa tierra, poseedora de tan gran sentido de lo real, donde existen escuelas femeninas especiales para la enseñanza de anatomía, higiene, cirugía de urgencia, rudimentos de física y química, bromatología y arte culinario, dándose diplomas que acrediten aptitudes para el oficio de cocineras; donde existen *Ecoles ménagères*, el feminismo tiene carácter práctico. No se ha declarado nunca contra los deberes de la mujer; por lo contrario, ha procurado la ampliación de ellos, instruyendo completamente á la que ha de cumplirlos, á la que ha de ser educadora.

Sobresale la inglesa por su sensatez; modesta en su atavío, para ella no fué nunca necesario promulgar la ley Voconia, que refrenaba el lujo de las romanas. El amor es sagrado para la mujer británica; prostérnase reverentemente, con religiosa unción, ante el altar de la especie; su pro-

tección al niño, no sólo revela su ternura, sino su amor al engrandecimiento, al triunfo de la raza. Es digna descendiente de Berta, aquella admirable mujer á quien debióse la nacionalidad inglesa por su influencia en Etelberto, primer monarca inglés que declaró al Cristianismo ley fundamental del Estado.

Nuestra joven Soberana gusta poco de la turbulenta vida social; vivió siempre en el retiro cultivando la música, la pintura y todos los deportes higiénicos, vigorizadores, oxigenándose en la vida campestre, haciendo de su existencia una égloga. Siente la Naturaleza con árdiente, con santo panteísmo franciscano. Es aficionada á la Agricultura. ¡Ojalá consiga desarrollarla entre nosotros! Fuera inagotable venero de riqueza en esta fértil tierra española.

Como no han traído á nuestra Reina el expedienteo cancilleresco, el Protocolo con sus frías fórmulas; como viene en alas del amor, tan amada como amante, es indudable que sentirá por su nueva Patria la pasión que le inspira el caballeroso elegido de su corazón, que con tanto entusiasmo le ofreció el trono de San Fernando.

Conoce la hermosa Soberana nuestras épicas tradiciones, nuestras grandes epopeyas, los hermosos episodios de nuestro romancero, nuestra gloriosa historia. ¿Cómo no ha de amar á esta hidalga tierra? La influencia que ha de ejercer en el joven Monarca tiene que ser benéfica para España.

A nuestros exaltados entusiasmos, á nuestros poéticos ensueños, á nuestro habitual romanticismo, Victoria Eugenia opondrá la característica del pueblo inglés, que es la metodicidad, la perseverancia, la reflexión, la formalidad que hizo célebres á los hijos de Parthia.

Pensamos los españoles que hemos visto en la descendiente de Berta, promesa de ventura, halagador emblema, encantador símbolo, poderoso talismán, que ha de ser la realización de nuestra risueña esperanza.

La delicada flor transplantada de las nieblas británicas pronto se aclimatará en esta tierra del sol y del amor, donde el sol acaricia las frentes con ígneo beso y el amor enciende los corazones con flamígero dardo.



INDICE

Capítulos.	Págs.
I.—El eterno femenino	7
II.—Reinas medioevales	15
III.—Isabel la Católica	36
IV.—Margarita de Valois, Reina de Navarra	44
V.—Catalina de Médicis	52
VI.—Isabel de Inglaterra	59
VII.—María Stuart, Reina de Es- cocia	65
VIII.—Princesa Isabel de Este Gon- zaga	80
IX.—Princesa de los Ursinos	86
X.—Cristina de Suecia	95
XI.—Ana M. ^a Luisa de Orleans (La grand mademoiselle)	104
XII.—María Leszczinska, mujer de Luis XV	111
XIII.—María Teresa de Austria	117
XIV.—Catalina II de Rusia	123
XV.—María Antonieta, Reina de Francia	132
XVI.—María Luisa, mujer de Napo- león I	142

XVII.—Victoria I, Reina de la Gran Bretaña y Emperatriz de la India.....	151
XVIII.—Princesa Rattazzi.....	159
XIX.—Isabel de Rumanía.....	165
XX.—María Pía de Saboya.....	172
XXI.—Isabel de Borbón, Infanta de España.....	178
XXII.—Margarita de Saboya, Reina de Italia.....	183
XXIII.—María Cristina de Habsburgo-Lorena, Reina Regente de España.....	189
XXIV.—Paz de Borbón, Infanta española y Princesa de Baviera..	198
XXV.—Eulalia de Borbón, Infanta de España.....	207
XXVI.—María Amelia de Orleans, Reina de Portugal.....	216
XXVII.—Guillermina, Reina de Holanda.....	223
XXVIII.—María Teresa de Borbón, Infanta de España.....	230
XXIX.—Victoria Eugenia de Battenberg, Reina de España.....	239

Precio: TRES pesetas

Obras de Concepción Gimeno de Flaquer

Evangelios de la Mujer.

Madres de hombres célebres.

La mujer intelectual.

En el Salón y en el Tocador.

Mujeres.—Vidas paralelas.

Mujeres de Raza Latina.

Mujeres de regia stirpe.

Conferencias en el Ateneo de Madrid

*Civilización de los antiguos pueblos
mexicanos.*

Mujeres de la Revolución francesa.

La ilustración de la Mujer.

El problema feminista.

Influencia y acción social de la mujer.

**Conferencia en la Associazione della
Stampa en Roma (3 de Mayo de 1906)**

*La mujer italiana en el arte y en la
historia.*

NOVELAS

¿Culpa ó expiación?

Maura.

Sofía.

Victorina ó heroísmo del corazón.



EL ALBUM IBERO-AMERICANO

ILUSTRACIÓN SEMANAL

FUNDADOR

Francisco de Paula Flaquer

DIRECTORA

Concepción Gimeno de Flaquer

Esta Ilustración se publica en los días 7, 14, 22 y 30, dándose retratos de europeos y americanos distinguidos, vistas de monumentos célebres y actualidades importantes.

ADMINISTRACIÓN: Campomanes, 3

MADRID

